

Alexander Fadéyev

La derrota

Un destacamento rojo en el Extremo Oriente



**ediciones
mnemosyne**

Alexander Fadéyev

La derrota

Un destacamento rojo en el Extremo Oriente

Colección LITERARIA, n°3

0ª Edición

Ediciones Mnemosyne

www.ediciones-mnemosyne.es

info@ediciones-mnemosyne.es



De la cubierta y la edición, Ediciones Mnemosyne. De la traducción, L. Guerrero (†); de su texto, D. Anguiano (†), no constándonos descendencia de ninguno. El texto de Mariátegui (†) es de dominio público. Nuestro trabajo puede ser reproducido, compartido y difundido libremente mientras se den los créditos apropiados y sin fines comerciales.



NOTA EDITORIAL

Se dice de LA DERROTA que es la obra maestra de la literatura proletaria soviética de los años 20, e incluso un clásico a la altura de GUERRA Y PAZ de Tolstói. Dejamos ese juicio para los lectores y, sobre todo, para la generación a la que se le presente el reto de escudriñar detalladamente el arte revolucionario del pasado para construir el del futuro. Nuestro interés en rescatar esta novela, relativamente desconocida para el público hispanohablante del presente, es la lección moral que destila: la actitud de la clase obrera revolucionaria frente a la peor de las derrotas –y los trabajadores sufrimos hoy una derrota sin igual en la historia– debe ser el optimismo revolucionario. Creemos que la psicología realista de los personajes, las relaciones políticas que entre ellos se tejen y, particularmente, el soberbio emotivo final de la obra –a pesar de toda su crudeza– no pueden dejar otro poso que éste; pues no son construcciones meramente literarias, sino cristalizaciones de la vida real que hace un siglo atravesaba el que otrora fue el imperio de los zares.

Por cierto que el autor, quizá más conocido entre los castellano-parlantes por LA JOVEN GUARDIA –obra que también esperamos publicar en el futuro–, terminó con su vida en 1956, no pudiendo soportar la deriva burocrática de su amada Unión Soviética.

Respecto a los criterios de nuestra edición, tomamos como base la temprana versión castellana, directa del ruso, de Ediciones Europa-América aparecida en París a finales de 1929, incluyendo tanto la breve autobiografía del autor como el interesantísimo prólogo de la traductora y respetando la división de la obra en tres partes. Hemos corregido y contrastado el texto con la magnífica traducción publicada por la Editorial Planeta en 1962 en el volumen octavo de sus MAESTROS RUSOS, usando la información que proporcionan sus notas al pie y consultando, así, sólo puntualmente el original ruso. De este modo, más allá de los cambios de estilo operados sobre la versión original que utilizamos, las únicas modificaciones que hemos hecho han consistido en modernizar la transliteración de los nombres y topónimos rusos de la obra, que hemos homogeneizado también en los anexos de Mariátegui y Anguiano que nuestra edición incluye al final.

AUTOBIOGRAFÍA

Nací en la ciudad de Kimraj, gobierno de Tver, el 11 de diciembre del año 1901. Durante la niñez he vivido en Vilna, luego en Ufa. La mayor parte de mi infancia y mi juventud la he pasado en la parte asiática de Rusia, en la región sur de Ussuriisk, adonde mis padres se trasladaron en 1903-1918. Mi padre murió en el frente en 1917; fue enfermero y mi madre también. Ellos trabajaron en distintos puntos de la región de Ussuriisk, a orillas del mar japonés, cerca del río Imán y del río Daubije; últimamente, en la aldea de Chuguev de la provincia de Imanski, aldea situada a 120 verstas de la línea del ferrocarril de Ussuriisk. Mi padre estaba inscrito en esa aldea, tenía una parcela de tierra y se ocupaba en las labores del campo.

Yo hice mis estudios en la ciudad de Vladivostok, en la escuela de comercio (salí de ella sin terminar el octavo año); el verano lo pasaba en la aldea y ayudaba a mi familia.

En el otoño del año 1918 comencé a trabajar en el Partido Comunista en la organización ilegal creada en las filas del ejército de Kolchak. He tomado parte en el movimiento de guerrilleros contra Kolchak y los demás ejércitos de la intervención armada (1919-1920); después de la derrota de Kolchak estuve en las filas del Ejército rojo (en ese tiempo llamado Ejército revolucionario popular de la Rusia oriental), en la lucha contra la intervención del ejército japonés, en abril de 1920, en Primorie, y contra el caudillo Semiónov, en el invierno del año 1920, en Zabaikalie.

Llegué a Moscú en la primavera de 1921 como delegado al décimo Congreso del Partido bolchevique, junto con otros camaradas. Con la tercera o cuarta parte de todo el Congreso, tomé parte en sofocar la sublevación de Kronstadt. Fui herido por segunda vez, y durante mucho tiempo, desmovilizado ya, me curaba. Comencé a estudiar en la Academia de Minas de Moscú, pero por razones que no dependían de mí, salí el segundo año. Durante todo el tiempo, desde el otoño de 1921 hasta el otoño de 1926, realicé distintos trabajos de Partido en Moscú, en Kuban y en Ros-tov del Don.

El primer relato acabado que escribí fue *El desbordamiento*, en 1922-23, luego el cuento *Contra la corriente*, en 1923, y la novela *La derrota*, en 1925-26.

Desde 1924 tengo en preparación una novela titulada: *El último de Udegué*.

A. Fadéyev
6 de marzo de 1928

PRÓLOGO

Al traducir *La derrota* hemos tratado de satisfacer, en parte, la enorme curiosidad que existe en los países de habla española por la nueva literatura revolucionaria rusa.

La obra de Fadéyev apareció cuando ya la literatura proletaria se había asentado y demostrado sus conquistas en obras como *La semana*, de Lebedinsky; *El cemento*, de Gladkov; *El torrente de hierro*, de Serafimovich; *Chapáev*, de Fúrmanov; *Barsuki*, de Leónov, etc.

Cada una de estas obras trata uno de los aspectos de la gran Revolución proletaria. Lebedinsky describe una de las heroicas semanas de la insurrección de los obreros en la ciudad. Serafimovich pinta, con sencillez y maestría cautivadoras, la avalancha incontenible y poderosa del Cáucaso. Fúrmanov, con gran talento, cuenta en su *Chapáev* el glorioso período de la guerra civil. El propio Fúrmanov actuó como uno de los mejores soldados del ejército del Sur, su nombre quedará como uno de los más queridos en la historia de la literatura y de la Revolución.

El cemento da comienzo, en la literatura, al período de reconstrucción, tan lleno de esfuerzos heroicos como el período de la guerra civil. *El cemento* es la ligazón fuerte e inseparable que une a los obreros constructores del socialismo; es la lucha contra la inercia y la pereza; es un canto al trabajo colectivo. Sobre las ruinas de una fábrica de cemento destruida por la burguesía, los obreros levantan con esfuerzos inauditos una nueva fábrica. ¡Ésta ha de sostenerse contra viento y marea!

Sin detenernos en el análisis de cada una de estas obras, que merecen ser tratadas por separado, podemos decir que *La derrota*, de Fadéyev, por su contenido y por su forma, es un triunfo en la literatura proletaria.

Al hacer esta constatación, confirmamos una vez más la existencia de la literatura proletaria, a despecho de todos los que han querido demostrar que el período transitorio de la dictadura proletaria no crearía su cultura y por ende sus escritores proletarios.

Todas las afirmaciones que tienden a demostrar que «el arte proletario no existirá jamás, puesto que el régimen proletario es transitorio»¹ han encontrado contestación histórica a sus profecías pesimistas.

No cabe duda que con el triunfo completo del Comunismo se creará un arte comunista que abarcará toda la humanidad. Pero nosotros sabemos que ese arte surgirá como resultado de una sociedad sin clases, como resultado de una sociedad comunista, en la que la psicología de la lucha del hombre contra el hombre, como combatientes de clase, desaparecerá; no se reflejará por lo tanto en la literatura. Pero los comunistas también saben que para llegar a esa sociedad tendrán que pasar por la dictadura proletaria, que ya vive y crece desde hace once años en la Rusia roja y que seguirá abrazando en el seno de su Unión Soviética a todos los países del mundo que se levanten bajo la bandera de la Revolución.

¿Y nuestra época?

¿Acaso nuestra época, que destruirá las bases de la sociedad clasista de miles y miles de años, no se reflejará en el arte, en la literatura?

Cada época deja sus huellas en todos los órdenes de la vida.

¿Cómo es posible admitir la idea de que los poetas, los artistas y escritores permanezcan indiferentes ante la lucha heroica, nunca vista en el transcurso de la historia?

Y, en efecto: los artistas no han permanecido ciegos, los escritores no han callado, y hasta los músicos entonan ya sinfonías proletarias en los teatros de Moscú.

Bien es verdad que la literatura no ha dado todavía una obra épica de tal trascendencia en la historia literaria que corresponda a la obra gigantesca que llevaron a cabo los obreros y campesinos rusos, creando la primera dictadura proletaria triunfante en la historia de la humanidad. Pero sería una ingenuidad exigir ya una obra semejante.

Los artistas, además de la conciencia de clase que les ayuda a comprender la esencia de todos los acontecimientos, necesitan la

¹ Trotsky: *Literatura y revolución*. | Hay traducción castellana a cargo de Ruego Ibérico (1969): *Literatura y revolución*, tomo 1, p. 6.

perspectiva histórica para ver y abarcar con mayor nitidez los contornos del enorme paisaje del año 1917, en el horizonte de los tiempos. Sin embargo, a siete años de distancia de la guerra civil, escriben ya sobre el noviembre [octubre, según el viejo calendario] rojo con talento extraordinario. No sería raro que Fadéyev, Leónov o Shólojov, autores aún muy jóvenes, lleguen a darnos la obra cumbre que tanto esperamos.

A los lectores de lengua española, que por vez primera abren las páginas de un escritor proletario, les extrañará que se les ofrezca un episodio de la derrota de un destacamento siberiano, cuando la historia está llena de triunfos de los ejércitos revolucionarios rusos.

La situación en que coloca Fadéyev a su destacamento es la situación de muchos de los regimientos mal armados, mal equipados y hambrientos, que lucharon durante la guerra civil, empujados por el enorme deseo de acabar para siempre con la clase opresora. Ellos supieron romper la cadena de enemigos que les rodeaba, conservando a fuerza de sacrificios inauditos unidades de combate que, como los diecinueve de esta obra, siguieron adelante, agrupando alrededor suyo nuevas fuerzas hasta llevarlas al triunfo definitivo.

La historia de la Revolución ha demostrado que los destacamentos de los Levinson o de los Chapáev triunfaron gracias a la fuerza disciplinada y consciente del Ejército rojo, bajo la dirección del Partido bolchevique y con el apoyo de todo el proletariado ruso.

¿En qué momento histórico transcurren los episodios de *La derrota*, de Fadéyev?

Cuando el proletariado ruso del campo y de la ciudad se levantó en el año de 1917, bajo la dirección de los bolcheviques, tomando el poder los soviets, las fuerzas contrarrevolucionarias nacionales encontraron el apoyo de todas las potencias capitalistas extranjeras para sofocar la Revolución, sabiendo que si Rusia pasaba definitivamente a manos de los bolcheviques, ellos perderían todas las posibilidades de repartirse sus riquezas.

El capitalismo inglés, japonés, francés, yanqui se colocó tras de los generales contrarrevolucionarios, prestándoles todo su apoyo para tratar de derrocar el poder soviético.

Eligieron la Siberia, el Ural, el Sur de Rusia y el Cáucaso como centros de sus «hazañas» militares. Siberia, Ural, etc., en el lenguaje económico, significan pan, hierro, petróleo, carbón, etc.

Las potencias de la Entente miraban con ojos rapaces cada una de estas zonas, de las cuales Rusia sacaba los alimentos para su vida económica industrial.

Ellos sabían que, posesionándose de esas regiones, la nueva Rusia bolchevique no podría sostenerse largo tiempo. Pero no contaron con el deseo de libertad que alentaba al pueblo trabajador y al Ejército rojo, decidido a acabar para siempre con sus enemigos interiores y exteriores para sostener su propio Gobierno. El Japón era uno de los anillos de la cadena de las potencias imperialistas que rodearon Rusia, acercándose por Siberia. ¿Qué quería el Japón al entrar con sus tropas en Siberia? Quería establecer la hegemonía en las orillas del Océano Pacífico, tomar en sus manos la línea del ferrocarril transiberiano y chino-oriental, desligando así la Manchuria y la Mongolia de la Rusia europea, apoderarse de la isla de Sajalín.

¿Con qué pretexto el Japón desembarcó sus tropas en Vladivostok?

En Marzo de 1918, de acuerdo con el tratado ruso-checo, los checoslovacos retiraron sus tropas de Siberia. El ejército checoslovaco, mantenido por el capitalismo checo, luchaba en su retirada contra el poder soviético. En esa oportunidad, el Japón, so pretexto de ayudar a los checoslovacos y proteger la vida de sus ciudadanos, intervino con su ejército, desembarcando en Vladivostok 80.000 hombres. Las tropas japonesas actuaban en Siberia, bajo la dirección del caudillo Semiónov y en completa alianza con el ejército inglés y su representante, el almirante Kolchak.

Inglaterra era, de todos los países capitalistas, el que más empeño tenía en atacar al régimen soviético, invadiendo con sus ejércitos mercenarios todas las fronteras. Es claro que ni Inglaterra, ni el Japón, ni ninguno de los países de la Entente mantuvieron gratuitamente a los generales contrarrevolucionarios. Inglaterra hizo pacto con ellos con objeto de conseguir, si llegaban a triunfar, el dominio económico sobre las riquezas naturales de Rusia, es decir, la nafta, el oro, el carbón, etc., pensando aún hacerles pagar a los obreros y campesinos el costo de su aventura. Pero todas las

ilusiones del imperialismo se desvanecieron. Las tropas del almirante Kolchak, junto con las del caudillo Semiónov, mantenían en nombre de la «civilización», bajo un terror increíble, a las poblaciones que caían en su poder. En los archivos del Museo del R.K.K.A. [siglas en ruso del Ejército rojo] se pueden encontrar, con frecuencia, documentos de esta índole:

Después de que las tropas de Kolchak volvieron a entrar en el pueblo de Irojedze —pueblo mencionado en *La derrota*— vinieron armados con siete ametralladoras, dos cañones y 700 hombres, bajo la dirección del capitán Martinov. En su camino, los bandidos asaltaban y robaban a la población, pegando, fusilando y colgando a más de 100 hombres. Violaron a las mujeres, a las niñas y a las viejas. Las víctimas estaban tan desfiguradas por los golpes de los machetes que era imposible identificarlas. Cuando entraron en la aldea, aunque los campesinos indefensos se rindieron, los obsequiaron con bombas explosivas y organizaron un banquete sangriento. Fusilaban y colgaban en los postes a los campesinos pobres. Hay que decir que era ésta una buena propaganda en contra de ellos mismos. Los campesinos se levantaban indignados, y hasta los enemigos del Gobierno soviético, viendo estos horrores, pasaban a nuestras filas. (*Carta del minero Simón Dubanov, 14 diciembre de 1918, conservada en los archivos del Museo del R.K.K.A.*)

Cuadros como éste que pinta casualmente este minero se repetían continuamente durante el paso de los blancos. El terror, el incendio de poblaciones enteras, la destrucción de puentes, escuelas y fábricas, la violación de mujeres, todo se hacía por los ejércitos burgueses en nombre de «la civilización, la paz y el orden». El proletariado ruso rechazó esa «civilización destructora y feroz», implantando su dictadura, la más culta y civilizadora del mundo. El recuerdo de los días gloriosos de la reconquista, de la guerra civil, se hizo imborrable.

Quedaron en el pasado las heridas cicatrizadas de los obreros y campesinos que sufrieron los golpes feroces de los verdugos burgueses. Y quedó también el mal recuerdo para los culpables. En el caso de que el capitalismo haga nuevas tentativas de ataque contra las fronteras de la Rusia Soviética, el pueblo ruso, que guarda

vivo el recuerdo de las «hazañas civilizadoras de los aliados», los arrojará una vez más, con la conciencia de haber luchado por el triunfo del comunismo.

* * *

Digamos algunas palabras sobre el valor artístico de *La derrota*.

Uno de los méritos mayores de la obra de Fadéyev es el haber abandonado el esquematismo de algunas de las obras de la literatura proletaria. Ante el lector pasan personajes vivos y palpitan-tes, con defectos y virtudes, con debilidades y cualidades posi-tivas.

Es que Fadéyev conoce la psicología de los personajes que pinta. Fadéyev conoce la psicología humana y el ambiente que describe. Penetra en la conciencia, y hasta en la subconciencia de sus héroes, revelando su vida interior con maestría poco cor-riente. El cariño de compañero y su amor profundo de clase son la llave mágica que le sirve para abrir los secretos psicológicos de sus protagonistas.

Fadéyev ha dado en este sentido un paso hacia adelante en re-lación a Fúrmanov y Serafimovich.

Fadéyev no ha elegido como héroes de su obra a jefes gloriosos del Ejército rojo, como Frunze o Budiony, ni a jefes del movi-miento de guerrilleros como el viejo Kojtun o Chapáev. Tomó un destacamento de montoneros, con representantes de todas las ca-pas oprimidas, bajo la dirección de un comunista. Pero Levinson no es un caudillo de montoneros. Levinson es el ojo más abierto y responsable de esa masa; es el bolchevique consciente de la mi-sión histórica de su clase, fuerte, intrépido, con voluntad inque-brantable y contagiosa, con la voluntad indeclinable y ejemplar que caracteriza la psicología de los bolcheviques.

Ha elegido como figura central de su novela a uno de los hé-roses anónimos de la multitud.

Las figuras de Morozka, Dubov y Goncharenko son reales, exentas de adorno literario. Morozka es primitivo, tosco y poco cultivado, como las selvas septentrionales de Siberia. Morozka tiene muchos defectos. Se emborracha y hasta roba, pero sabe que

hace mal y su conducta es juzgada por todo el destacamento, llamándole «la vergüenza de la tribu del carbón». Sin embargo, debajo de todo eso vive en él un buen instinto de clase, que le hace amar sobre todo su vida de revolucionario.

Metelitsa es uno de los tipos más musculosos y seductores de la obra. Metelitsa es todo ardor, vigor y arrojo.

Su muerte, bajo los machetazos de los soldados de Kolchak, es uno de los crímenes más evidentes de los blancos. Con profundo dolor se lee ese pasaje de la obra en que después de acribillarle a balazos, aún sangrando, lo arrastran atado a la pata de un caballo, que galopa por el camino polvoriento.

Figuras como Miechik retratan la psicología débil de los intelectuales pequeñoburgueses, que pudieron caer en el torrente revolucionario, pero que no supieron mantenerse firmes, ocupados siempre en el círculo estrecho de sus pobres cavilaciones. Miechik concluye como han terminado la mayoría de los intelectuales pequeñoburgueses: traicionando a la Revolución.

¿Qué se puede decir de Varia? Varia es un tipo real, cálido, que huele a juventud, a tierra húmeda. Varia no es el tipo de una revolucionaria, como Morozka no es el tipo de un revolucionario. La falta de control sobre sus ímpetus, la vida sexual disoluta con sus lados negativos, que palidecen, sin embargo, ante el buen instinto de clase que la orienta, colocándola en las avanzadas de su destacamento.

Todos los personajes de la obra de Fadéyev hablan un lenguaje natural, simple, tal como hablan y piensan las personas sin saber que pasarán a la historia: sin pompa y sin gestos teatrales.

Las siluetas de Levinson, Blakánov, Metelitsa, Dubov y Morozka se perfilan en la multitud, entre el viento y la sombra de las estepas y selvas siberianas, en medio del fragor de las batallas entre el galope de sus caballos briosos.

Viven, aman, luchan y mueren, y el lector no puede permanecer indiferente. Fadéyev los muestra en el heroísmo cotidiano de la vida cruda y severa del soldado rojo. Fadéyev es un gran talento realista, penetrante, que no en vano hizo recordar a los críticos rusos el nombre de Tolstói. En *La derrota* demuestra conocer, además de la psicología del individuo, la psicología colectiva que, bajo su pluma de artista, palpita con vigor extraordinario.

Hace sentir la fuerza potente e invencible de las masas revolucionarias que no se detienen ante la muerte ni se ahogan en los remolinos del pánico. La justicia de sus combatientes es la fuerza que los lleva hacia el triunfo. ¡Nadie pudo ni podrá detenerlos! Fadéyev transmitió con enorme dinamismo la atmósfera electrizada de esos días gloriosos de combate. Supo sentir y comprender la avalancha invencible de todas esas masas desorganizadas que con valentía sin igual, mal armadas, mal vestidas, se alistaron voluntariamente en las filas del ejército de los guerrilleros, ayudando al triunfo de la Revolución para conquistarse una vida más humana y más justa.

Sus diecinueve quedaron vivos para luchar hasta vencer.

La obra de Fadéyev ha sido uno de los mejores regalos de la literatura proletaria en el décimo aniversario de la Revolución de Octubre.

Lila Guerrero

PRIMERA PARTE

I

MOROZKA

Levinson salió al patio haciendo sonar su vieja espada japonesa. Del campo llegaba un olor a miel de trigo sarraceno. El sol de julio brillaba envuelto en espuma ardiente, de color blanco y rosa.

El ordenanza Morozka secaba sobre una lona la avena recién recogida, y a la vez espantaba con un látigo a las endiabladas gallinas.

—Llévalo al destacamento de Shaldiba —dijo Levinson tendiéndole un sobre—. Además, transmíteles... Bueno, no es necesario: ahí va todo escrito.

Morozka no tenía ganas de ir. Chasqueó el látigo en el aire y, descontento, volvió la cabeza. Estaba harto de hacer aquellos viajes aburridos, de llevar aquellos sobres inservibles, que a nadie interesaban. Pero aún estaba más harto de ver los ojos extraños de Levinson que como dos lagos grandes y profundos absorbían a Morozka, con las botas puestas.

Esos ojos alcanzaban a ver en Morozka hasta aquello que él mismo no sospechaba.

«¡Pillo! —pensó el ordenanza ofendido, y bajó los párpados. Pero enseguida generalizó, como de costumbre—: Todos los juicios son unos pillos».

¿Qué haces ahí parado? —dijo, fastidiado, Levinson.

—Es que... camarada comandante, cada vez que hay que ir a algún lado, allá va Morozka... como si no hubiese nadie más en el destacamento.

Morozka lo llamaba de costumbre sencillamente por el apellido; pero esta vez, para que resultase más oficial, le dijo a propósito «camarada comandante».

—Quizá piensas que debo ir yo, ¿eh? —dijo Levinson con ironía.

—No tiene por qué ir usted mismo... Hay gente de sobra...

Levinson metió el sobre en el bolsillo y, con gesto resuelto, que no daba lugar a dudas, dijo con voz tan tranquila que daba frío oírlo:

—Anda, entrégale tu arma al jefe de la intendencia y puedes irte a los cuatro vientos. Yo no necesito díscolos como tú.

El viento acariciaba los rizos indóciles de Morozka. Entre las plantas secas de ajenjo, y alrededor de los depósitos, zumbaban en el aire incandescente los grillos infatigables.

—Espérate... —dijo Morozka en tono áspero—. Dame la carta...

Cuando hubo guardado el sobre en el bolsillo, añadió para aclararse más a sí mismo que para explicarle a Levinson:

—Yo no puedo irme del destacamento, y menos entregar el fusil. —Echó hacia atrás la gorra llena de polvo y dijo a plena voz, inesperadamente alegre—: ¡No es por tu cara bonita por lo que la hemos armado, amigo Levinson! Te hablo con franqueza, con palabras de minero...

—Eso es, precisamente —dijo sonriendo el comandante—. Empezaste por hacer muecas, y al final... ¡Mendrugo!

Morozka atrajo a Levinson por las solapas y, en voz baja, le dijo:

—Yo, hermano, me había preparado ya para ir al puesto sanitario, a ver a Variuja¹, y me vienes ahora con el sobre. Lo que resulta es que el mendrugo eres tú...

Guiñó pícaramente sus ojos de color marrón verdoso y sonrió. En su sonrisa, aun cuando estuviera hablando de su esposa, se sentía un deje obsceno, como herrumbre creada por los años.

—¡Timosha! —gritó Levinson al muchachito encaramado en el alero—. Ven a vigilar la avena, pues Morozka se va.

En la cuadra, sentado sobre una montura echada en el suelo, Goncharenko, el zapador, componía un fardo de cueros. Tenía la cabeza descubierta y tostada por el sol; la barba oscura, con rojos matices, compacta y enroscada como si estuviese hecha de fieltro. Cuando, sentado entre los fardos, con la cabeza gacha, Goncharenko levantaba la aguja y la clavaba en el cuero, parecía que en

¹ Aumentativo despectivo, pero familiar, del nombre de Varia.

vez de una pequeña aguja empuñaba un tridente. Debajo de su blusa de lienzo se movían sus negros y grandes omóplatos.

—¡Qué...! ¿De nuevo de viaje? —preguntó.

—Sí, excelencia.

Morozka se enderezó como una viga e hizo el saludo, colocando la mano en el lugar donde la espalda cambia de nombre.

—Haces mal —dijo Goncharenko. Y agregó—: yo, antes, también era un tonto como tú. ¿Por qué te mandan?

—Así, porque sí, al puro cohete. El comandante afirma que debo estirar un poco las piernas, pues de lo contrario, dice: «pronto vas a parir hijos aquí».

—Imbécil... —rezongó el zapador, mordiendo el bramante de zapatero. Y agregó—: iatorrante de Suchán!²

Morozka sacó el caballo del establo. El potro levantó las orejas en señal de alerta. Era fuerte, de crin larga, y trotador como su dueño.

Tenía, igual que él, los ojos de color marrón verdoso y claro; era rechoncho y patizambo y, como él, mañoso, pillo y disoluto.

—¡*Mishka-a-a!*... ¡Eh!... ¡Satanás! —rezongaba cariñosamente Morozka apretándole la cincha. ¡*Mishka-a-a!*... animalito de Dios!...

—Si apostáramos a ver cuál de los dos es el más inteligente, te aseguro por Dios —dijo el zapador— que no serías tú el que debería montar encima de *Mishka*, sino *Mishka* encima de ti.

Morozka salió al trote por detrás del corral.

En la otra orilla se extendía, todo cubierto de sol, un campo de trigo candeal y de centeno. Más allá, como gorros azules, mecíanse los picos de la cordillera de Sijoté-Alín, entre las nubes del atardecer.

Al aspirar el olor a miel de los trigales, a Morozka se le hinchaban las aletas de la nariz, se le aflojaban las arrugas de la cara y sus ojos brillaban como ascuas; en su pecho, ya carcomido por el polvo, florecía su alma con la fuerza potente de sus antecesores.

Morozka pertenecía a una familia de mineros. Dos generaciones de antepasados suyos habían trabajado en las minas.

² Ciudad enclavada en las estribaciones meridionales de la cordillera de Sijoté-Alín, en el Extremo Oriente.

Su abuelo, ofendido por Dios y por las gentes de Suchán, labraba la tierra; el padre, por el contrario, prefirió el carbón a la tierra negra.

Morozka nació en una covacha oscura, en la mina número 2, en el momento en que el ronco silbido de la sirena llamaba a los del turno de la mañana.

«¿Un hijo? —preguntó el padre cuando el médico de la mina salió del cuartocho y le comunicó el resultado del parto—. Entonces es el cuarto ya —concluyó el padre en tono sumiso y tranquilo—. ¡Qué divertida es la vida!...»

Luego se echó encima el saco ennegrecido por el carbón y se fue al trabajo.

Morozka, a los doce años, comenzó a levantarse al son de la sirena, y aprendió también a hacer rodar las vagonetas, a pelearse con palabras obscenas y a beber vodka.

En las minas de Suchán había más tabernas que hulleras. A cien *sazhen*³ del pozo de las minas terminaba la llanura y comenzaba un grupo de volcanes. De allí miraban hacia la villa cercana los pinos altos, severos y solemnes.

En las mañanas grises y nubladas, los corzos de la selva trataban con sus gritos de superar a las sirenas.

Por entre las quebradas azules de la cordillera y los espinosos desfiladeros trepaban día tras día, sobre los interminables rieles, las vagonetas cargadas de carbón, en dirección a Kangauz. En los picos, temblaban los tambores bajo la continua tensión de las correas.

En medio de la vegetación perfumada, a los pies de la montaña, se levantaban las construcciones de piedra y trabajaba la gente sin cesar. Con voz multiforme cantaban los grillos y silbaban las grúas eléctricas. Efectivamente: la vida allí era muy divertida.

Morozka vivía sin buscar nuevos senderos en la existencia. Se conformaba con los viejos y hollados caminos.

Un día se compró una blusa de satén, botas en forma de canuto y empezó a frecuentar las fiestas del pueblo del valle. Allí, con los

³ Antigua medida rusa de longitud que equivale a poco más de dos metros.

muchachos, tocaba el acordeón, se peleaba con ellos, y a veces entonaba cantos indecentes y «arruinaba» a las chicas de la aldea.

Al volver del trabajo robaban, en las huertas del camino, pepinos redondos y se bañaban en la corriente de un río montaños. Sus voces alegres rompían el silencio sombrío de la taiga. Por encima de un peñasco asomaba la luna en cuarto menguante y miraba con envidia. Sobre el río flotaba la humedad nocturna.

Cuando llegó su hora, lo metieron en una comisaría seccional, mugrienta, llena de chinches, hediendo a calcetines sucios. Esto le sucedió a Morozka en los días más febriles de la huelga de abril. Las aguas corrían por los caños subterráneos y nadie las pompeaba. Era agua turbia, como lágrimas de caballo cegado por el trabajo de las minas. Le metieron en la comisaría no porque hubiese cometido alguna hazaña valerosa, sino porque era simplemente un charlatán, con la esperanza de que denunciase a los instigadores de la huelga. En el infecto cuartucho en donde se hallaba había también unos vendedores clandestinos de alcohol de la provincia de Maijin. Morozka les contaba un sinnúmero de picantes anécdotas, pero no denunció a nadie.

Más tarde lo mandaron al frente de guerra entre los soldados de caballería.

Allí, como todos, aprendió a mirar con desprecio a los quintos. Lo hirieron seis veces, lo magullaron dos, y luego fue relevado del servicio militar antes de los comienzos de la Revolución.

Al volver a su casa, anduvo emborrachándose durante dos semanas seguidas. Luego se casó con una obrera de la mina número 1, que trabajaba en el transporte del mineral: bondadosa libertina, bien parecida, pero estéril. Todo lo que Morozka hacía, lo llevaba a cabo sin pensar. La vida le parecía una cosa tan sencilla, tan poco complicada, como los pepinitos redondos de las huertas de Su-chán.

Puede ser que fuera ésta la razón por la cual llevó consigo a su mujer al frente de batalla, en 1918, para defender el poder de los Soviets. Hay que decir que como el Gobierno soviético no se afirmó al principio en el poder, a Morozka le fue imposible bajar de nuevo a las minas, pues al nuevo Gobierno no le caían en gracia los muchachos del temple de Morozka.

Mishka, enojado, hacía resonar los cascos herrados en las piedras del camino. Los tábanos de color anaranjado le zumbaban fastidiosamente junto al oído, se le metían en el pelo y le mordían hasta hacerle sangrar.

Morozka atravesó a caballo el campo de batalla de Sviaguin. Detrás de una colina de nogales, siempre verdes, se escondía la aldea de Krilov. Allí paraba el destacamento de Shaldiba.

—Vzzz...vzzz... —zumbaban con ardor los tábanos infatigables.

De pronto se oyó un sonido extraño, como un fuerte estampido, y rebotó detrás de las colinas. Luego, uno detrás de otro, como si una bestia recién liberada de sus cadenas destrozase con sus garras los arbustos espinosos.

—Espera —dijo Morozka con voz apenas perceptible, tirando de las riendas al caballo.

Mishka, obediente, quedó inmóvil al instante, con el cuerpo tendido hacia adelante.

—¿Oyes? Están disparando... —dijo el ordenanza irguiéndose sobre la montura—. ¡Están disparando..., sí!

«Tac-tac-tac», hacían las ametralladoras. Al mismo tiempo se oía el ruido ensordecedor de los cañones y el llanto de las carabinas japonesas.

—¡Al galope! ¡Arre! —gritó Morozka con voz opaca, afirmando las botas en los estribos y desabrochando la caja de balas con los dedos temblorosos. *Mishka* subió a la cumbre a todo galope. Antes de llegar a la cima del cerro, Morozka saltó del caballo—. Espérame aquí —le dijo, echando las riendas por delante de la montura. *Mishka*, como un fiel esclavo, no necesitaba que lo ataran. Morozka se arrastró a tientas hasta la cúspide del montículo.

A la derecha, dejando a un lado la aldea de Krilov, formando una cadena como preparada para un desfile, corrían en desorden figuras pequeñas, amarillas, todas iguales, con gorras de borde verde amarillento. A la izquierda, entre las espigas doradas de la cebada, corría envuelto en terrible pánico, hacia un lado y otro, un grupo de gente en desorden, tratando aún de defenderse, disparando los fusiles. Shaldiba (Morozka lo reconoció por su caballo overo), al frente de su destacamento derrotado, trataba de detener a los que huían, fustigándolos con un látigo. Pero nadie se detenía. A escondidas, algunos se quitaban los brazaletes rojos.

—¿Qué hacen esos canallas? ¿Qué es lo que hacen? —gritaba Morozka cada vez más excitado por el tiroteo.

Entre el grupo de los que huían llenos de pánico corría fatigosamente un muchachito huesudo, con la cabeza vendada con un pañuelo blanco y vestido a la manera de la ciudad. Al correr, movía torpemente su espada. Los demás, por lo visto, trataban de amoldar expresamente su carrera para no dejarle solo. En el grupo iban aumentando los heridos. El muchachito del pañuelo blanco cayó también herido. Se arrastraba por el suelo, trataba de levantarse, y tendiendo las manos hacia adelante gritaba, pero nadie oía su voz. Los demás aceleraron el paso y, sin volverse, le dejaron detrás.

—¡Canallas! ¿Qué es lo que hacen? —gritó de nuevo Morozka apretando la carabina nerviosamente con los dedos.

—¡*Mishka*, ven acá! —gritó de pronto con voz completamente extraña. El potro, lleno de rasguños, salió disparado hacia la cima, relinchando despacio. Al cabo de algunos minutos, Morozka volaba como un pájaro por el campo de cebada.

—¡Al suelo! —gritó Morozka tirando hacia un lado las riendas y excitándole locamente con las espuelas. *Mishka* no quería tumbarse bajo el zigzag de las balas.

Brincaba con sus cuatro patas en torno de un hombre que gemía y que tenía la cabeza ensangrentada.

—¡Al suelo! —gritaba Morozka enfurecido, con voz ronca, tirándole de las riendas.

Mishka era duro de boca, pero al fin encogió sus patas temblorosas por la tensión que realizaban sus rodillas, y se echó a tierra.

—¡Ay!... ¡Me duele..., me duele! —se quejaba el herido cuando el ordenanza lo echó por encima de la montura. El rostro imberbe del muchacho estaba pálido.

—¡Cállate, quejica! —murmuró Morozka.

Y minutos después, con la carga entre los brazos, salió al galope por detrás de las colinas hacia la aldea donde paraba el destacamento de Levinson.

II

MIECHIK

A primera vista, a Morozka no le gustó, a decir verdad, el herido. A él no le entusiasmaba la gente acicalada.

La experiencia de su vida le había enseñado que es gente inconstante, inservible, gente en la cual no se puede creer. Además, desde el primer momento, el herido demostró que no era un hombre viril.

—Es un niño bien... —comentó irónicamente el ordenanza cuando acostaron al muchachito desmayado en la isba de Riabets—. ¡Unos cuantos arañazos y ya se ablandó! —Morozka quiso decirle algo muy ofensivo, pero no encontró las palabras necesarias para expresarse—. Desde luego, es un mocoso —rezongaba, descontento.

—No refunfuñes —le interrumpió severamente Levinson—. ¡Blakánov! Por la noche, lleven al muchacho al hospital militar.

Al herido le cambiaron los vendajes. En uno de los bolsillos de la americana hallaron mucho dinero y unos documentos. Su nombre era Pavel Miechik. Además, entre otras cosas, encontraron un envoltorio con cartas y la fotografía de una mujer. Unos veinte hombres barbudos, de caras toscas y tostadas por el sol, examinaron la carita delicada de la niña de cabellos rubios ensortijados. La fotografía, ruborizada, volvió a su lugar.

El herido estaba acostado, sin conocimiento, con los labios exangües y con las manos estiradas, sin vida, sobre la colcha. No sintió las sacudidas del carrito cuando lo trasladaron al hospital militar, en aquella noche calurosa de cielo negro-azulado. Volvió de su desmayo cuando lo colocaron en la camilla. Se confundía en él la sensación imprecisa del balanceo de la camilla con la vaga impresión que le causaba el cielo poblado de estrellas. Las sombras nocturnas avanzaban por doquier. De todas partes llegaba olor a tierra húmeda y a hojas tiernas.

Miechik sentía un agradecimiento infinito hacia la gente que lo llevaba con tanto cuidado y suavidad. Quiso hablarles, pero al mover los labios volvió a perder el conocimiento.

Cuando Miechik se despertó, era ya de día. El sol de la mañana, con pereza y pompa, iluminaba las ramas de un cedro. Miechik se hallaba acostado en la sombra. A su derecha se erguía un hombre alto, delgado, firme, seco y con delantal gris. A su izquierda, inclinada sobre la cama, había una figura delicadamente femenina, con un par de gruesas trenzas rubias sobre la espalda. Lo primero que impresionó a Miechik fue la infinita bondad y ternura que respiraba toda su figura, de ojos grandes y aterciopelados, de trenzas magníficas, de manos morenas y tibias.

—¿Dónde estoy? —preguntó Miechik con voz queda.

El hombre alto estiró su mano huesuda de palma áspera y le tomó el pulso.

—Pasará —dijo tranquilamente—. Varia, prepare todo lo necesario para hacerle un nuevo vendaje y llame a Jarchenko—. Hizo una pausa y luego agregó, no se sabe para qué—: Ya, de paso...

Miechik levantó los párpados doloridos y miró a quien hablaba. Tenía la cara larga y amarillenta, de ojos brillantes y ojerosos, que miraban con indiferencia el cuerpo del herido; uno de ellos, inesperadamente, le hizo un guiño.

Cuando a Miechik le colocaban las vendas ásperas en las secas heridas, produciéndole muchísimo dolor, no sentía más que el contacto suave y cuidadoso de unas amorosas manos femeninas, y no gritaba.

—Listo —dijo el hombre alto terminando el vendaje—. Tres agujeros auténticos, pero en la cabeza solamente un araño. ¡O se cura dentro de un mes, o yo no soy Stashisnki!

Se animó un poco y movió rápidamente los dedos. Los ojos, sin embargo, continuaban mirando cansados y llenos de angustia; el derecho parpadeaba con regularidad.

Después de que lavaran a Miechik, se apoyó en los codos y miró a su alrededor. En el cobertizo caminaban unas cuantas personas con aspecto preocupado. De la chimenea se escapaban espirales de humo azul. En el techo, las vigas se cubrían de resina. Un pájaro enorme, de pico negro, golpeaba el borde del alero. Apoyado en un bastón, un viejecito de barba blanca y delantal gris lo observaba todo con mirada bondadosa. Sobre el viejecito, sobre la barraca, sobre Miechik, envuelta en olor a resina, flotaba la calma silenciosa de la taiga.

Tres semanas antes, cuando Miechik andaba por la ciudad con el salvoconducto metido en la bota y el revólver en el bolsillo, no se imaginaba claramente lo que le aguardaba.

Andaba de buen humor, entonando un cuplé alegre de moda entonces. En cada músculo, en cada vena, le hervía la sangre joven, sedienta de actividad y de lucha.

Veía levantarse, en su imaginación, a la gente de las trincheras del Extremo Oriente (que conocía sólo por los diarios) envuelta en humo de pólvora y llevando a cabo heroicas hazañas. Recordando a la chica de los bucles dorados se le llenaba la cabeza de imágenes atrevidas. En ese momento, como de costumbre, sin duda, ella tomaba su café con bizcochos e iba a estudiar con su paquete de libros forrados con papel azul...

Cuando Miechik llegó a la aldea de Krilov, de los matorrales saltaron unos cuantos hombres apuntando con los fusiles.

—¡Alto! ¿Quién va? —preguntó un muchacho de cara angosta y con una gorra de marinero.

—Me envían de la ciudad.

—¡Documentos!

Miechik tuvo que descalzarse para sacar el pase.

—«Comité... de... la... marina... pro... vin... cial... de... socialistas... re... vo... lu... cio... na... rios...» —leyó silabeando el marinero contemplando a Miechik, con mirada más punzante que la flor de cardo—. Así es que... —dijo en tono indefinido.

Pero de repente agarró a Miechik por el cuello y le gritó con voz chillona:

—¡La puta madre que te parió!

—¿Qué?, ¿qué? —preguntó Miechik atolondrado, agregando luego—: Pero si aquí dice «maximalistas»⁴. Fíjese, por favor...

—¡Registradlo!...

Al cabo de unos minutos, Miechik estaba desarmado y maltrecho, de pie delante de un hombre con una gorra puntiaguda de seminarista, de ojos negros y de mirada tan penetrante que lo atravesaba de parte a parte.

⁴ Grupo semianarquista escindido de los socialistas revolucionarios (eseristas) en 1904.

—Ellos no se dan cuenta... —balbuceaba Miechik, nerviosamente, con voz entrecortada y casi entre sollozos—. Pero si ahí dice «maximalistas». Lea, camarada...

—A ver, dame el papel...

El hombre del gorrito se detuvo un momento con el pase. Bajo su mirada parecía que humeaba el arrugado papel. Después miró al marinero y dijo en tono severo:

—¡Estúpido!... ¿No ves que dice «maximalistas»?

—¡Eso es, claro! —exclamó contento Miechik—. ¡Si yo les decía que ahí dice «maximalistas»! Es una cosa completamente diferente.

—Así, pues, resulta que le pegamos en vano... —dijo desilusionado el marinero—. ¡Vaya!

A partir de ese día, Miechik entró a formar parte del destacamento con todos los derechos y deberes.

Los hombres que le rodeaban no se parecían en nada a los que había creado su ardiente imaginación. Éstos eran más sucios, más piojosos, más rudos, más brutales. Se robaban mutuamente los cartuchos. Por cualquier insignificancia se insultaban desaforadamente, barajando el nombre de la madre y el de la abuela. Se peleaban hasta hacerse sangrar por un simple pedazo de tocino. Cualquier pretexto bastaba para que ellos se burlasen de Miechik. Si no era por su ropa de ciudad, lo hacían por su modo correcto de hablar o porque no sabía limpiar su fusil, y hasta se burlaban cuando en el almuerzo comía menos de una libra de pan.

Pero, en cambio, no eran hombres como se ven en los libros; eran de carne y de hueso, auténticos, vivos.

Miechik, acostado ahora en la explanada, en medio de la tranquilidad del bosque, revivía su pasado. Al recordar el sentimiento sincero, bueno e ingenuo con que entró en el destacamento, se puso triste. Estaba impresionado de una manera enfermiza por los cuidados y el cariño de todos y hasta por el silencio de la taiga.

El hospital se hallaba en la confluencia de dos arroyos. En los linderos del bosque picoteaba el pájaro carpintero, susurraban las hojas color púrpura de los arces de Manchuria y, abajo, en el barranco, cantaban infatigables las aguas cristalinas.

No había muchos enfermos ni heridos; graves estaban solamente Frolov, guerrillero de Suchán, y Miechik. Todas las

mañanas, cuando sacaban a Miechik de la barraca sofocante, se le acercaba el viejecito Pika, el de la barba clara. Recordaba a uno de esos antiguos cuadros, por todos olvidado, en el que se ve sentado a un viejo de barba blanca, con gorrito, pescando a la orilla verde esmeralda de un lago ya cubierto de moho en medio de un silencio imperturbable. El cielo está apacible sobre el anciano; alrededor, los pinos en cálida pereza a la orilla de las aguas quietas, las cañas crecidas, la paz, el sueño, el silencio...

¿No es eso lo que extrañaba el alma de Miechik?

El viejecito Pika le contaba, con vocecita de chantre de aldea, que su hijo estuvo en la guardia roja.

—Pues sí... viene a verme. Yo, naturalmente, estoy sentado en el colmenar. Y, claro está, como hacía mucho tiempo que no nos veíamos, nos besamos. Le miro, pero él está muy triston... «Padre —me dice—, me voy a Chitá». «¿Para qué?», le pregunto. «Es que los checoslovacos se sublevaron de nuevo.» «¿Y qué puedo decirte yo de los checoslovacos? —le contesto—. Puedes vivir aquí; mira que bendición a nuestro alrededor...» Y de veras, en mi granja, entre los colmenares, era todo un paraíso: abedules, ¿sabes?, los tilos en flor, las abejitas... vzzz... vzzz...

Pika, algo más animado, se quitó el gorro negro y peludo, y nuevamente con vocecita de diácono continuó:

—¿Y qué crees que hizo? Se fue. No quiso quedarse... Se fue... Luego, los soldados de Kolchak saquearon la granja y me dejaron sin el hijo... ¡Vaya vida ésta!

Terminó su relato con un suspiro. A Miechik le gustaba oírle, le satisfacía la musical placidez de su voz, sus gestos que parecían salirle del interior.

Pero prefería más aún ver venir la enfermera. Ella ordenaba y limpiaba el hospital. Irradiaba un gran amor a las gentes y en particular a Miechik. Lo trataba con un cariño especial. Poco a poco él comenzó a mirarla con ojos «terrenales». Era pálida, algo encorvada, y sus manos eran demasiado grandes para ser manos de mujer. Pero, en cambio, tenía un andar que era una delicia; no era muy rítmico, pero estaba lleno de fuerza y de vigor. Su voz parecía siempre prometer algo.

Cuando se sentaba en la cama, a su lado, él no podía seguir tranquilamente acostado. (Eso nunca se lo confesaría a la chica de los bucles dorados.)

Cierto día el viejo Pika le dijo, hablando de Varia:

—Varia es una desvergonzada. Morozka, su marido, está en el destacamento, y ella anda siempre por ahí...

Miechik miró al lado donde señalaba el viejo. La enfermera lavaba la ropa en el prado. Alrededor de ella andaba dando vueltas Jarchenko, el cabo del hospital. Él se inclinaba hacia ella, y por lo visto le decía cosas muy graciosas, porque ella cada vez con más frecuencia dejaba el trabajo y le miraba de una manera extraña con sus ojos aterciopelados. La palabra «desvergonzada» excitó vivamente la curiosidad de Miechik.

—¿Y por qué es ella... así...? —le preguntó a Pika, tratando de disimular su turbación.

—¡Vaya usted a saber por qué es tan cariñosa!... No puede rechazar a nadie, y, claro está, todos acuden...

Miechik recordó la primera impresión que le produjo la enfermera, y sintió un despecho incomprensible. Desde ese momento comenzó a observarla atentamente.

En realidad, ella se arrimaba demasiado a los hombres apenas comenzaban a caminar sin la ayuda de nadie. Al fin y al cabo era la única mujer que había en el hospital.

A la mañana siguiente, después de cambiar las vendas a Miechik, ella se detuvo más que de costumbre para arreglarle la cama.

—Siéntate a mi lado... —le dijo poniéndose colorado.

Ella le miró atentamente, como aquel día cuando lavaba la ropa y miraba a Jarchenko

—¿Qué...? —dijo ella sin querer, algo extrañada.

Sin embargo, después de arreglarle las mantas, se sentó a su lado.

—¿Te gusta Jarchenko? —le preguntó Miechik.

Ella no oyó la pregunta, y atrayéndolo con su mirada fascinadora le dijo:

—¡Tú eres tan jovencito!...

Y luego agregó, cayendo en la cuenta:

—¿Jarchenko?... Tanto me da. Todos vosotros estáis hechos en el mismo molde.

Miechik metió la mano debajo de la almohada y sacó un paquete envuelto en papel de diario. De la pálida fotografía le miraba la chica de los bucles dorados, pero esta vez a él no le pareció tan agradable como antes. Ella sonreía con alegría artificial, y aunque Miechik tenía miedo de confesárselo a sí mismo, le pareció raro que hubiese podido pensar tanto en ella. No sabía, en realidad, si es que hacía bien en enseñar a la enfermera el retrato de la chica de los bucles dorados.

La enfermera observó de cerca la postal. De pronto dejó caer la fotografía y lanzó un grito. Saltó de la cama y rápidamente volvió la espalda.

—¡Bonita fulana! —dijo una voz ronca y burlona.

Miechik miró de reojo hacia el lado desde donde venía la voz y vio la cara conocida de Morozka. Debajo de la visera le asomaba un mechón de pelo indócil. Sus ojos burlones de color marrón verdoso tenían esta vez una expresión completamente distinta.

—¿Por qué te asustaste? No lo dije por ti, sino por el retrato... He conocido muchas mujeres, pero de ninguna he guardado el retrato... ¿Cuándo me vas a regalar el tuyo?

Varia se compuso y empezó a reír, con voz chillona, distinta de la de costumbre.

—¡Qué susto me diste...! ¿De dónde has venido, muchacho de Dios?

Y dirigiéndose a Miechik:

—Es Morozka, mi marido. Siempre gasta estas bromas...

—Sí, nos conocemos... un poquito —dijo el ordenanza, con cierta voz burlona, y remarcando lo de «un poquito».

Miechik se hallaba acostado como si lo hubiesen aplastado. Por lo ofendido que estaba y por la vergüenza que le daba, no encontraba palabras para contestar. Varia se había olvidado de la fotografía y, conversando con su marido, la pisó con descuido. Miechik no osó pedirles que se la recogieran.

Cuando ellos se fueron al bosque, él, apretando los dientes por el dolor que le causaban las piernas al inclinarse, tomó la arrugada foto del suelo y la hizo pedazos.

III

BUEN OLFATO

Morozka y Varia volvieron por la tarde. Caminaban perezosamente, cansados, sin mirarse.

Morozka salió a la explanada, y metiendo dos dedos en la boca silbó tres veces de una manera estridente, como acostumbra a hacerlo los bandidos de las grandes películas. Y cuando, como en los cuentos, apareció entre los matorrales, haciendo sonar los cascos, un potro redomón, Miechik recordó dónde había visto juntos por primera vez al caballo y al caballero.

—¡*Mishka-a-a...*, hijo de perra! ¿No me esperabas?... —gruñó cariñosamente el ordenanza.

Al pasar delante de Miechik, Morozka le miró maliciosamente.

Después se perdió entre las sombras verdes del monte, pensando con frecuencia en Miechik. «¿Para qué vendrá con nosotros esta clase de gente? —pensaba inseguro y con despecho—. Cuando comenzamos no había nadie... Vienen ahora cuando todo está hecho...». A él le parecía que Miechik vino en realidad cuando todo estaba «hecho». Sin embargo, la cruzada difícil estaba aún por correr.

«Llega uno de esos pobres diablos, se ablanda por cualquier cosa, lo arruina todo, y después, la carga sobre nosotros... ¿Qué es lo que habrá encontrado en él la tonta de mi mujer?»

Pensaba, además, que la vida se vuelve cada vez más complicada, más astuta; creía que los viejos caminos de Suchán ya no le servían y que precisaba trazarse una nueva ruta.

Sin notarlo, se sorprendió con esos dolorosos pensamientos cabalgando en la llanura. Allí, entre el aroma de la correhuela y entre el trébol salvaje y ensortijado, sonaban las guadañas y sobre las gentes flotaba el día de trabajo. Los segadores tenían la barba larga, hasta el borde de la camisa, y rizada como el trébol que cortaban. Caminaban lentamente por el terreno segado. El pasto perfumado se acostaba perezosamente bajo sus pisadas.

Al ver al jinete armado, dejaron sin prisa su trabajo; pusieron a modo de visera sus manos callosas sobre los ojos, y le siguieron con la mirada largo rato hasta que se perdió en lontananza.

—¡Como una vela...! —exclamaban, admirados del porte de Morozka cuando éste, afirmándose en los estribos, irguió el cuerpo y lo inclinó hacia delante. Se alejó con un trote regular que apenas lo sacudía en la montura, como la llama de una vela.

Morozka detuvo su caballo detrás de la curva del río, en la huerta del presidente rural, el camarada Riabets. En la huerta se hacía sentir la falta de un buen administrador. Mientras el patrón se ocupaba de los problemas sociales, en la huerta crecían las malas hierbas y se desmoronaba la cabaña. Los melones barrigudos maduraban mal entre el ajenjo amargo y, en medio de la huerta, el espantapájaros parecía un ave moribunda. Mirando hacia un lado y hacia otro con suspicacia, giró hacia la choza desmoronada. Miró con cuidado adentro. No había nadie. Por tierra, trapos, una vieja guadaña y cáscaras secas de pepinos y de melones.

Desatando un saco de la silla, Morozka se apeó, recorriendo a rastras un sendero de la huerta. Metía los melones en el saco, rompiendo los tallos febrilmente. Allí mismo comió algunos, abriéndolos de un golpe sobre las rodillas.

Mishka movía la cola y lo miraba con ojos astutos y comprensivos. De pronto oyó un ruido y, alzando sus orejas peludas, rápidamente dio la vuelta en dirección hacia el río. En la orilla, entre los sauces, apareció un viejo alto, de barba larga, con pantalones de tela y sombrero marrón. Retenía entre las manos con evidente esfuerzo una red entre cuyas mallas se agitaba en estertores de agonía un enorme pez. Sobre los pantalones y sobre los pies descalzos caían el agua mezclada con sangre color frambuesa.

Mishka reconoció en la figura de Joma Yegorovich Riabets al dueño de la yegua de trasero ancho que vivía y comía en la misma caballeriza que él, separada solamente por un tabique de madera. *Mishka* languidecía de ardientes deseos. Al reconocerlo, amistosamente, abrió de par en par las orejas y echando hacia atrás la cabeza relinchó alegremente.

Morozka, asustado, dio un salto y quedó inmóvil en posición encorvada con el saco en las manos.

—¿Qué haces... aquí...? —dijo Riabets, ofendido, con voz temblorosa y contemplándolo con una mirada terriblemente severa. No soltaba la red de las manos, tirante a causa de las sacudidas del pez. A sus pies se agitaba el pescado con igual furia que latía su corazón lleno de ira, al verse impotente para expresar en palabras iracundas todo el furor que guardaba encerrado.

Morozka soltó el saco y, medrosamente, con la cabeza gacha, se fue corriendo hacia su caballo. Cuando ya estaba sentado en la silla, pensó que hubiera sido mejor sacar los melones del saco y llevarlos consigo para no dejar ningún rastro. Pero comprendiendo que era tarde, espoleó fuertemente y se lanzó en loca carrera por el camino polvoriento.

—¡No te preocupes, te ajustaremos las cuentas!... ¡Ya verás! ¡Ya verás!... —gritaba Riabets, no encontrando otras palabras. No podía creer que un hombre a quien se le dio como a un hijo casa y comida durante varios meses le robase los melones de su huerta, sobre todo cuando su dueño trabajaba por el bien de la sociedad.

En el jardincito de Riabets, en la sombra, estaba sentado Levinson delante de una mesa redonda, cubierta con un plano de guerra, e interrogaba al explorador recién venido.

Estaba vestido con ropas de mujik y calzado con alpargatas. Había estado en el mismo centro del acantonamiento de las tropas japonesas. Su cara redonda tostada por el sol ardía alegremente, excitada por el peligro experimentado.

Según él, el Estado Mayor japonés estaba en Yakovliev. Dos compañías de Spassk-Primorie se movían hacia Sandagoy. La vía de Sviaguin estaba libre. Él había hecho un viaje en tren hasta la vertiente de Shabanovski junto con dos guerrilleros armados del destacamento de Shaldiba.

—¿Hacia dónde se retiró Shaldiba?

—Hacia las haciendas de Corea.

El escucha trataba de encontrar los puntos en el plano. La tarea era algo difícil, pero como no quería pasar por incompetente señaló con el dedo una provincia vecina.

—En la aldea de Krilov les arrearon de lo lindo —continuó vivamente, paseando el dedo por las narices—. Ahora, la mitad de los muchachos se dispersaron por las aldeas, y Shaldiba, en el

invernadero de Corea, se pasa el tiempo tragando panizo. Dicen que bebe mucho. Está chalado...

Levinson comparó estas noticias con las que le transmitió el día anterior Stirksha, el vendedor clandestino de alcohol de Dauhijinsk, con las que le habían enviado de la ciudad, y se dio cuenta de que había gato encerrado. Para estas cuestiones, Levinson tenía un olfato especial, un sexto sentido, como los murciélagos. El hecho de que el presidente de la cooperativa que fue a Spassk llevaba dos semanas sin volver a su casa, el hecho de que tres días antes se escaparan del destacamento unos cuantos campesinos de Sandagoy con el pretexto de que sentían nostalgia, y el hecho de que el cojo jun-juz⁵ Li-Fu, que iba con el destacamento hacia Uborka, por causas desconocidas cambiase de dirección hacia Fuxin, demostraba que había gato encerrado.

Levinson volvió a comenzar unas cuantas veces el interrogatorio, y nuevamente metía la cabeza entre los planos. Él, como pocos, tenía la paciencia y la constancia que suelen tener esos viejos lobos de la selva que, aunque le falten algunos dientes, saben conducir su manada por la fuerza de la invencible sabiduría de muchas generaciones.

—A ver, dime: ¿no has notado algo... especial?

El explorador le miró sin comprender.

—¡Con el olfato, con el olfato!... ¿me comprendes? —exclamó Levinson, acercando los cinco dedos a la nariz.

—Yo no me olí nada... Ésta es la verdad —contestó el explorador con cara de culpable. «¿Qué? ¿Acaso soy un perro?», pensó ofendido y extrañado al mismo tiempo, y su cara se puso de súbito colorada y estúpida, como la cara de los vendedores del mercado de Sandagoy.

—Bien, vete... —dijo Levinson, y le despidió haciendo un gesto con la mano y acompañándole con la mirada mientras se alejaba, guiñando maliciosamente los ojos, azules como un remanso.

Al quedarse solo, se paseó, pensativo, por el jardín; se detuvo frente a un manzano, y observó atentamente cómo un escarabajo

⁵ Del chino *hunchutzú*, literalmente «barba roja». Nombre que se le da a los miembros de las bandas de saqueadores en Manchuria y en la China del Norte.

cabezón de color arena trepaba por la corteza y, sin notarlo, por caminos desconocidos, llegó a la conclusión de que si no se preparaban a tiempo, el destacamento iba a ser golpeado por los japoneses.

En la puerta del jardín, Levinson se encontró con Riabets y con su ayudante Blakánov. Blakánov era un muchachote robusto, de unos diez y nueve años. Llevaba un traje militar, color caqui, y en el cinturón un revólver siempre alerta.

—¿Qué hacemos con Morozka? —espetó de golpe Blakánov, frunciendo el entrecejo y mirando con sus ojos, negros como ascuas—. A Riabets le robó unos melones... ¿Qué te parece?

Hizo un gesto con las manos como si fuese a presentar Riabets al comandante. Hacía mucho tiempo que Levinson no veía a su ayudante tan excitado.

—No grites —le dijo el jefe tranquilamente, pero con tono imperioso—. No hay por qué gritar. ¿Qué pasa?

Riabets alargó el saco con manos temblorosas.

—Me ha echado a perder más de la mitad de la huerta, camarada comandante. ¡Palabra de honor! Yo, sabes... después de tanto tiempo, decidí revisar la huerta y cuando salí de los juncales me encuentro a...

Explicó largamente la importancia de su asunto, haciendo remarcar el hecho de que si él descuidaba sus cultivos era porque trabajaba para la sociedad.

—Las mujeres de mi casa, en vez de escardar, como hacen las mujeres decentes, trabajan en la siega del heno. ¡Como condenadas!

Levinson le escuchó pacientemente y con atención. Luego mandó llamar a Morozka. Éste apareció con la gorra echada hacia atrás y con aire de culpable. Morozka siempre se presentaba con esa cara cuando sabía que no tenía razón, pero, sin embargo, siempre venía dispuesto a mentir si era necesario para defenderse.

—¿Este saco es tuyo? —preguntó el comandante, que enseguida clavó a Morozka con sus ojos imperturbables.

—Sí...

—Blakánov, quítale el revólver...

—¿Cómo «quítale»?... ¡Si me lo diste tú!

Morozka se hizo a un lado y desabrochó la funda.

—Déjate de bromas, no juegues —dijo Blakánov con severidad y moderación, frunciendo aún más las cejas.

Morozka se ablandó enseguida al verse desarmado.

—A ver, ¿de qué se trata? ¿Cuántos melones he echado a perder, al fin y al cabo, Joma Yegorovich?

Riabets esperaba todo el tiempo con la cabeza gacha y moviendo los dedos de sus pies descalzos.

Levinson ordenó que reuniera esa noche a los campesinos, que junto con el destacamento, decidirían el asunto de Morozka.

—¡Que lo sepan todos!...

—Íosif Abrámich... —dijo Morozka sordamente y con voz opaca—. Que vaya el destacamento me lo explico... pero los mujiks, ¿para qué?

—Escucha, querido —dijo Levinson, dirigiéndose a Riabets y dejando de lado a Morozka—, tengo que hablar contigo, pero completamente a solas.

Levinson se llevó a un lado al presidente, y le pidió que en el término de dos días juntase el trigo de la aldea y secase diez *puds*⁶ de pan.

—Cuida de que nadie sepa para qué y para quién es ese pan seco.

Morozka comprendió que la conversación había terminado y se dirigió todo abatido al pabellón de guardia.

Al quedarse Levinson solo con Blakánov, le ordenó que a partir del día siguiente aumentase la porción de avena para los caballos.

—Dile al intendente que les dé las medidas llenas.

⁶ Medida rusa equivalente a 16 kilogramos.

IV

SOLO

La llegada de Morozka destruyó el equilibrio espiritual que ya se había establecido en Miechik bajo la influencia de la vida uniforme y tranquila del hospital.

«¿Por qué me miró tan despectivo? —pensó Miechik cuando se fue el ordenanza—. Vale que él me sacó del fuego, pero ¿acaso eso da derecho a burlarse de mí?... ¡Y todo por...!» Contempló sus dedos finos y flacos. El dolor de sus piernas heridas y entablilladas debajo de la colcha, junto con las viejas ofensas que guardaba muy profundamente, se acentuó con tal fuerza que su alma se contrajo como se encoge por el dolor un animal herido.

Desde el día en que el muchacho de cara larga y ojos tan punzantes como la espina de cardo lo agarró cruelmente, brutalmente, por el pescuezo, todos se burlaban de él y nadie se le acercaba para consolarle y compadecerle. Hasta en el hospital, en donde el silencio soñoliento respiraba paz y amor, la gente lo acariciaba como por obligación. Pero lo más penoso, lo más terrible para Miechik, era sentirse solo después de que regara con su sangre el campo de batalla.

Hubiera tenido deseos de conversar con Pika, pero éste dormía tranquilamente debajo de un árbol, a la entrada del bosque. El viejo se había extendido sobre la ropa del hospital, y debajo de la cabeza había puesto su blando gorrito. Su calvicie redonda y brillante espejeaba hacia todos los lados. Sus escasos pelitos plateados se dispersaban sobre su cabeza como un nimbo refulgente. De la selva salieron dos muchachos, uno con el brazo vendado y otro cojeando. Se detuvieron al lado del viejo y se guiñaron pícaramente los ojos. El rengo cogió una paja y haciendo un gesto, como si fuese a estornudar, le hizo al viejo cosquillas en la nariz con ella.

Pika, en sueños, rezongó, se rascó la nariz y con las manos hizo un gesto como para espantar una mosca. Por fin, para contento de los muchachos, estornudó fuertemente varias veces. Ellos soltaron una carcajada sonora. El viejo, apoyándose en los codos, miró a uno y otro lado y vio cómo se alejaban los muchachos hacia las

barracas. Uno se apretaba el brazo con cuidado, y el otro arrasaba la pierna.

—¡Eh, tú, ayudante de la muerte! —gritó el primero, viendo que Varia y Jarchenko estaban sentados juntos—. ¿Qué haces, por qué manoseas a nuestras mujeres?... ¡A ver, a ver... déjame un lugarcito a mí también! —dijo en tono zalamero, sentándose al lado de la enfermera y abrazándola con su brazo sano—. Nosotros te queremos, tú eres la única que tenemos. Oye, a ese cara sucia, a ese hijo de perra, échalo..., échalo..., que se vaya con la madre que lo parió...

Y con esa misma mano trataba de empujar a Jarchenko; pero el cabo del hospital se arrimaba más y más a Varia, enseñando sus dientes regulares, amarillos de tanto mascar el tabaco de Manchuria.

—¿Y yo a dónde me arrimo? —dijo el cojo con voz nasal y llorosa—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Es esto justo? ¿No se le tiene consideración a este pobre herido? ¿Qué os parece, compañeros, ilustres ciudadanos?...

Seguía hablando como si le hubieran dado cuerda. Guiñaba con sus párpados húmedos, gesticulando, sin sentido, con los brazos.

Su compañero amenazaba pataleando para que nadie se acercase. El cabo del hospital reía a carcajadas, pero su risa era artificial. Poco a poco, sin que lo notasen, metía las manos debajo de la blusa de Varia. Ella les miraba sumisa y tan cansada que no trataba siquiera de apartar las manos de Jarchenko. De pronto sorprendió la mirada vaga de Miechik. Roja como una amapola, se levantó y arreglándose la blusa exclamó:

—Se le vienen a una encima como moscas a la miel... ¡Perros hambrientos!

Lo dijo enfadada, e inclinando la cabeza escapó hacia el cobertizo. En la puerta se le enganchó la falda; fastidiada, dio un tirón y cerró la puerta con tal fuerza y ruido que crujió, cayendo polvo de las rendijas.

—¿Qué te parece la «hermana», ieh!? —balbuceó el rengo, haciendo mueca como si olfatease tabaco, y soltó una risita llena de bajeza y villanía.

Desde la cama, el herido, el guerrillero Frolov, miraba con la cara amarillenta y extenuada por la enfermedad. Su mirada era severa y perdida, sin brillo, opaca, vacía como la de un muerto. La herida de Frolov no daba ninguna esperanza de curación. Él mismo lo supo desde aquel momento, cuando crispado por un dolor mortal en el vientre le pareció ver con sus propios ojos que el cielo sin fondo rodaba sobre su cabeza. Miechik sintió sobre él la mirada inmóvil de Frolov y se estremeció; luego desvió los ojos hacia otro lado.

—Los muchachos... están haciendo travesuras —dijo con voz ronca Frolov, y movió los dedos como si quisiera demostrar a alguien que todavía estaba vivo.

Miechik se hizo el sordo.

A pesar de que Frolov ya se había olvidado de él, durante largo rato no pudo volver la mirada hacia ese lado. Le parecía que el herido le seguía mirando con su sonrisa de labios finos y secos, con su cara huesuda y amarilla.

El doctor Stashisnki salió torpemente del galpón, encorvándose al pasar la puerta. Enseguida se enderezó como la hoja de un cortaplumas. Parecía increíble que hubiese podido pasar por esa puerta. A grandes pasos se acercó a los muchachos, pero de pronto se olvidó a qué había venido; se quedó de pie, algo extrañado, guiñando el ojo derecho.

—¡Qué calor...! —dijo al fin, pasando las manos por su cabeza rapada. Había salido para decirles que hacían mal en fastidiar a una persona que no podía reemplazarles a la vez a la madre y a la esposa.

—¿Es aburrido permanecer acostado? —le preguntó a Miechik, acercándose a él y poniéndole sobre la frente su mano seca y caliente.

A Miechik le conmovió la inesperada intervención; le pareció que se le había desatado un nudo en la garganta.

—Poca cosa... Cuando esté curado, me marcharé —dijo Miechik—. Pero, ¿y usted? ¡Siempre en el bosque!...

—¿Y si es necesario?...

—¿Qué es lo que es necesario? —pregunto Miechik sin comprender.

—Que yo esté en el bosque...

Stashisnki retiró la mano y por primera vez le miró fijamente con sus ojos negros y brillantes, llenos de curiosidad «humana». Su mirada parecía venir de lejos, triste y llena de ansiedad. ¡Como si se hubiese concentrado en ella todo el mudo afán de ver gentes, con la misma febril inquietud que suele roer a la gente solitaria, cuando está sentada a la hoguera, en la soledad de los montes de Sijoté-Alín.

—No comprendo —dijo Miechik con melancolía, y se sonrió, afable y melancólico—. ¿Acaso no se podría establecer en la aldea? No digo usted personalmente —añadió comprendiendo lo inoportuno de su pregunta—, sino junto con el hospital...

—Aquí hay menos peligro... ¿Y usted de dónde es?

—Yo vine de la ciudad.

—¿Hace mucho?

—Sí, hace ya más de un mes.

—¿Conoce a Kraiselman? —dijo Stashisnki animado.

—Le conozco un poco...

—¿Cómo le va allí? ¿A quién más conoce?

El médico guiñó el ojo con más fuerza que de costumbre e inesperadamente se dejó caer sobre la silla como si le hubieran pegado en las piernas a la altura de las rodillas. Durante largo rato no pudo encontrar una posición cómoda y continuamente se movía en su asiento.

—Conozco a Bonsik, a Yefrémov... —empezó a enumerar Miechik— a Gúriev, Frenkel, no el que lleva anteojos sino el otro; al pequeño...

—¡Pero si todos esos son «maximalistas»! —exclamó extrañado Stashisnki—. ¿De qué los conoce?

—Es que yo solía andar con ellos... —murmuró inseguro Miechik, y sin saber por qué se ruborizó.

«¡Ah!», parecía querer decir Stashisnki, pero no dijo nada.

—Está bien —exclamó secamente con voz completamente distinta y se levantó—. ¡Que se mejore! —le dijo a Miechik sin mirarlo; y temiendo que lo volviese a llamar, se fue a paso rápido.

—¡A Vasiutin también lo conozco! —gritó Miechik, tratando de detenerlo de algún modo.

—Sí... sí... —repitió Stashisnki mirando de reojo y apresurando el paso.

Miechik comprendió que había dicho algo que no le había satisfecho y se volvió a ruborizar.

De pronto todo lo que había vivido durante el último mes se le agolpó en la cabeza. Quiso asirse a algún pensamiento para vencer su estado y no pudo. Los labios le temblaron y empezó a parpadear tratando de retener las lágrimas, pero ellas, desobedientes, se deslizaron una tras otra por sus pálidas mejillas. Se cubrió la cabeza con la colcha y se puso a llorar a rienda suelta. Lloró silencioso, muy silencioso, tratando de no temblar ni sacudirse debajo de la manta para que no notasen su debilidad. Lloró largo rato; sus pensamientos, como sus lágrimas, eran muy amargos.

Después de tranquilizarse continuó acostado, inmóvil, con la cabeza tapada. Varia se le acercó unas cuantas veces. Él reconocía sus pisadas fuertes. Ella se paraba indecisa delante de la cama y luego se iba. Después se acercó Pika.

—¿Duermes? —preguntó cariñosamente.

Miechik se hacía el dormido. Pika esperó un poco.

Se oía el zumbido de los mosquitos nocturnos sobre la colcha.

—Bueno, duerme...

Cuando oscureció se acercaron nuevamente Varia y algunos más. Con cuidado levantaron la cama y la llevaron al cobertizo. En el interior, la atmósfera era cálida y pegajosa.

—Anda, tráeme a Frolov... yo voy enseguida —dijo Varia. Permaneció algunos segundos de pie delante de la cama, con cuidado levantó la colcha que lo cubría, y preguntó—: ¿Qué es lo que te pasa, Pavlusha?... ¿Te sientes mal?

Le llamaba por primera vez con ese diminutivo cariñoso.

Miechik no alcanzaba a verla en la oscuridad, pero sentía su presencia y sentía también que estaban solos en la barraca.

—Sí, no me siento bien —dijo con voz sombría.

—¿Te duelen las piernas?

—No, casi nada... Es más bien...

Ella se inclinó rápidamente y, apretándose a él con sus senos grandes y tibios, lo besó en los labios.

LOS MUJIKS

Con el objeto de comprobar sus sospechas, Levinson fue a la reunión antes de tiempo para mezclarse con los campesinos y prestar oído a los rumores. La asamblea se realizó en el local de la escuela. Cuando llegó Levinson había todavía poca gente. Sólo unos cuantos hombres que volvieron temprano del campo conversaban a la entrada.

Desde la puerta entreabierta se veía cómo Riabets andaba por la sala poniendo un vidrio ahumado a una lámpara que tenía en sus manos.

—Salud, Iósif Abrámich —decían inclinándose respetuosamente los mujiks, extendiendo a Levinson sus dedos toscos, oscuros y endurecidos por el trabajo del campo. Levinson los saludó a cada uno por separado y luego se sentó modestamente en uno de los escalones.

En la orilla opuesta del río cantaban alegremente las muchachas; se sentía olor a heno fresco, mezclado con el polvo y con el humo de las hogueras. Se oía el revolcar de los caballos fatigados en el vado del río vecino. En la tibia penumbra de la tarde, entre el chirrido de las carretas cargadas y entre el largo mugido de las vacas sin ordeñar, moría el día campesino.

—Pocos han venido —dijo Riabets saliendo a la antepuerta—. Pero hoy no puede ser de otro modo; la mayoría pasa la noche en el campo a causa de la siega.

—¿Y por qué se reúnen un día de trabajo? ¿Es que corre prisa?

—Sí... es que hay aquí un asuntito... —contestó algo turbado el presidente—. Uno de ellos armó aquí una de las suyas; está en mi casa. El asunto en realidad carece de importancia, una bagatela, pero resultó toda una historia...

Miró a Levinson, se ruborizó, y se quedó callado.

—Si es un asunto sin importancia, no había por qué reunirse —gritaron a coro los mujiks—. Vivimos en un tiempo en que para nosotros cada hora vale más de un cópec.

Levinson expuso la cuestión. Entonces ellos comenzaron atropelladamente sus quejas campesinas, especialmente sobre la siega y la falta de productos.

—Date una vuelta por la siega, Iósif Abrámich, y verás con qué siega la gente. No hay uno que tenga una guadaña entera. No hay una ni para muestra, todas están remendadas. Eso no es trabajo, eso es un tormento.

—¡La que estropeó Semion hace unos días! Para él todo es dale que dale, prisa que prisa. Resuella como una máquina, y de pronto..., izás... contra una piedra! Desde hace tiempo, por más que se remiende no resulta...

—Era una magnífica dalla lituana...

—Y qué, ¿cómo andan las cosas?... —preguntó pensativo Riabets—. ¿Se arreglaron o no?... El pasto ahora es bueno... Ojalá para el domingo lo cortasen todo... Esta maldita guerra nos costará más de un cópec.

En la zona temblorosa de luz aparecían desde las sombras cada vez nuevos campesinos con blusas largas, sucias; algunos venían directamente del trabajo con un ható al hombro.

—¡Salud!

—¡Ja, ja, ja! Iván... A ver, muestra tu facha a la luz... ¡Lindo te dejaron las abejas! Yo vi cómo huías de ellas, agarrado al traste...

—Oye tú, malasombra, ¿por qué has segado mi hierba?

—¡Cómo! ¿La tuya? ¡No mientas! Yo no me excedo nunca. No me hace falta lo ajeno, lo mío me basta...

—Te conocemos, pájaro... ¡Tienes bastante...! A tus cerdos no hay manera de echarlos de la huerta... Dentro de poco van a criar cochinitos entre mis melones... ¡Y dice que tiene bastante con lo suyo! ¡Qué gracia!

Un hombre rechoncho y rígido, con un solo ojo que brillaba en la oscuridad, apareció por entre la multitud y dijo:

—Anteayer los japoneses pasaron por Sandagoy. Lo han contado los muchachos de Chuguev: «Vinieron, ocuparon la escuela y enseguida se metieron con las chicas: *señolita lusa, señolita lusa*... ¡aquí, aquí!». ¡Uf! ¡Hasta hartarse!... —gritó con odio e hizo con su brazo un gesto rápido, cortante, como si fuese un hacha.

—Con seguridad que ellos llegarán hasta aquí...

—¿Por dónde caerán esos?

—¡No hay tranquilidad para los mujiks!

—¡Todo se lo cargan al mujik!... ¡Todo cae sobre él! Si al fin esto se acabara de un modo o de otro...

—¡El caso es que no hay salida...! Si te mueves por aquí te entierran, si por allá... te espera el ataúd... ¡La misma distancia!

Levinson escuchaba sin intervenir. Ellos se olvidaron de él. Su aspecto era de poca importancia. Era tan pequeño que se perdía entre la gorra, la barba rojiza y las botas que le llegaban por encima de las rodillas. Sin embargo, prestaba oído a todo lo que decían las voces desordenadas de los mujiks. Levinson pescaba aquellas notas alarmantes que sólo para él eran comprensibles y de importancia.

«Nos echarán... Irremisiblemente nos echarán... —pensaba ensimismado. Esta idea le sugería otras bien claras y de carácter práctico—: hay que escribir mañana a Stashinski para que distribuya a los heridos por donde sea posible... Hay que hacerse el muerto durante un tiempo, como si no existiésemos... Hay que aumentar la cantidad de centinelas...»

—¡Blakánov! —dijo en voz alta a su ayudante—. Ven acá un minuto... El asunto es el siguiente... Siéntate más cerca, arrímate. Me parece poco tener una guardia detrás de los canales. Hay que colocar un piquete de ronda a caballo hasta la misma aldea de Krilov... De noche, sobre todo... Nos estamos descuidando demasiado...

—¿Qué pasa? ¿Acaso hay algo alarmante... o qué? —dijo Blakánov volviendo hacia Levinson su cabeza rapada, de ojos angostos y oblicuos como los de un tártaro, de mirada aviesa y escrutadora.

—En la guerra, querido, siempre se ha de estar alerta —contestó Levinson cariñosamente, con cierta ironía—. La guerra no es lo mismo que pasearse con Marusia para ir a tumbarse sobre la hierba seca...

Sonrió de pronto bondadosamente, de buen humor, pellizcando a Blakánov.

—¡Qué listo!... —dijo Blakánov agarrando a Levinson por el brazo y transformándose de repente en un muchacho bonachón, alegre y pendenciero—. No te hagas el remolón, es inútil... No te soltarás... —murmuraba cariñosamente entre dientes,

apretándole a Levinson la mano y, sin notarlo, le hizo caminar hacia atrás arrimándolo contra la pared.

—Anda, anda... te está llamando Marusia... —bromeaba Levinson—. Pero déjame, diablo de muchacho. Es incómodo, en la reunión...

—Si no fuera por eso, las ibas a pasar canutas...

—Anda, anda... allí te llama Marusia... ¡Vete!

—¿Bastará con una patrulla solamente? —preguntó Blakánov, levantándose.

Levinson, sonriendo, le acompañó con la mirada.

—Es todo un héroe tu ayudante —dijo uno de los mujiks—. No bebe, no fuma, y lo más importante es que es joven todavía. Entró hace tres días en la isba para pescar algo... ¿sabes? «¿Y qué, una copita, no más, bien cargada?», le pregunto. «No —dice—, no bebo. Si es que piensas invitarme, dame leche. A mí me gusta la leche. Lo que es cierto, es cierto». Y bebí, ¿sabes? como un chiquillo. En fin, es un buen luchador, lo que se dice un buen muchacho...

Entre la multitud brillaban cada vez más los cañones de los fusiles. Por fin llegaron los mineros. A la cabeza de ellos, iba Timoféi Dubov, uno de los mejores mineros de Suchán. Es él quien dirige un pelotón. Se mezclaron amistosamente con la multitud, sin disolverse. Solamente Morozka, sombrío, se sentó aparte, en un rincón.

—¡Ah! ¡ah!... Tú también estás aquí —exclamó contento Dubov al notar la presencia de Levinson, como si no lo hubiese visto hacía mucho tiempo y como si no esperase encontrarlo allí—. ¿Qué es lo que nuestro amigo armó por ahí? —preguntó con voz espesa y agradable, alargando a Levinson su negra manaza...— ¡Hay que enseñarles, hay que enseñarles!... Para que sirva de lección a los demás —volvió a repetir sin escuchar las explicaciones de Levinson.

—Hace ya mucho tiempo que había que prestarle atención a ése... Es la mancha de todo nuestro destacamento —dijo un muchacho de voz dulzona, apodado Chizh, con gorra de estudiante y botas relucientes.

—Nadie te ha preguntado nada —le contestó Dubov secamente, sin mirarlo.

El muchacho hizo un mohín de dignidad ofendida, pero sintió la mirada burlona de Levinson, y se perdió entre la multitud.

—¿Viste al ganso ése? —preguntó Dubov con voz sombría—. ¿Para qué lo tienes?... Dicen por ahí que fue expulsado por robo de su instituto.

—No hay que creer siempre lo que se murmura por ahí —dijo Levinson.

—¿Qué hacen que no entran? ¡Ya es hora! —gritó Riabets, llamándolos con un gesto que demostraba que el viejo no esperaba que el asunto de sus melones pudiese atraer tanta gente.

—Habría que empezar, camarada comandante... O vamos a estar aquí hasta que canten los gallos...

LA TRIBU DEL CARBÓN

En la sala empezó a hacer mucho calor; el humo tiñó el aire de un color verdoso. Faltaban asientos. Los mujiks y los guerrilleros, como siempre en desorden, llenaron los corredores y se agolparon en la puerta soplando sobre la propia nuca de Levinson.

—Comienza, Iósif Abrámich —dijo Riabets con tono frío.

Estaba descontento de sí mismo y del jefe; le parecía que toda esta historia había dejado de tener importancia.

Morozka trataba de introducirse por entre la multitud; se detuvo en la puerta, al lado de Dubov, sombrío y malhumorado.

Levinson subrayó en su discurso que nunca hubiera arrancado del trabajo a los mujiks si no considerase que el asunto a tratar era de interés general; para los guerrilleros también, pues muchos de ellos eran de la localidad.

—Lo que ustedes resuelvan se hará —concluyó, e imitando el andar cadencioso de los mujiks, fue lentamente a sentarse en un banco. Se encogió en el asiento y se hizo pequeñito e insignificante. Se apagó como una mecha, dejando la reunión a oscuras para resolver el asunto.

Al comienzo hablaron algunos campesinos sin seguridad y embrollándose en los detalles. Al cabo de un rato intervinieron otros, y al fin la reunión fue animándose. Poco después ya no se comprendía de lo que se hablaba. Los mujiks charlaban más que los guerrilleros, que callaban sordamente en ademán de espera.

—¡Orden! ¡Orden! —campanilleaba seriamente el abuelito Evstafi, canoso y lleno de arrugas, como piedra enmohecida—. En tiempos pasados, cuando mandaba Mikolashka⁷, por asuntos semejantes se paseaba a la gente por la aldea. Les colgaban al cuello lo que habían robado y había música de cacerolas...

⁷ Forma despectiva de Nicolás. Alusión al zar Nicolás II (1868-1918), último emperador ruso, que gobernó el país desde 1894 hasta su abdicación tras la Revolución de febrero de 1917.

—¡No compares estos tiempos con los de Mikolashka!... —gritaba un muchacho encorvado y tuerto, el mismo que relató lo que sabía sobre los japoneses. Él quería a todo trance mover los brazos, pero como no había lugar se enojaba.

—¡Siempre con tu Mikolashka!... Pasó ese tiempesito... y ya no volverá.

—Y con Mikolashka o sin Mikolashka, esto no es orden —decía el viejo—. Ya hay bastante con alimentarlos a todos. Si aún tenemos que cargarnos con los ladrones, es demasiado.

—Pero, ¿quién habla de mantener ladrones? ¡Puede ser que tú los críes!... —decía el tuerto, haciendo alusión al hijo del abuelo, desaparecido hacía diez años—. ¡Lo que hace falta es una medida! El chico hace ya cerca de seis años que pelea en el frente... Y qué, ¿no puede pagarse el lujo de tomar un melón?...

—Al fin, ¿qué es lo que hizo? —decía otro—. Y, en último término, ¿qué gran fortuna le ha robado?... Si hubiese venido a mi casa, yo le hubiera llenado el saco de melones enseguida. «¡Toma!», le hubiese dicho, «les damos de comer a los cerdos, y ¿no ha de haber para un buen hombre como tú?».

En las palabras de los mujiks no había enfado. La mayoría estaba conforme en que las leyes viejas no servían y que era necesario crear otras nuevas.

—Dejemos que ellos mismos lo resuelvan con el presidente... —gritó alguien—. No tenemos por qué meternos en ese asunto.

Levinson se levantó de nuevo, y golpeó con los puños en la mesa.

—¡Camaradas! Un poco de orden —dijo despacio, pero con tanta claridad que todos le oyeron—. Si es que vamos a hablar todos al mismo tiempo no resolveremos nada. ¿Y dónde está Morozka?... Vamos, ven acá.

—Yo desde aquí veo bien —dijo sordamente Morozka.

—¡Anda, anda! —dijo Dubov, empujándole.

Morozka vacilaba. Levinson se inclinó y agarrándolo de repente como con tenazas, sin pestañear, lo sacó de entre la multitud.

El ordenanza se adelantó, agachando la cabeza, sin mirar a nadie. Sudaba mucho y las manos le temblaban. Al saber que le contemplaban curiosamente centenares de ojos, quiso levantar la

cabeza, pero se encontró con la cara severa de Goncharenko. Morozka no pudo soportar su mirada severa y dando media vuelta hacia la ventana, se quedó como alelado apoyado en el vacío.

—Vamos a tratar el asunto —dijo Levinson muy despacio, pero con sorprendente claridad. Su voz se oyó bien en la sala y hasta más allá de la puerta.

—¿Quién quiere hablar?... A ver tú, abuelito, tú querías hablar... ¿No es así?

—¿Y de qué he de hablar? —dijo turbado el abuelo Evstafi—. Se charla así entre nosotros...

—No hay por qué hablar tanto, resuélvanlo solos... —murmuraron de nuevo los mujiks.

—A ver, viejo, pido la palabra... —dijo inesperadamente Dubov, con fuerza contenida, mirando no se sabe por qué al abuelo Evstafi, razón por la cual llamó equivocadamente viejo a Levinson. En la voz de Dubov había algo que hizo atraer la mirada de todos. Se abrió paso hacia la mesa y se puso de pie junto a Morozka, tapando a Levinson con su figura enorme y pesada.

—¿Debemos resolverlo solos?... ¿Tenéis miedo? —gritó irritado con su voz apasionada, que salía de su pecho ancho, rompiendo el silencio—. ¡Pues lo resolveremos solos! —Rápidamente se inclinó hacia Morozka como si lo absorbiera con los ojos—. ¿Dices, Morozka, que eres minero, de los nuestros?... —preguntó con voz concentrada y algo envenenada—. ¡Huy! ¡huy!... ¡No es limpia la sangre de esas minas de Suchán!... ¿No quieres ser de los nuestros? ¿Te perversas? Avergüenzas a la tribu del carbón. ¡Está bien!...

Las palabras de Dubov cayeron en el silencio con ruido pesado; como la antracita cuando arde.

Morozka, blanco como el papel, lo miraba sin pestañear como si le hubieran arrancado el corazón.

—¡Está bien!... —repitió Dubov—. ¡Como quieras! Veremos cómo te las vas a arreglar sin nosotros. Por lo que respecta a nosotros... ¡tenemos que echarlo! —terminó con voz cortada, volviéndose rápidamente hacia Levinson.

—¡Mira, te equivocas! —gritó alguien entre los guerrilleros.

—¿Qué? —preguntó Dubov con voz terrible, dando unos pasos hacia adelante.

—Un poco más de silencio, irecristo!... —dijo desde un rincón la voz lastimera y nasal de un viejo. Levinson agarró a Dubov por la manga.

—Dubov, Dubov...—le dijo en voz baja—. Apártate un poco. No me dejas ver a la gente.

Todo el ímpetu de Dubov se apagó enseguida, quedando algo perplejo.

—¿Y cómo vamos a echar a ese idiota? —dijo de repente Goncharenko, levantándose por sobre la multitud con su cabeza tostada por el sol—. Yo no voy a hablar en defensa suya porque no se puede estar de los dos lados a la vez; el muchacho ha hecho una porquería, yo mismo me peleo cada día con él. Pero la cuestión es que el muchacho es un buen luchador; a eso no hay que darle vueltas. Yo hice con él todo el frente de Ussuriisk, en las mismas avanzadas. Es de los nuestros; no nos traicionará nunca, no nos venderá...

—¿De los nuestros?... —interrumpió Dubov—. ¿Crees acaso que para nosotros no es de los nuestros?... En un mismo agujero nos hemos criado... Hace tres meses que dormimos bajo un mismo capote. ¡Aquí hay cada infeliz —dijo recordando de pronto la voz dulce del Chizh— que me va a venir con lecciones!

—Justamente a eso mismo voy yo —siguió Goncharenko, mirando a Dubov de reojo, algo inseguro—. Dejar este asunto sin consecuencias es imposible, echarlo enseguida tampoco. Sería un error. Mi opinión es la siguiente: preguntarle a él mismo... —E hizo un ademán pesado como si pretendiera alejar todo lo que era inútil y extraño de aquello que les pertenecía y era justo.

—¡Claro!... ¡Claro!... ¡Que le pregunten a él mismo! ¡Que diga él si es consciente!...

Dubov, que había empezado a volver a su lugar, se paró delante de Morozka y lo contempló con altivez. El otro miraba sin comprender, nerviosamente, arrugando su blusa con los dedos sudorosos.

—Di, ¿qué es lo que piensas?

Morozka miró a Levinson y comenzó:

—Acaso yo... —empezó despacito, pero no encontró palabras para continuar.

—¡Habla, habla...! —gritaron todos.

—Acaso yo... hice eso... —y de nuevo miró a Riabets de reojo y no encontró la palabra necesaria para continuar—. Y esos mismos melones... lo hice acaso pensando... ¿Quise hacer un mal o qué?... Si es que todos hacen lo mismo. Si todos lo saben y yo, naturalmente, también... Acaso yo, como dijo Dubov, avergüenzo a nuestros muchachos... Acaso yo... ¡hermanos! —Este grito brotó de lo más profundo y se inclinó hacia adelante con las manos en el pecho; sus ojos brillaban—. ¡Sí, estoy dispuesto a dar mi última gota de sangre por cada uno de vosotros, y no ser motivo de vergüenza!

Por la puerta entreabierta llegaban los ruidos de la calle. Un perro ladraba en las callejas vecinas, cantaban las muchachas, y en la casa del pope se oía algo que golpeaba sin parar como un martillo pilón.

—¡En marcha...! —gritaban en el vado del río.

—¿Cómo me voy a castigar yo mismo? —dijo Morozka con dolor, con voz más fuerte y más segura, pero menos sincera—. Sólo puedo darles mi palabra de minero... no volveré a ensuciarme...

—¿Y si no guardas tu promesa? —preguntó Levinson prudentemente.

—La mantendré...

Morozka frunció el entrecejo, avergonzado de la presencia de los mujiks.

—¿Y si no?...

—Entonces, lo que quieran... pueden fusilarme...

—¡Se te fusilará! —dijo severamente Dubov, pero sus ojos brillaban ya sin ira, afectuosos, irónicos.

—¡Entonces, se acabó! ¡Andando! —gritaron desde los bancos.

Los mujiks, contentos de que la reunión se terminara pronto, se pusieron a hablar entre sí.

—Sobre esto no nos detendremos más, ¿qué les parece?... ¿No hay más proposiciones?

—Pero acaba de una vez, ¡idiablo!... —gritaron los guerrilleros después de la tensión con que habían escuchado—. Ya estamos cansados, queremos comer, tenemos el estómago que silba...

—No, esperen —dijo Levinson, levantando la mano y parpadeando—. Este asunto está terminado; ahora viene otro...

—¿Otro más?

—Yo pienso que hay que tomar una resolución... —se volvió y miró alrededor—. No hemos tenido secretario de actas... —dijo sonriendo cariñosamente—. Ven acá, Chizh, y escribe la resolución que hay que tomar: que en tiempo libre de las maniobras de guerra no hay que correr tras de los perros por la calle, ¿comprendes?, sino ayudar a los campesinos aunque sea poco...

Lo dijo en tono tan resuelto y persuasivo como si él mismo creyese que entre sus hombres hubiera alguno que acudiese a ayudar a los campesinos.

—¡Si nosotros no queremos eso!... —gritó uno de los mujiks.

Levinson pensó: «Han picado...».

—Cállate, tú —le interrumpieron los otros mujiks—. Oye. Déjalos que trabajen un poco. ¡No se les caerán las manos por eso!...

—A Riabets lo trataremos de un modo particular...

—¿Y por qué? —protestaron intranquilos los mujiks—. ¿Quién es éste? No es gran trabajo el ser presidente. ¡Cualquiera puede serlo!

—Terminen, terminen... ¡De acuerdo! ¡Apunta!...

Los guerrilleros se fueron levantando y saliendo sin prestar atención a lo que decía el comandante.

—¡Eh! ¡Tú..., Vania!... —exclamó un muchacho melenudo con nariz fina, acercándose a Morozka, haciendo ruido con las botas y tirándole de la mano hacia la salida—. ¡Chiquillo mío, angelito, hijito mío!...

El muchacho pateaba de alegría y abrazaba a Morozka con entusiasmo.

—Déjame en paz —le dijo empujándolo el ordenanza.

Por su lado pasaron rápidamente Levinson y Blakánov.

—¡Y qué roble, ese Dubov! —decía el ayudante, excitado, escupiéndolo y agitando los brazos—. ¡Habría que hacer que se batiera con Goncharenko! ¿Quién crees tú que ganaría?

Levinson pensaba en otra cosa y no escuchaba. El polvo humeado se puso blando bajo las pisadas.

Morozka, sin darse cuenta, se quedó atrás. Los últimos *mujiks* le alcanzaron. Hablaban tranquilamente sin apurarse, como si volvieran del trabajo y no de una reunión general.

—Es un judío decente —dijo uno de ellos refiriéndose a Levinson.

En el caserío de la aldea se encendían las luces invitando amablemente a cenar. El río cantaba con cien voces cristalinas, en medio de la niebla del atardecer.

«*Mishka* todavía no ha bebido», pensó Morozka pasando poco a poco al círculo de los asuntos diarios.

Al entrar en la caballeriza, *Mishka* lo reconoció; relinchó despacito. Parecía que le preguntaba: «¿dónde anduviste?». Morozka le acarició la crin, en la obscuridad, y lo sacó del establo tocándole el cuello cariñosamente.

—¿Estás contento, eh?... —le dijo empujando a un lado su testa melenuda, cuando atrevidamente quiso meter las narices húmedas en el cuello del patrón.

Morozka rezongó en voz baja:

—Sólo sabes andar por ahí, *Mishka* querido, pero cuando hay que responder, después de las andadas, los platos rotos los pago yo...

VII

LEVINSON

El destacamento de Levinson descansaba desde hacía un mes. Tenía mucho material nuevo: caballos, riendas y calderas para la cocina. Alrededor de todo esto se apretujaban los desertores harapientos de otros destacamentos. La gente empezó a hacerse perezosa y a dormir más de lo necesario, incluso haciendo la guardia. Las noticias alarmantes que llegaban impedían a Levinson cambiar de lugar con toda esa enorme maquinaria. Tenía miedo de dar un paso en falso. Cada nueva noticia confirmaba sus sospechas o las desmentía. Más de una vez se acusaba de prevención excesiva, sobre todo cuando supo que los japoneses abandonaban la aldea de Krilov y los exploradores no pudieron descubrir al enemigo en muchas decenas de verstas a la redonda.

Sin embargo, nadie, sin contar con Stashisnki, conocía estas indecisiones de Levinson. Hay que decir que en el destacamento no había una persona que pudiese imaginarse que Levinson estuviera indeciso frente a una situación planteada. Él parecía siempre resuelto. Contestaba «sí» o «no» secamente. Todos creían, con excepción de personas como Dubov, Stashisnki y Goncharenko, que conocían su verdadero valor, que poseía una naturaleza excepcional. Cada guerrillero, y en particular el joven Blakánov, trataba de parecerse al comandante. Blakánov hasta había adquirido sus ademanes y pensaba aproximadamente así: «Desde luego, yo soy un hombre pecador lleno de debilidades; hay muchas cosas que no comprendo, hay mucho que no puedo dominar en mí; he dejado a mi esposa o a mi novia que me espera en casa; a mí me gustan los melones dulces, o la leche con panecillos; me satisfaría llevar las botas lustradas para conquistar a las muchachas en las fiestas. Levinson, en cambio, es otra cosa completamente diferente. No es posible sospechar en él nada semejante; lo comprende todo y todo lo hace como es debido, no va detrás de las muchachas, como Blakánov, no roba melones, como Morozka. Sólo piensa en una cosa: en nuestra causa. Por eso es imposible no confiar en un hombre tan recto. Tiene siempre razón...».

Desde el momento en que Levinson fue elegido comandante nadie se lo imaginaba en otro puesto; a cada uno de ellos le parecía que justamente lo característico en él era la dirección de su destacamento. Si Levinson contase que en su niñez ayudaba a su padre a vender muebles viejos, y cómo su padre toda su vida había soñado con enriquecerse, que tenía miedo a las ratas y tocaba mal el violín, nadie lo hubiese creído. Todos hubieran pensado que se trataba de una broma. Levinson no relataba nunca esas cosas. No porque fuese hombre poco comunicativo, sino porque sabía que pensaban de él que era un hombre de «naturaleza excepcional». Conocía bien muchas de sus debilidades y las de los demás, y sabía esconder las suyas. Nunca se burlaba del joven Blakánov por el hecho de que le imitase continuamente. En su juventud él también había imitado a las personas que le sirvieron de ejemplo y que asimismo le parecían tan perfectas como él a Blakánov. Después se convenció de que, en realidad, no eran como él pensaba, pero, sin embargo, les guardaba mucha gratitud. De hecho, Blakánov no sólo adquiría sus gestos, sino también su experiencia en la vida, en la lucha, en el trabajo y en su norma de conducta. Levinson sabía que los ademanes se borran con el tiempo, pero los hábitos, completados con la experiencia personal, podían transformar a otros Levinsones y a otros Blakánov. Eso sin duda era lo importante y necesario.

En una noche húmeda de los primeros días del mes de agosto, llegó al destacamento una estafeta a caballo. Lo enviaba el viejo Sujovéi-Kovtún, jefe del Estado Mayor de los regimientos de guerrilleros. El viejo Sujovéi-Kovtún les escribía sobre el asalto de los japoneses en Anuchino, donde estaban concentradas las fuerzas más importantes de los rojos. Les hablaba también de la batalla terrible en Izviestska y de los miles de hombres martirizados. Les decía que él mismo se escondía en un invernadero de caza, herido por nueve balazos y que seguramente le restaba poco tiempo de vida...

Los rumores de la derrota corrían por el valle con espantosa velocidad. Cada uno de los enlaces comprendía que ésa era una de las noticias más alarmantes que les hubiese correspondido transmitir desde el comienzo del movimiento. La intranquilidad de las personas se comunicaba a los caballos. Los corceles de larga crin

de los guerrilleros galopaban veloces de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, por rutas y senderos casi intransitables, salpicando de barro a su paso.

Levinson recibió el aviso a las doce y media de la noche. Al cabo de media hora, el pelotón de Melelitsa, a caballo, dejando a un lado la aldea de Krilov, corría por los caminos secretos de Sijoté-Alín, distribuyendo entre los regimientos la noticia de la batalla de Sviaguin.

Durante cuatro días seguidos, Levinson recogía las diversas nuevas que daban los regimientos. Su imaginación trabajaba intensamente, tanteando como si prestara oído a los rumores. No obstante, continuaba tranquilamente como antes, conversando con las personas, seguía frunciendo el ceño irónicamente y bromeaba con Blakánov a propósito de la espléndida Marusia... Cuando Chizh, enardecido por el terror, le preguntó una vez por qué no tomaba las medidas necesarias, Levinson amablemente le acarició la frente y le contestó que éste no era asunto para su cabeza de chorlito. Por su aspecto, Levinson parecía demostrar a la gente que él sabía perfectamente el origen de los acontecimientos y adónde conducía todo; que en todo eso no había nada de extraordinario ni terrible, y que él, Levinson, hacía mucho que tenía un plan preciso de salvación. En realidad, él no solamente no tenía ningún plan, sino que en general se sentía algo perdido, como un colegial a quien le obligasen a resolver una serie de problemas con varias ecuaciones. Aguardaba las noticias que debía traerle el guerrillero Kanunnikov, que había salido una semana antes de la llegada del alarmante correo.

Volvió cinco días después de la llegada del emisario, con la barba crecida, cansado, hambriento, pero tan listo y colorado como antes de salir del viaje; en ese sentido era incorregible...

—En la ciudad todo se ha perdido... Kraiselman está en la cárcel... —dijo sacando la carta de un bolsillo con la habilidad de un jugador de naipes; se sonrió solamente con los labios. No le causaba, ciertamente, ninguna gracia lo que decía, pero se sonrió porque no sabía hablar sin hacerlo—. En Vladimirovo-Alexandrovka y en el Olga está la escuadrilla japonesa... Toda la región de Suchán ha sido destruida. ¡Está que arde!... ¿Fumas?... —Y alargó a Levinson un cigarrillo de punta dorada. Lo dijo de tal forma que

no se sabía si sus palabras «está que arde» se referían a los cigarrillos o a los asuntos que traían entre manos.

Levinson miró las direcciones, y se guardó en el bolsillo una carta; la otra la abrió. La carta confirmaba las palabras de Kanunnikov. Los renglones oficiales respiraban valor y seguridad, pero entre líneas se hacía sentir la desgracia de la derrota y la impotencia de remediar el asunto inmediatamente.

—Anda mal, ¿eh?... —preguntó varias veces Kanunnikov.

—¡Bah!... ¿Quién escribió la carta? ¿Sedij?

Kanunnikov agachó afirmativamente la cabeza.

—Se ve. ¡Él siempre con sus apartados!... —Levinson remarcó burlonamente con la uña «Apartado IV: Tareas inmediatas», y olió la cigarrera—. El tabaco no sirve para nada, ¿verdad? Dame un cigarrillo. Tú no charles entre los muchachos a propósito de la escuadrilla y sobre lo demás... ¿No me compraste la pipa?

Y sin escuchar la explicación de Kanunnikov sobre las razones por las cuales no había comprado la pipa, se metió de cabeza en los papeles. El apartado de «Tareas inmediatas» constaba de cinco puntos, cuatro de los cuales le parecieron a Levinson estúpidos e irrealizables. («¡Ay, ay! Andan mal sin Moisés!», pensó; solamente ahora comprendió el significado de la detención de Kraiselman.) El quinto punto decía:

«...Lo más importante que se exige inmediatamente de los comandantes guerrilleros es que conserven, cueste lo que cueste, unidades de combate que aunque no sean grandes, sean fuertes y disciplinadas, en torno a las cuales, luego...»

—Llama a Blakánov y al intendente —dijo rápidamente Levinson.

Metió la carta en la cartera sin acabar de leer lo que resultaba «en consecuencia» de la creación de unidades disciplinadas de combate. Entre tantos problemas, se dibujaba sólo uno, el «más importante». Levinson tiró el cigarrillo apagado y martilleó con los dedos sobre la mesa... «Conservar unidades de combate»... Esa idea no se le escapaba de la mente. Le quedó grabada en forma de cuatro palabras escritas con lápiz tinta sobre papel satinado. Maquinalmente acercó la mano al bolsillo donde tenía la segunda carta, miró el sobre y recordó que era de su esposa. La guardó de

nuevo. Y pensó: «Eso después. Hay que conservar las u-ni-da-des de combate...»

Cuando llegaron Blakánov y el administrador, Levinson sabía ya qué es lo que debían hacer él y las personas que se hallaban bajo su dirección; había que hacerlo todo para conservar el destacamento como unidad de combate.

—Nosotros tendremos que irnos pronto de aquí —dijo Levinson—. ¿Está todo en orden?... Tiene la palabra el intendente.

—Sí, tiene la palabra el administrador —repitió como un eco Blakánov, y se apretó el cinturón con ademán tan decisivo como si supiera de antemano cómo iba a terminar el asunto.

—¿A mí, qué? Por mí no se detendrán. Yo estoy siempre listo... Sólo que, ¿qué es lo que haremos con la avena? Porque...

Y empezó a hablar largamente sobre la avena mojada, sobre los cueros rotos, sobre los caballos enfermos y que toda la avena no podrían llevarla. En una palabra, se veía que no estaba preparado y que, en general, consideraba el traslado como una aventura indeseable. Trataba de no mirar al comandante, porque estaba seguro de que su argumentación no iba a ser convincente. Arrugaba la cara con gesto de dolor, pestañeaba y carrasqueaba con la voz.

Levinson le agarró de un botón y le dijo:

—¡Nada de bromas, eh!...

—No, es verdad, Iósif Abrámich; es mejor fortificarse aquí...

—¿Fortificarse... aquí? —Levinson movió la cabeza en ademán de compasión al ver la estupidez del intendente—. Ya peinas canas. ¿Tú piensas con la cabeza o con qué...?

—Yo...

—¡Basta de cháchara! —Levinson le dijo con energía tirándole del botón—: Hay que estar preparado para partir en cualquier momento. ¿Está claro?... Blakánov: tú comprobarás que eso se cumple. ¡Qué vergüenza! Lo de tus sacos es una pequeñez, ¡una pequeñez!

Sus ojos se enfriaron, y bajo su mirada aguda, el intendente quedó decididamente convencido de que el asunto de los sacos era en realidad una pavada.

—Sí, desde luego... bueno, está claro... la cuestión no es ésta... —murmuró él, ya dispuesto a llevar sobre su propia espalda la avena si el comandante lo creía necesario—. ¿Qué es lo que nos lo

puede impedir? ¡No hay por qué detenerse! Hoy mismo, si quieres, volando...

—¡Eso, eso!... Está bien, está bien, puedes irte —dijo sonriendo Levinson dándole una palmada en el hombro y agregó—: Listos para salir en cualquier momento, ¿eh?...

«¡Es listo este demonio!», pensó con admiración el intendente saliendo del cuarto.

Por la noche, Levinson reunió al Soviet del destacamento y a los jefes de pelotón.

Las noticias que les comunicó provocaron distintas reacciones: Dubov pasó la noche de la reunión sentado en un rincón callado y acariciándose los bigotes. Se veía de antemano que estaba de acuerdo con Levinson. El que protestaba más en contra del traslado era el comandante del segundo pelotón. Kubrak era el más viejo, el más estimado, y el menos inteligente de toda la provincia. Nadie estaba de acuerdo con él. Pertenecía a la aldea de Krilov y todos, cuando él habló, comprendieron que se inquietaba más por los campos de Krilov que por los intereses generales del destacamento.

—¡Ya basta! ¡Se acabó! —interrumpió el pastor Metelitsa—. ¡Ya va siendo hora, Kubrak, de que te olvides de las faldas de las mujeres! —Como siempre, Metelitsa se enardeció hablando; dio un puñetazo sobre la mesa y su cara pecosa se cubrió de sudor—. Aquí nos cogerían como si fuéramos gallinas; sería un desastre...

Iba y venía por la habitación arrastrando su lanudo calzado.

—A ver, tú, un poco más despacio, si no te vas a cansar muy pronto —aconsejó Levinson.

Pero, íntimamente, él admiraba los ademanes impetuosos de su cuerpo elástico, ajustado en sus ropas como en un guante de gamuza. Ese hombre no podía permanecer sentado ni un minuto; era todo movimiento y ardor, y sus ojos de ave de rapiña ardían en constante deseo, ansiosos de pelear o de jugarle una treta a alguien.

En el plan de retirada que propuso Metelitsa se veía que su cabeza ardiente, además de comprender algo de la táctica de guerra, no temía ni las grandes distancias ni los mayores peligros.

—¡Muy bien!... ¡Se ve que le trabajan los sesos! —exclamó Blakánov, admirado y al mismo tiempo un poco ofendido por el vuelo

demasiado atrevido de los pensamientos independientes de Metelitsa—. Hace poco arreaba a los caballos y, mírenlo, dentro de unos dos años nos va a dirigir a todos...

—¿Metelitsa?... ¡Sí, es un tesoro! —confirmó Levinson—. Pero, cuidado: ¡que no se le suban los humos!

Sin embargo, aprovechando las acaloradas discusiones en que cada uno pensaba que era más inteligente que el otro y no escuchaba a nadie, Levinson cambió el plan de Metelitsa por el suyo, que era más sencillo y más prudente. Pero hizo el cambio con tanta habilidad que, sin notarlo, ellos votaron por unanimidad sus nuevas proposiciones como si fueran hechas por Metelitsa. En las cartas de contestación que envió a la ciudad y a Stashiski, Levinson comunicaba que en esos días trasladaba el destacamento a la aldea de Shibishi, en las montañas de Irojedze, y que el hospital se iba a quedar en su lugar hasta que llegase una nueva orden. Levinson había conocido a Stashiski en la ciudad y ésta era la segunda carta alarmante que le escribía.

Terminó su trabajo a altas horas de la noche; en la lámpara se acababa el petróleo. Por la ventana abierta entraba la humedad. Se oía cómo tras de la estufa andaban las cucarachas y cómo Riabets roncaba en la isba vecina. Levinson se acordó de la carta de su mujer, y poniendo petróleo a la lámpara la leyó. En ella no había nada nuevo, ni nada que alegrase. Como antes, nadie le daba empleo; vendieron todo lo que fue posible; ahora vivían a costa de la «Cruz Roja Obrera». Los pequeños estaban anémicos, y el escorbuto había hecho mella en ellos. Toda la carta estaba llena de preocupaciones por la vida de los hijos. Levinson quedó pensativo rascándose la barba, luego comenzó a escribir la respuesta. Al principio no quería entrar en el círculo de los pensamientos de su vida íntima, pero poco a poco comenzó a entusiasmarse; su rostro aflojó la tensión de los músculos y llenó dos carillas con letra casi ilegible, empleando palabras que nadie hubiera imaginado que Levinson conocía.

Después, estirando sus miembros entumecidos, salió al patio.

En la caballeriza pateaban los caballos, algunos mascaban el heno. El guardia dormía abrazando su fusil. Levinson pensó: «¿Y si duermen así también los centinelas...?». Quedó parado un momento y con esfuerzo venció el deseo de acostarse y dormir; sacó

el caballo de la cuadra y lo ensilló. El guardia seguía durmiendo. «¡Hijo de perra!», pensó Levinson; y con cuidado le sacó la gorra y la escondió entre el heno, y montando su cabalgadura fue a revisar los puestos de guardia.

Siguió por el sendero bordeado de arbustos, y dobló a la derecha.

—¿Quién vive? —preguntó severamente el centinela de guardia.

—Soy yo...

—¿Levinson?... ¿Cómo andas por aquí de noche?

—¿Estuvieron las patrullas por aquí?

—Hace quince minutos que uno de ellos se fue.

—¿No hay nada de nuevo?

—Por ahora todo está tranquilo... ¿Tienes un cigarrillo?

Levinson le dio tabaco y, atravesando el río, salió por la otra orilla.

El arco menguante de la luna miraba ciegamente; desde las sombras avanzaban los pálidos arbustos. Se veía claramente cómo las aguas cristalinas del río caían en la pendiente sobre las piedras toscas.

Allá lejos aparecieron con poca precisión las figuras cabalgantes de unos cuantos jinetes. Levinson dobló hacia la derecha y se escondió entre unos árboles. Las voces se oyeron cerca. Levinson reconoció a dos de ellos; eran de la patrulla.

—A ver, esperen —dijo saliendo al camino.

Los caballos hicieron alto y levantando las patas delanteras se echaron a un lado. Uno de los caballos relinchó al reconocer al de Levinson.

—Por poco nos das un susto —dijo el de adelante con voz inquieta y alegre—. ¡Quieto! —le dijo al caballo tirándole de las riendas.

—¿Quién es el que viene con vosotros? —preguntó Levinson.

—Exploradores de Osokin... Los japoneses están en Marianovka...

—¿En Marianovka? ¿Dónde está Osokin con su destacamento?

—En la aldea de Krilov —dijo uno de la patrulla—. Hicimos retirada; la batalla fue terrible, no pudimos sostenernos. Nos mandaron para establecer relación con vosotros. Mañana nos vamos

hacia las granjas coreanas... —Se inclinó sentado en la montura, como si se agachara por el peso de sus propias palabras—. Todo quedó destruido. Hubo cuarenta bajas. En todo el verano no tuvimos una pérdida semejante.

—¿Levantán el vuelo pronto de la aldea de Krilov? —preguntó Levinson—. ¡Dad media vuelta! Yo voy con vosotros...

...Regresó a su destacamento casi de día, enflaquecido, con los ojos inflamados y la cabeza pesada por el insomnio.

La conversación tenida con Osokin confirmaba de forma definitiva que la resolución de Levinson era buena. Había que retirarse sin dejar rastro. Con más elocuencia todavía hablaba el aspecto del mismo destacamento de Osokin; se desmoronaba por los cuatro costados, como un barril viejo con duelas podridas y con anillos herrumbrosos al que le hubieran pegado una patada. La gente dejó de obedecer al comandante; andaban todos errantes y muchos se emborrachaban. Sobre todo se acordaba de uno, delgado y cabezón, sentado en la plaza, al lado del camino, con los ojos turbios, fijos en tierra y que con ciega desesperación disparaba bala tras bala al aire de esa mañana sombría.

Al volver a su destacamento, Levinson envió inmediatamente las cartas a las direcciones necesarias, pero sin decir a nadie que había decidido que la salida de la aldea tendría lugar aquella misma noche.

VIII

LOS ENEMIGOS

En la primera carta que envió a Stashisnki al día siguiente de la famosa reunión de los mujiks, Levinson le hablaba de sus temores y le proponía el traslado de los enfermos del hospital militar para no tener después una carga demasiado pesada. El doctor relejó la carta varias veces. El hecho de que parpadeara su ojo derecho con especial frecuencia y de que en su rostro pálido se le marcaran aún más las mandíbulas hizo que todo el mundo empezara a alarmarse y a sentirse mal. Como si del sobre gris que Stashisnki tenía en sus manos secas saltasen chispas de alarma...

...Sin saber cómo, de pronto cambió el tiempo; el sol se turbaba con las lluvias, los pájaros de Manchuria anunciaban con su canto agorero el cercano otoño. El viejo pájaro de pico negro golpeaba las vigas del techo con más brío. El viejo Pika comenzó a cavilar y se hizo hermético y poco amable. Andaba durante días enteros errando por la selva, y venía cansado e insatisfecho. Se ponía a coser, y los hilos se le embrollaban y se le rompían a menudo. Se sentaba a jugar a las damas y perdía. Tenía la sensación de que chupaba agua pantanosa por el caño de una pajita. Las gentes se iban a las casas de las aldeas y envolvían sus bultos sucios de soldados y se sonreían tristemente. La enfermera, después de revisar los vendajes, al despedirse por última vez, besaba a los «hermanitos». Y ellos partían con sus alpargatas nuevas, por el camino cubierto de barro, hacia la ignota lejanía...

El último que acompañó Varia fue el cojo.

—¡Adiós, hermano! —dijo ella besándole en los labios—. ¿Ves cómo Dios te quiere? Ha hecho un buen día... No te olvides de nosotros, pobrecillos...

—¿Dónde está ese Dios? —dijo sonriendo el rengo—. No hay Dios... no. ¡Tanto vale un piojo!...

Quiso todavía añadir algo gracioso como de costumbre, pero de pronto cambió de expresión, hizo un gesto de despedida con la mano y dando una vuelta se fue andando por el sendero angosto, haciendo sonar su carga.

De los heridos se quedaron solamente Frolov y Miechik. Pika, que, en realidad, no tenía ninguna enfermedad, no quería irse tampoco. Miechik, apoyado en la almohada, estaba medio sentado, con una camisa nueva que le había cosido la «hermana» enfermera. No llevaba ya vendajes en la cabeza. El cabello le había crecido y se le ensortijaba con bucles espesos y amarillos.

La cicatriz en la sien le hacía parecer más serio y de más edad.

—Tú te curarás pronto y te irás... —dijo tristemente la enfermera.

—¿Adónde voy a ir? —preguntó él, inseguro, extrañándose de sus propias palabras.

Miechik por primera vez se hacía esa pregunta, y enseguida le aparecieron algo veladas imágenes conocidas que le daban poca alegría. Frunció el entrecejo, y con voz áspera dijo:

—No tengo adónde ir.

—¿Qué es lo que dices? —preguntó extrañada Varia—. Irás al destacamento de Levinson. ¿Sabes montar a caballo? Nuestro destacamento es de caballería... No es nada; puedes aprender...

Ella se sentó a su lado, en la cama, y le acarició las manos.

Miechik pensó que tarde o temprano tendría que irse de allí, pero dejó ese pensamiento a un lado; le pareció innecesario y amargo como un veneno.

—No tengas miedo —dijo Varia, como si lo comprendiese—. ¡Tan hermoso, tan joven, pero tan tímido!... —añadió con ternura, besándole amorosamente en la frente. En sus caricias había algo maternal—. Eso pasa en Shaldiba, pero aquí no se está mal. Allí todos son campesinos, aquí nosotros tenemos más mineros, son muchachos de los nuestros con los que siempre uno se puede arreglar... Ven a verme con frecuencia... ¿Vendrás?

—¿Y Morozka?

—¿Y la otra, la de la fotografía? —contestó ella y se sonrió, soltando a Miechik porque Frolov se había vuelto hacia ellos.

—¡Oh!... Ya me olvidé de pensar en ella... Rompí la fotografía —dijo él súbitamente—. ¿Viste los pedazos entonces?

—Por lo que se refiere a Morozka no hay que inquietarse. Está ya acostumbrado... Por otra parte, te aseguro que no pierde el tiempo... No te preocupes... Ven a verme lo más a menudo posible. No te acobardes. A los muchachos nuestros no hay que tenerles

miedo; ellos son malos solamente a la vista; sólo muerden si les meten el dedo en la boca. Pero todo eso no es terrible, únicamente es apariencia. Lo que hay que hacer es también enseñar los dientes...

—¿Acaso tú los enseñas?

—Es diferente. Puede ser que a mí eso no me haga falta, puedo valerme del amor. Las mujeres somos distintas. Pero los hombres no pueden prescindir de sus dientes... Aunque presumo que tú no sabrás imponerte —agregó pensativa, y nuevamente inclinándose hacia él, le susurró al oído—: Quizá sea por eso por lo que te quiero... no sé...

«Es verdad, no soy nada valiente», pensó Miechik después, colocando las manos debajo de la cabeza y fijando la mirada en el cielo. «¿Por qué yo no he de poder si los demás pueden?» Sus pensamientos habían perdido la inquietud, la angustia y la tristeza de antes. Podía ya mirar hacia todos lados con ojos diferentes. Eso sucedió porque la crisis de su enfermedad había pasado ya. Las heridas se cicatrizaban rápidamente; su cuerpo se fortalecía y se llenaba de sangre nueva e impetuosa. Toda su fortaleza le venía de la tierra, que olía a alcohol y a hormigas... y de Varia, cuyos ojos eran más sensibles que el humo. Ella hablaba de un buen amor en el que él quería creer...

«...En realidad, ¿de qué voy a quejarme? —pensó Miechik, y le parecía que, en efecto, no había razones para estar triste—. Hay que colocarse desde un principio a la altura de los demás; “planta cara a todo el mundo”. Ella tiene razón. Aquí la gente es otra. Yo debo también, en alguna forma, cambiar... Y lo haré —pensó él con resolución, sintiendo agradecimiento casi filial hacia Varia, hacia sus palabras y hacia su buen amor—. Todo va a ir por nuevos caminos... Y cuando vuelva a la ciudad, nadie me va a reconocer. Voy a ser completamente otro.»

Sus ideas volaban lejos, hacia el futuro lleno de luz; y por eso sus pensamientos eran ligeros y se fundían con las nubes serenas y rosadas de ese atardecer. Pensaba que volvería a la ciudad junto con Varia, en un vagón de segunda clase, y que por las ventanas abiertas flotarían en el cielo esas mismas nubes rosadas sobre la cadena de montañas que se dibujaba en el horizonte. Y estarían juntos, sentados y abrazados. Varia le diría palabras agradables y

él le acariciaría sus cabellos, cuyas trenzas serían completamente doradas como el sol de mediodía... Y Varia, en sus pensamientos y en su imaginación, no se parecía a la minera de espalda encorvada de la mina número 1, porque lo que pensaba Miechik no era real, sino como él quería que fuese.

...Unos cuantos días después llegó la segunda carta del destacamento; la trajo Morozca, que armó un alboroto de mil demonios. Salió de la taiga haciendo sonar el látigo, hostigando al caballo y gritando algo incomprensible. Hizo eso porque le sobran energías y, sobre todo, para reírse.

—Por fin, diablo, ¿qué es lo que te trae por aquí? —le dijo Pika asustado—. Aquí la gente se muere, dijo refiriéndose a Frolov, y tú gritas...

—¡Ah, ah, padre Serafin! —gritaba Morozca saludándole—. ¡Mis respetos!...

—Yo no soy tu padre, y me llamo Fedor —replicó Pika, enojado.

Desde hacía algún tiempo se enfadaba con frecuencia y se ponía intratable.

—No es nada, Fedoséi, no te pongas tonto que si no se te va a caer el pelo... Esposa, imis respetos! —dijo Morozka saludando a Varia, sacándose la gorra y poniéndola en la cabeza de Pika—. No te enojas; la gorra te va bien. Solamente debes levantarte los pantalones que te cuelgan como a un espantapájaros. Eso no está bien para un intelectual decente como tú...

—Y qué, ¿tendremos pronto que levantar el vuelo? —preguntó Stashisnki, rompiendo el sobre—. Ven luego a la barraca a por la contestación —dijo escondiendo la carta de Jarchenko.

Varia estaba de pie delante de Morozka, teniendo el delantal en la mano, y por primera vez se sentía cohibida delante de él.

—¿Por qué hace tanto tiempo que no vienes? —preguntó al fin con fingida indiferencia.

—¿Acaso te aburrías? —preguntó en tono irónico, notando su incomodidad incomprensible—. Bien, bien, no es nada; ahora recibirás tu ración... Iremos al bosque... —y, tras callar un instante, agregó con sarcasmo—: a sufrir juntos...

—Es todo lo que te interesa —respondió ella secamente, sin mirarlo y pensando en Miechik.

—¿Y a ti...?

Morozka revoleó el látigo en son de espera.

—Para mí no es la primera vez. Yo creo que nos conocemos algo...

—Entonces, ¿vamos?... —dijo él sin moverse del lugar.

Ella dejó caer el delantal y echando a la espalda las trenzas doradas, se fue hacia adelante por el sendero, con un andar sencillo, tratando de contenerse para no mirar a Miechik. Ella sabía que él la contemplaba y que nunca comprendería que ella cumplía una obligación fastidiosa...

Esperaba a cada momento que Morozka la abrazase, pero él no se acercaba. Así continuaron durante largo rato, callados y conservando cierta distancia. Al fin ella no pudo soportar más y se paró mirándolo con extrañeza y esperando su actitud.

Él se acercó más aún, pero no la tomó del brazo.

—¿Qué astucias son éstas, muchacha?... —dijo de repente con voz ronca y pausada.

—¿Te interesa saberlo? —contestó ella levantando la cabeza y mirándole a los ojos, frente a frente, con desenfado y valentía.

Morozka sabía hacía mucho que ella «paseaba» con otros durante su ausencia, como paseaba cuando era muchacha. Lo sabía desde el primer día que se unieron, cuando una mañana se despertó ebrio aún, con dolor de cabeza, y vio a su «esposa», a su «mujer legítima», que dormía en brazos del pelirrojo Guerasim, un picador de la mina número 4. Pero, aquella vez como las que le sucedieron, permaneció ante ese hecho con actitud indiferente. La cuestión es que él no había hecho vida de casado y hay que decir que nunca se sintió hombre de familia. Pero ahora, la idea de que un hombre como Miechik fuera el amante de su esposa le ofendía profundamente.

—Sería interesante saber con quién te has divertido... —dijo con intencionada amabilidad, sosteniendo su mirada con tranquila y despectiva sonrisa, pues no quería demostrar que se sentía ofendido—. ¿Con ese niño que aún no le han crecido los dientes?

—Con el mismo, ¿y qué?...

—Sí, no está del todo mal... es limpito —dijo Morozka conformándose—. Va a ser más dulce. Bórdale unos pañuelos para que se seque los mocos...

—Si es necesario, los bordaré y le secaré... ¡le secaré yo misma! ¿Me oyes? —Ella se acercó tanto que su aliento le rozaba la cara y le dijo rápidamente con voz animada—. ¿Y qué vas a hacer tú, valiente? ¿Qué es lo que vale tu arrogancia? En tres años no fuiste capaz de hacerme un hijo. Todo lo arreglas con la lengua, y con eso no se va muy lejos...

—¡Cómo! ¿Hacerte un chico? ¡Pero si aquí maniobra todo un pelotón!... ¡Y no grites! —le dijo furioso—. Si no...

—¡A ver, qué si no!... —respondió ella desafiándolo—. ¿Puede ser que me quieras pegar? A ver prueba, veremos...

Él, extrañado, levantó el látigo, como si esa idea era la que sinceramente le preocupaba, y lo bajó de nuevo.

—No, pegarte no te pegaré —dijo inseguro, como si como reflexionando si no debía, en verdad, azotarla—. Eso es lo que mereces, pero yo no estoy acostumbrado a pegar a las mujeres. —En su voz se oyeron acentos desconocidos para ella—. En fin, puedes vivir como te plazca. Es posible que él te haga una señora...

Y dio media vuelta y se fue hacia el galpón fustigando el látigo sobre las flores silvestres.

—Escucha, espérame... —gritó ella embargada de pronto por una lástima infinita—. ¡Vania!...

—No necesito las sobras de la comida de los señores —dijo con tono agrio—. Que ellos aprovechen las mías si quieren...

Ella dudó un instante si correr tras él o no, pero al fin no se movió. Esperó hasta que él hubo desaparecido tras el recodo del camino. Entonces, mordiendo sus labios secos, lentamente, se puso a andar. Morozka marchaba moviendo exageradamente las manos, con expresión de profundo disgusto. Cuando Miechik vio que Morozka regresaba tan pronto del bosque no tuvo lugar a dudas. Comprendió que entre Morozka y Varia «no había pasado nada», y que él era la causa de todo. Al ver a Morozka en ese estado se alegró un instante. Un sentimiento de culpabilidad sin causa se agitó dentro de él y de pronto tuvo miedo de encontrarse con la mirada terrible y destructora de Morozka...

La cama de Miechik estaba colocada al lado de la puerta, en donde crecía la hierba que el caballo de Morozka comía tranquilamente. Parecía que Morozka se dirigía al encuentro de su caballo, pero en realidad una oscura fuerza interior le empujaba hacia

Miechik. Sin embargo, trataba de ocultarse a sí mismo ese sentimiento, cubriéndolo de orgullo y de infinito desprecio. A cada paso de Morozka, a Miechik le crecía la sensación de culpabilidad, y huía de él la alegría. Miraba a Morozka con mirada temerosa, pero no podía aparta de él la vista. El ordenanza tomó el caballo por las riendas. El jaco, como propósito, dio vuelta hacia la cama de Miechik. Los ojos de Miechik se llenaron inesperadamente de odio terrible, la mirada se hizo pesada. En ese instante se sintió tan humillado, tan insoportablemente abyecto, que se puso a musitar con incoherencia, sin pronunciar las palabras.

—Estáis muy bien sentados en los campamentos de retaguardia —dijo Morozka con odio, al son de sus pensamientos oscuros, sin tratar de escuchar las explicaciones de Miechik—. Vistieron al niño con camisa nueva...

Se sintió de pronto ofendido al pensar que Miechik podría suponer que los celos eran la causa de su furor. En realidad no sabía los motivos verdaderos de su estado y, para reponerse, empezó a insultar a diestro y siniestro, empleando las expresiones más groseras.

—¿Por qué insultas? —exclamó Miechik, sintiendo un alivio después de que Morozka soltara su diatriba—. Yo tengo las piernas acribilladas y no fue en la retaguardia... —dijo él irritado y con el amor propio herido. En ese momento él mismo creía que tenía las piernas rotas y en general se sentía de tal manera como si no fuese él, sino Morozka, el que llevaba la camisa nueva—. Nosotros también los conocemos a ustedes, soldados del frente —agregó, poniéndose colorado—. Yo también te contestaría si no te debiera una...

—¡Ah! Te pica, ¿eh? —dijo Morozka, casi saltando sin escuchar y sin desear oír sus palabras—. ¿Te olvidaste acaso de cómo te salvé?... Recogemos gentes como tú sólo para crearnos dificultades... —Y gritó tan fuerte como si cada día levantase heridos del campo como castañas caídas del árbol—. Sí, para crearnos dificultades... ¡Y después se la pasan aquí sentados, montados sobre nuestra chepa! —Y se golpeó el cuello con increíble crueldad.

Stashisnki y Jarchenko salieron apresudamente del galpón.

Frolov volvió la cabeza con una mueca de dolor en el rostro.

—¿Por qué grita? —le preguntó a Stashisnki, parpadeando con increíble rapidez.

—¿Que dónde está mi conciencia?... —gritaba Morozka en contestación a una pregunta de Miechik—. ¿Dónde? ¡Aquí la tengo, aquí, aquí, mira! —gritaba furioso haciendo gestos indecentes.

Del bosque, por caminos distintos, aparecieron la enfermera y Pika. Gritando, Morozka montó de un salto al caballo y lo fustigó con todas sus fuerzas. Eso le ocurría en momentos de extraordinaria excitación. *Mishka* se encabritó y partió veloz, como escaldado.

—¡Espera, lleva una carta!... ¡Morozka!... —gritó Stashisnki con voz opaca; pero Morozka ya había desaparecido.

Detrás del monte se oyó el loco galopar de los cascos que se alejaban, despertando el silencio de la taiga.

EN MARCHA

El camino corría a su encuentro como una cinta elástica e infinita. Las ramas azotaban el rostro de Morozka, pero él, lleno de ira y de deseos de venganza, espoleaba a su caballo casi desbocado. Algunas frases de la estúpida conversación con Miechik le molestaban aún más que las ramas del camino. Creía que no había demostrado suficientemente todo su desprecio hacia esa clase de gente.

Hubiera podido recordarle a Miechik, por ejemplo, cómo él trataba de salvarse agarrándose a sus ropas en aquel campo de cebada, y cómo en sus ojos brillaba un terror cervical a perder su insignificante vida. Hubiera podido burlarse del amor de Miechik a la señorita de los bucles, de la cual, seguramente, todavía guardaba el retrato en el bolsillo al lado del corazón, y hubiese podido llamarla con los calificativos más insultantes... En ese momento de sus cavilaciones recordó que Miechik estaba en relación con su mujer; y que, probablemente, no se hubiera ofendido si él hubiese insultado a la señorita de los rizos dorados. En vez de experimentar la malévola alegría de haber humillado a su enemigo, Morozka sintió de nuevo su irreparable agravio.

...*Mishka*, dolorido por la injusticia de su dueño, disparaba a la carrera, hasta que notó que las riendas se aflojaron. Entonces hizo más lento su galope, y como no sintió nuevas órdenes de su patrón, siguió trotante con paso rápido, como un hombre ofendido que no ha perdido su dignidad. No prestaba atención a las lechuzas que esa noche gritaban demasiado, como siempre, sin motivo. A *Mishka* le parecieron esta vez, más que de costumbre, pretenciosas y estúpidas.

El bosque se abría en la pendiente entre las sombras lilas del atardecer. Allí todo era luz transparente, alegría, esplendor. Eso era muy distinto de la agitación de los grupos humanos. La ira de Morozka se enfrió. Las palabras insultantes que le había dicho o que le había querido decir a Miechik hacía mucho que perdieron su agudeza vengativa, y se le presentaron en su verdadero aspecto:

eran inútiles, chillonas y triviales. Hasta se lamentó de haberse peleado con Miechik y de no haber sostenido su dignidad hasta el final. Comprendió que Varia, a decir verdad, no le era tan indiferente como creía antes. Sin embargo, estaba seguro de que nunca más volvería a ella. Y por la misma razón de que Varia le era la persona más cercana, que le vinculaba con su vida anterior en las minas, cuando él vivía «igual que todos», cuando a él le parecía todo simple y claro, ahora, al separarse de ella, sentía como si toda esa enorme etapa de su vida hubiese concluido y comenzara una nueva.

El sol asomaba por entre las cordilleras, sin brillo, sin pasión, sin parpadeo, iluminándole la cara debajo de la visera. A pesar de que el sol no se había ocultado todavía, los campos desiertos, desolados, estaban ya tristes y sombríos.

Vio entre las espigas de cebada no recogidas un delantal de mujer olvidado durante las prisas de la siega. Entre los montones de paja cubiertos estaba solo, huérfano y agorero, un cuervo silencioso... pero todo esto pasaba a su lado sin llegarle a la conciencia. Morozka se volvió, extendió el fardo polvoriento de sus recuerdos lejanos y encontró que no eran nada alegres. Por el contrario, sintió que su vida era triste, insoportable. Se vio solo y abandonado. Le parecía que flotaba sobre un enorme campo devastado, y el vacío alarmante hacía remarcar su soledad.

Dejó a un lado sus tristes reflexiones al oír el trote de un caballo que, inesperadamente, apareció por el recodo del camino. Apenas levantó la cabeza, vio por delante la figura bien formada de cintura ceñida de un patrullero, sobre un caballito overo, que por lo inesperado del encuentro pegó un brinco apoyándose en las patas traseras.

—¡Vamos, inútil, más que inútil! —dijo el patrullero recogiendo al vuelo la gorra que se le había caído con la sacudida—. ¿Eres tú, Morozka? Anda rápido a tu casa, rápido, pues se está armando algo terrible; nadie entiende lo que pasa, te lo juro...

—Pero, ¿qué pasa?

—Los desertores pasaron por allí, ellos soltaron todo un rollo, todo un rollo de noticias... Han dicho que los japoneses van a llegar, que están a dos pasos. Los mujiks dejaron el trabajo del campo, las mujeres chillan que se las pelan... Hicieron pasar los

carros por el vado. ¡Chico, que jaleo! ¡Por poco no matan al barquero porque no los pasaba con rapidez a la otra orilla! Nuestro Grischka anduvo diez verstas alrededor, y los japoneses no se oyen por ningún lado, por ningún lado. ¡Qué embusteros! ¡Mintieron, los desgraciados! Había que fusilarlos por cosas semejantes. Sólo que es una lástima gastar balas para matarlos, es una lástima, como hay Dios...

El patrullero echaba saliva y, revoloteando el látigo, se sacaba la gorra y se la volvía a poner, sacudiendo su hermosa cabellera como queriendo decir entre otras cosas: «¡Mira, querido, como me adoran las muchachas!».

Morozka recordó cómo dos meses atrás ese mismo muchacho le robó un jarro de estaño y después juraba que lo conservaba «del frente alemán». A pesar de que él no lamentaba la pérdida del jarro, esos recuerdos, que aparecieron más rápidamente que las palabras del patrullero, al cual Morozka, ocupado en sus pensamientos, no escuchaba, le hicieron entrar en la corriente ordinaria de la vida del destacamento. La estafeta enviada con urgencia, la venida de Kanunnikov, la retirada de Osokin, los rumores graves que circulaban entre la tropa desde hacía unos meses; todo ello le cubrió con una ola de inquietud borrando las huellas de los negros pensamientos de ese día.

—¡Qué desertores ni qué ocho cuartos! ¿Por qué dices tontearías? —dijo Morozka interrumpiéndole.

El otro, extrañado, levantó la ceja izquierda y quedó inmóvil con la gorra a medio poner. Acababa de sacársela y no había tenido tiempo de encasquetársela de nuevo...

—¡A ti lo único que te interesa es pavonearte! —agregó Morozka con desprecio. Enojado, soltó las riendas y al cabo de unos minutos estuvo en la orilla del río donde se hacía el traslado hacia la balsa.

El barquero, melencólico, con los pantalones recogidos por sobre las rodillas, con enormes bultos en los brazos, iba de aquí para allá, cubierto de sudor. En la orilla se agolpaba más gente todavía. Apenas regresaba del lado opuesto, la multitud se le echaba encima, con sus sacos y sus bultos, con sus hijos en llanto. Cada uno trataba de que lo trasladasen primero. Toda esa masa rugía presa de terror. Se empujaban los unos a los otros. Los bultos caían, los

niños lloraban y el barquero gritaba hasta perder la voz, tratando de restablecer el orden. Pero todo era en vano. Una mujer de nariz chata y respingada que había conseguido hablar con los desertores iba de un lado al otro, con un bulto más grande que ella, contando a los demás las novedades. Ella no sabía si relatarlo a todos o formar cola para que la trasladasen. En sus constantes idas y venidas perdía cada vez el turno y rezongaba: «¡Dios mío! ¡Dios mío!», y volvía a contar a los recién llegados las últimas noticias.

Morozka, al caer en medio de ese gallinero alborotado, quiso asustar a la gente como hacía de costumbre para después reírse, pero esta vez saltó del caballo y empezó a tranquilizarlos.

—¡Hay que tener ganas de mentir! ¡No hay tales japoneses!

La mujer que gritaba dijo:

—¡Que sueltan gases!

—¡Qué gases ni qué ocho cuartos! —interrumpió Morozka. Quizá los coreanos quemaron paja... y eso les parecen gases...

Los mujiks, olvidándose de la mujer, lo rodearon. Morozka de pronto se sintió un hombre de importancia y responsabilidad. Contento de su nuevo papel así como el de haber vencido el deseo de asustarlos, desautorizó los rumores propalados por los desertores hasta que se enfrió el ánimo de la multitud. Cuando llegó la barca en busca de una nueva partida, ya no se agolpaban en la misma forma. Morozka mismo empezó a dirigir el traslado de los campesinos. Los mujiks se lamentaban de haber dejado sin segar los campos, y enojados contra sí mismos se desquitaban con los caballos. Hasta la mujer de nariz chata respingada se acomodó, al fin, con su gran paquete entre dos testas de caballo y el ancho trasero de un mujik.

Morozka se apoyó en la baranda y miró cómo se dibujaban en el agua círculos concéntricos de espuma blanca. Veía que cada círculo no podía alcanzar al otro y el orden natural de ellos le hacía recordar la forma como él organizó a los mujiks. Esta asociación le causó mucho placer.

Detrás de los corrales encontró a cinco muchachos del piquete de guardia del pelotón de Dubov. Le saludaron con risas y con insultos, contentos de haberse topado con él. Se insultaron porque no tenían de qué hablar. La tarde era fría y perfumada, y los muchachos eran jóvenes, sanos y fuertes.

—¡Arread, gandules! —les gritó Morozka cuando se alejaban, mirándolos con envidia. Tuvo ganas de irse con ellos, para reír y bromear y largarse a todo galope por la llanura, esa tarde alegre y fría. El encuentro con los guerrilleros le hizo recordar a Morozka que al irse del hospital se olvidó de llevar la carta de contestación de Stashiski, e inesperadamente se le apareció delante de los ojos el cuadro de la asamblea rural, cuando casi lo expulsaron del destacamento. En ese instante, Morozka comprendió que aquel acontecimiento era probablemente el más importante en el último mes de su vida, mucho más importante que lo que le había pasado en el hospital.

—¡*Mishka* mío! —dijo cariñosamente a su potro, mientras éste seguía trotando detrás de la colina—. Estoy cansado de todo; de todo, hermanito, por la madre que...

Mishka movió la cabeza y relinchó.

Al acercarse al Estado Mayor, Morozka tomó la firme resolución de mandarlo todo al diablo y relevarse de la obligación de enlace para irse con los muchachos del destacamento.

En la galería de delante estaba Blakánov interrogando a los desertores. Ellos estaban desarmados y bajo la custodia de unos cuantos soldados. Blakánov, sentado en los escalones, apuntaba los nombres.

—Iván Filimónov... —dijo uno con vocecita lastimera, estirando el cuello con todas sus fuerzas.

—¿Cómo?... —preguntó con voz terrible Blakánov, dando media vuelta en dirección del interrogado, como solía hacer Levinson.

Blakánov pensaba que Levinson lo hacía así porque quería remarcar la importancia de sus preguntas; en realidad, Levinson procedía de ese modo porque no hacía mucho que le habían herido en el cuello y no podía volverse de otra manera.

—¿Filimónov?... ¡El patronímico!

—¿Dónde está Levinson? —preguntó Morozka. Le indicaron con la cabeza la puerta vecina. Se arregló el mechón de pelo que le salía por debajo de la visera y entró.

Levinson estaba ocupado en el rincón y no lo notó. Morozka, inquieto, pegó un latigazo en el aire. Como a todos los del destacamento, Levinson le parecía a Morozka un hombre extra-

ordinariamente correcto. Pero como su experiencia le indicaba que hombres correctos en general no existen, quería convencerse de que Levinson, por el contrario, era un pillo de tres pares. Sin embargo, estaba seguro de que el comandante lo sabía todo, y engañarle era una cosa casi imposible. Cuando Morozka quería pedirle algo, experimentaba una inquietud incomprensible. Al fin, dijo:

—¡Siempre metido entre los papeles, como las ratas!... He entregado el paquete con toda exactitud.

—¿No hay contestación?

—No...

—Bien —dijo Levinson extrañándose y dejando a un lado el plano.

—Oye, Levinson... —empezó Morozka—. Tengo algo que pedirte... Si accedes, serás mi eterno amigo...

—¿Eterno amigo? —preguntó Levinson con una leve sonrisa en los labios.

—A ver, habla, dime de qué se trata.

—Déjame ir al pelotón...

—¿Al pelotón?... ¿De dónde te vino esa idea?

—Hace mucho. Estoy cansado de ser enlace... Con esto que hago ahora me da la impresión de que no soy guerrillero... Me recuerde la conciencia...

Morozka hizo un gesto de explicación con la mano y frunció el entrecejo para no insultar y arruinar todo el asunto.

—¿Y quién se quedará de enlace?

—Podría encargarse Efimka —dijo Morozka apretando los dientes—. ¡Oh! Es un excelente jinete. ¡Hasta ganaba premios en el viejo ejército!

—¿Dices que eternos amigos...? —preguntó Levinson con un tono como si de eso dependiese su resolución.

—¡No te rías, demonio!... —dijo Morozka sin poder contenerse—. Uno le viene con un asunto, y él lo toma a cachondeo.

—No pierdas los estribos. Haces mal en acalorarte... Dile a Dubov que me mande a Efimka, y tú... puedes irte.

—¡Esto sí que es favor de amigo!... —exclamó contento Morozka—. Has estado a la altura, Levinson... ¡Esto es colosal!...

Se quitó la gorra y la tiró al suelo.

Levinson recogió la gorra y dijo:

—¡Majadero!

...Morozka llegó al pelotón cuando ya anocheecía. Encontró en la cabaña doce hombres. Dubov estaba sobre un banco, revisando su fusil a la luz de un farol.

—¡Ah!, icarcamal!... —refunfuñó Dubov por debajo de los bigotes.

Al ver el bulto que traía Morozka en las manos, dijo extrañado:

—¿Qué haces con tu macuto? ¿Te echaron o qué?

—¡Al revés! —gritó Morozka—. ¡Estoy libre! ¡Libre sin pensión! Anda, manda a Efimka. Es orden del comandante.

—Seguramente ya le prestaste suficientes servicios... —dijo Efimka con ironía. Era éste un muchacho de carácter agrio, cubierto de granos.

—Anda, anda, después vamos a ver... ¡Por el ascenso de Efimka Semionovich! ¡Hurra!...

La alegría de encontrarse de nuevo entre los compañeros no dejaba a Morozka quieto ni un solo instante. Andaba dando vueltas de un lado a otro. A cada uno le hacía un chiste, pellizcaba a la cantinera. Después volvió a la isba donde se encontraba el jefe, y por descuido, le vertió una lata llena de grasa en donde había puesto las piezas del fusil...

—¡Inútil, taladro sin engrasar!... —gritó Dubov pegándole en la espalda un golpe tan fuerte que la cabeza de Morozka se confundió con el cuerpo. A pesar de que le dolió mucho, Morozka no se ofendió. Hasta le gustaba cómo insultaba Dubov, utilizando sus palabras y expresiones, cuyo significado nadie entendía. Para él, aquí, entre los voluntarios, todo estaba bien.

—Sí, sí... ya era hora, ya era hora... —dijo Dubov—. Está bien que estés de nuevo entre nosotros, porque si no te echarías a perder del todo, te cubrirías de herrumbre como un perno olvidado al aire; nos hemos cubierto de vergüenza por tu culpa...

Todos estaban de acuerdo en alegrarse por su regreso, pero justamente por otro motivo. A la mayoría le gustaba de Morozka justamente aquello que a Dubov no le placía.

Morozka trataba de no recordar su viaje al hospital; tenía miedo de que alguien le preguntase: «¿Qué tal, como está tu mujercita?».

Después, junto con todos, fue al río a bañar los caballos. En los postes gritaban con voz sorda las lechuzas, entre la niebla; sobre el río, flotaban las cabezas silenciosas de los caballos, con el cuello estirado y las orejas alerta. En la orilla se erizaban los arbustos espinosos entre las gotas de rocío de esa noche fría...

«¡Esto sí que es vida!...», pensaba Morozka, y cariñosamente silbaba a su caballejo...

De regreso unos empezaron a componer las monturas y otros a limpiar los fusiles. Dubov leyó en voz alta las cartas que recibieron de las minas, y al acostarse, festejando la vuelta de Morozka, le eligieron para que estuviese de guardia toda la noche.

Morozka se sentía buen soldado, hombre decidido y valiente.

Dubov se despertó de un fuerte empujón en el costado.

—¿Qué hay, qué pasa?... —preguntó asustado, y se sentó.

No alcanzó a frotarse los ojos para ver la luz del farol, y oyó, o mejor dicho, sintió el disparo lejano de un fusil, y al cabo de un rato otro y otro...

Delante de su cama estaba parado Morozka y gritaba:

—¡Levántate, rápido! ¡Están disparando en la otra orilla!

Se oía un disparo tras otro con pausas cada vez más cortas.

—¡Despiértalos! —dispuso Dubov, y enseguida avisó por todos los puestos...—. ¡Rápido!...

Unos cuantos segundos después salió al patio preparando las armas para el combate. El cielo se despejaba frío y sin viento. Entre la niebla de los senderos nunca atravesados de la Vía Láctea caminaban inquietas las pálidas estrellas. Del agujero oscuro de los cenagales aparecían, una tras otra, las figuras peludas de los guerrilleros que caminaban abrochando las cartucheras, tirando de las riendas a los caballos. Los perros ladraban; las gallinas volaban espantadas. Los caballos relinchaban en son de guerra. Los guerrilleros insultaban a diestro y siniestro.

—¡A las armas!... ¡A caballo! —ordenaba Dubov—. Mitri, Senia... Id por las casas, despertad a la gente... ¡Rápido!

En la plaza, al lado del Estado Mayor, se encendieron los cohetes de dinamita, rodando por el cielo y dejando una estela de humo. Una mujer medio desnuda asomó la cabeza por la ventana y desapareció rápidamente.

—¡Cómo está el patio!... —dijo una voz temblorosa.

Efimka salió disparado y gritó desde la tranquera:

—¡A las armas!... ¡Todos preparados en el lugar de concentración! —y desapareció haciendo relinchar al caballo, gritando algo incomprensible.

Cuando volvieron los soldados que fueron a tocar diana, dijeron que más de la mitad del pelotón dormía fuera. La noche anterior se habían ido de juerga y se habían quedado con las muchachas. Dubov, algo perdido, no sabía si comenzar el ataque o ir al Cuartel General a averiguar lo que pasaba; en realidad, cagándose en Dios, en la virgen y en todos los santos de la corte celestial, mandó buscar a cada uno por separado. Dos veces se le habían presentado los enlaces con la orden de acudir enseguida con todos sus hombres al punto de encuentro, y él no podía dar con su gente. Dubov andaba por el patio como fiera enjaulada. Estaba dispuesto a pegarse un tiro en la frente, y quizás lo hubiera hecho de no sentir toda la responsabilidad que recaía sobre él. Muchos sufrieron los golpes implacables de sus puños.

Por fin, acompañado del ladrido entrecortado de los perros, salió disparado el pelotón hacia el Cuartel General, llenando de terror las calles, con el galope loco de los caballos briosos y con el resonar de los aceros.

Dubov encontró con la mirada la pequeña figura de Levinson que estaba conversando tranquilamente con Metelitsa, al lado de unas vigas iluminadas por un farol.

—¿Por qué llegas tan tarde? —le reprendió Blakánov—. Y aún dices: «¡Nosotros... los mi-ne-ros!».

Estaba fuera de sí. En contestación, Dubov le hizo un gesto con la mano. Lo más ofensivo para él era el saber que este muchacho joven tenía derecho a reprenderle y que cada observación no sería suficiente para pagar su culpa. Además, Blakánov le había herido en lo más sensible.

Tenía la profunda convicción de que el nombre de minero era el nombre mejor y más honorable que podía tener un hombre en la tierra. Estaba convencido de que había deshonorado al pelotón, a sí mismo, a las minas de Suchán y a toda la «tribu del carbón» hasta la séptima generación.

Blakánov se fue insultando a llamar a las patrullas.

A Dubov le dijeron cinco de sus muchachos que regresaban del río que no había ningún enemigo y que eran unos chicos del destacamento que tiraban al aire por mandato de Levinson. Entonces comprendió que Levinson quería comprobar la preparación militar de sus destacamentos y sintió con más amargura todavía su culpa y el hecho de que no confirmó la confianza que le tenía el comandante, y de que no fue ejemplo para los demás.

Cuando los pelotones estuvieron formados y comenzaron a llamar, resultó que faltaban muchos todavía, sobre todo muchos desertores del destacamento de Kubrak. El mismo Kubrak había ido a despedirse de sus parientes y todavía no había vuelto en sí después de la borrachera. Unas cuantas veces se dirigió a la tropa diciendo si podrían respetarle siendo como era «un cerdo infame», y lloraba después. Todo el destacamento veía que Kubrak estaba ebrio. Levinson hacía como si no lo viera, porque si no debía echarlo de su puesto y no había quien lo reemplazara.

Levinson pasó por entre las filas y colocándose en el centro, levantó su mano fría y severa. Se oyó en el silencio nocturno el murmullo secreto de la taiga.

—Camaradas... —empezó Levinson con su voz no muy fuerte pero clara, tan clara que cada uno de los soldados la oyó tan cerca como los latidos de su corazón—. Nosotros nos vamos de aquí... ¿Adónde? No vale la pena hablar de eso ahora. Las tropas japonesas se aproximan; no hay que exagerar su número, su importancia. Sin embargo, es mejor no encontrarse con ellas. Eso no quiere decir que nosotros nos escapemos completamente del peligro. No. El peligro está siempre por encima de nuestras cabezas, y cada voluntario lo sabe. ¿Respondemos con honor al nombre de destacamento de guerrilleros?... No, no respondemos. Nos hemos portado como muchachos licenciosos. ¿Qué es lo que habría pasado si, en efecto, se hubiera tratado de los japoneses?... Ellos nos hubieran estrangulado a todos como a polluelos... ¡Es una vergüenza!...

Levinson se echó hacia adelante, y sus últimas palabras se estiraron como un resorte hacia ellos, y cada uno sintió como si un latigazo le azotara el rostro. Cada uno se sintió como un polluelo al cual inesperadamente lo ahogaran en la obscuridad unas manos con dedos férreos.

Hasta Kubrak, que no comprendió nada, dijo convencido:
—¡Cierto!... ¡Verdad!... —y ladeó su cabeza cuadrada, con un hipo fuerte y sonoro.

Dubov esperaba cada minuto que Levinson dijese: «Ved el caso de Dubov, que ha venido el último al punto de concentración. ¡Y yo que tenía en él más fe que en los otros! ¡Es una vergüenza!».

Habló poco, pero con insistencia. Machacaba en un punto, y justamente en el lugar necesario, como si clavase un clavo grande de mala punta, pero que debía servir para siempre.

Después de convencerse de que sus palabras habían surtido el efecto necesario, miró en dirección de Dubov e inesperadamente dijo:

—El pelotón de Dubov irá acompañando el convoy de avituallamiento... Por lo que se ve no es muy diestro que digamos...

Se irguió luego en la montura, apoyándose en los estribos y sacudiendo el látigo, ordenó:

—¡Fi-ir-mes!... ¡De a cuatro por la derecha!... ¡Mar... chen!

Se oyó al unísono el chasquido de los frenos y el chirrido de las monturas. Ese enorme tropel compacto de gente se lanzó a la carrera moviéndose en la noche como un pez enorme en un remanso negro, hacia las viejas montañas de Sijoté-Alín, donde resplandecía el amanecer, joven, lleno de color y de esperanza.

SEGUNDA PARTE

I

MIECHIK EN EL DESTACAMENTO

Stashisnki supo que el destacamento salía de Shibishi por boca del ayudante del intendente, que fue al hospital para preparar las provisiones para el viaje.

—Levinson es sesudo, ¿eh?... —dijo el ayudante poniendo al sol su espalda encorvada—. Sin él hubiéramos perecido todos... Él pensó, por ejemplo: «El camino hacia el hospital nadie lo conoce; en el caso en que nos persiguiesen, nosotros nos largamos por allí con todo el destacamento. Y izás! Y nadie se acuerda más de su nombre... Aquí, provisiones, gorras y capotes... hay de sobra». ¡Bien pensado! —exclamó meneando la cabeza en ademán de admiración.

Stashisnki vio que no solamente alababa a Levinson porque era «sesudo», sino además por el gusto de hablar de las buenas cualidades que él mismo no tenía.

Ese mismo día Miechik se levantó de la cama por primera vez. Sosteniéndolo de los brazos lo pasearon por el corredor. Contento y extrañado, notaba bajo sus pies el piso firme y se reía sin motivo. Después, ya acostado en la cama, sentía los fuertes latidos de su corazón, acelerados por el cansancio o por la alegría que causa cuando se tiene la tierra viva bajo las plantas. Las piernas le temblaban todavía de debilidad, y por todo el cuerpo le pasaba una comezón alegre como un mudo murmullo de placer.

Mientras Miechik caminaba, Frolov lo miraba con envidia. Miechik, sintiendo su mirada, no podía dominar una sensación de culpabilidad ante él. Frolov hacía tanto tiempo que estaba enfermo que ya no inspiraba lástima a los vecinos. A él le parecía oír en cada caricia, en cada gesto cuidadoso y atento, una pregunta constante: «¿Cuándo vas a morirte, por fin?». Pero él no quería morir. Sus deseos de agarrarse en vano a la vida parecían aplastar a todos como la losa de una tumba.

Hasta el último día de permanencia en el hospital las relaciones de Miechik y Varia tenían un carácter raro, parecido a un juego en que cada uno sabía que quería una parte y temía la otra, y, sin embargo, no se atrevía a dar un paso audaz, definitivo.

En la vida difícil e inquieta de Varia habían pasado tantos hombres que no se los hubiera podido distinguir por el color de los ojos ni de los cabellos, ni tampoco por sus nombres. Sin embargo, a nadie le pudo decir «querido, amado». Miechik era el primero al que dijo sinceramente estas palabras. A ella le parecía que únicamente él era hermoso, sencillo, tierno y delicado, capaz de satisfacer su ansiedad maternal, y que lo quería justamente por eso... (En realidad, esta idea le vino después de que se enamoró de Miechik; su esterilidad provenía de causas orgánicas que no dependían de sus deseos.) Con inquietud silenciosa, Varia lo llamaba de noche y lo buscaba de día. Sin descanso, sedienta, trataba de llevárselo lejos de las gentes para ofrecer su amor tardío; sin embargo, nunca se atrevió a decirlo directamente, a pesar de que Miechik deseaba lo mismo que ella con todo el ardor de su juventud desbordante. Él procuraba no quedarse a solas con ella. Llevaba consigo al viejo Pika, o a veces se quejaba de que no se encontraba bien. Se turbaba porque nunca había tenido relaciones íntimas con una mujer, y no porque le pareciera feo y vergonzoso, sino porque creía que le iba a salir mal la cosa.

Cuando llegaba a dominar su turbación, se le aparecía de repente, delante de los ojos, la figura terrible de Morozka, saliendo del bosque, fustigando con el látigo los capullos en flor, y experimentaba una sensación mezcla de terror y de remordimiento de haber pagado mal su deuda...

En este juego adelgazó y creció, pero hasta el último momento no pudo vencer esta debilidad. Se fue junto con Pika, después de despedirse de todos como si fuesen extraños. Varia lo alcanzó en el camino.

—Aunque sea ahora, despedámonos como es debido —dijo ella con voz entrecortada por la turbación y la caminata—. Allí no me atreví... Eso nunca me ha pasado... De repente me avergoncé, me sentí cohibida... —y con gesto culpable le metió en el bolsillo un pañuelo bordado, como hacían todas las muchachas jóvenes de Suchán.

Su turbación y su regalo parecían extraños. Miechik le tuvo lástima y se avergonzó ante Pika. Apenas rozó sus labios con los de ella. Varia lo contempló con su última mirada dulce y aterciopelada, y sus labios se torcieron en una mueca nerviosa.

—¡No dejes de venir por aquí! —gritó cuando ellos desaparecieron tras de los árboles del monte. Y sin oír la contestación, allí mismo se dejó caer sobre la hierba y lloró.

Su amado, rehecho ya de sus penosos recuerdos, se sintió de pronto un verdadero guerrillero y hasta se arremangó para tostarse al sol; le parecía que esto era muy necesario en su nueva vida, que comenzaba después de su conversación con la enfermera.

La desembocadura del Irojedze estaba ocupada por los japoneses y las bandas de Kolchak. Pika flaqueaba, se ponía nervioso y se quejaba durante el camino de dolores que en realidad no tenía. Miechik no lo podía convencer de que debían de hacer un rodeo por la llanura. Tuvieron que escalar las montañas por senderos conocidos solamente por las cabras. Descendieron al río en la segunda noche, por unos peñascos escabrosos corriendo el peligro de perder sus vidas. Miechik no sentía aún bien firmes sus piernas cicatrizadas. Casi por la mañana llegaron a las alquerías de los coreanos; tragarón ávidamente arroz hervido sin sal. Al mirar la figura haraposa y lamentable de Pika, Miechik no pudo reconstruir la imagen que se había hecho de él; la de un viejo silencioso sentado a la orilla de un lago verde y tranquilo. Con su aspecto, Pika parecía remarcar la inseguridad y la falsedad de ese silencio en el cual no había ni descanso, ni salvación posible.

Anduvieron después por el valle, pero nadie había visto a los japoneses. Cuando preguntaban si había pasado el destacamento, ellos querían saber las últimas novedades y los convidaban con aguamiel, y las muchachas miraban a Miechik con admiración. Los caminos se perdían entre las espigas crecidas de trigo candeal. Por las mañanas se cubrían de gotas de rocío las telas de araña, y el aire se llenaba del zumbido almibarado de las abejas.

Llegaron a Shibishi al atardecer. La aldehuela estaba al pie de una montaña oscura. En frente, tras un cerro, se ocultaban los últimos rayos del sol. En una explanada cubierta de hongos y pasto,

jugaban a los bolos unos cuantos muchachos alegres, de gargantas fuertes, y con cintas rojas en las viseras de sus gorras.

El último que había pasado a tirar era un hombrecito pequeño con botas altas y con barba colorada y larga, parecida a la de los gnomos que se dibujan en las ilustraciones de cuentos infantiles. No pudo acertar ni una sola vez. Todos los muchachos se reían de él. El hombrecito, algo turbado, se reía también, pero en una forma tal como si quisiera decir que no se reía porque estaba turbado sino porque le causaba mucha gracia.

—Mira, allí está Levinson —dijo Pika.

—¿Dónde?

—Pues allí, hombre, el pelirrojo... —y dejando a Miechik indeciso salió inesperadamente dirigiéndose con paso rápido hacia Levinson.

—Mirad, muchachos, ¡Pika!

—¡El mismo!

—¡Ya llegaste, viejo pelado!...

Los muchachos dejaron el juego y rodearon al viejo. Miechik se quedó a un lado sin saber si acercarse o esperar a que lo llamaran.

—¿Quién es el que está contigo? —preguntó, al fin, Levinson.

—Es un chico del hospital... ¡Buen muchacho!...

—El herido que trajo Morozka —dijo uno del grupo que le había reconocido. Miechik al oír que hablaban de él se acercó un poco más.

Este hombre pequeñito que jugaba tan mal a los bolos resultó tener ojos grandes y penetrantes. Esa mirada se apoderó de Miechik, le dio la vuelta del revés y le tuvo así algunos instantes, como si penetrase toda su intimidad.

—Y aquí me vine a vuestro destacamento —comenzó Miechik poniéndose colorado—. Antes estaba con los de Shaldiba... antes de que me hubiesen herido —agregó para que tuviesen más peso sus palabras.

—¿Cuándo anduviste con los de Shaldiba?

—Desde la mitad de junio...

Levinson le echó de nuevo una mirada curiosa, investigadora y preguntó:

—¿Sabes disparar?

—Sí... —dijo Miechik inseguro.

—Efimka... trae un fusil...

Mientras corrían a buscar el fusil, Miechik sentía, como si lo palpasen por todos lados, una docena de ojos curiosos. Su silencio, en ese momento de espera, lo tomó por hostilidad.

—Veamos, ¿adónde vas a disparar? —preguntó Levinson, buscando al mismo tiempo con los ojos un objeto adecuado para blanco.

—¡A la cruz!... —propuso uno alegremente.

—No, a la cruz no vale la pena... Efimka, pon uno de los bolos en el poste, allí...

Miechik tomó el fusil y apenas pudo disimular el terror que se apoderó de él, no porque tuviese que tirar, sino porque le pareció que todos deseaban su fracaso.

—Acerca más la mano izquierda, que es más fácil —recomendó uno.

Estas palabras, dichas con deseo sincero de ayudarle, le dieron ánimo. Apretó el gatillo y ¡pum!... Disipado el humo, vio como el bolo había caído del poste.

—¡Bravo, chico! —dijo sonriendo Levinson—. ¿Tuviste ocasión de tratar con caballos?

—No —contestó Miechik, dispuesto a confesar todos sus pecados después del éxito del disparo.

—Es una lástima —dijo Levinson contrariado—. Blakánov, dale la *Ziuchija*.⁸

Guiñó maliciosamente los ojos y agregó:

—Cuida bien este animal. Alguien del pelotón te enseñará cómo tienes que hacerlo—. ¿A cuál de los pelotones lo mandamos?

—Yo creo que al de Kubrak, pues le faltan algunos —dijo Blakánov—. Estará junto con Pika.

—De acuerdo —contestó Levinson—. Hala, pues...

La primera mirada que dirigió Miechik a la *Ziuchija* le hizo olvidar enseguida su éxito y todas sus esperanzas llenas de orgullo infantil. Era una yegua llorosa, de color blanco sucio, con la espalda encorvada y con la panza caída. Era más mansa que un buey que hubiese pasado su vida arando hectárea tras hectárea. Para

⁸ En castellano, lánguida, flaca o decrépita.

colmo de desdichas estaba preñada, y su apodo le iba como a un Cristo dos pistolas.

—¿Eso es para mí?... —dijo Miechik con voz tristonada.

—La yegua es fea —contestó Kubrak acariciándole la grupa—. Tiene los cascos débiles, no sé si es por la educación que ha recibido o por los malos cuidados... Sin embargo, aún se puede montar... —Volvió su cabeza cuadrada y repitió con voz seca—: Aún se puede montar...

—¿Acaso no tienes otra?... —preguntó Miechik, henchido de odio impotente contra la *Ziuchija* y contra la indicación de que podía montarla.

Kubrak, sin contestarle, empezó a contarle en tono monótono y aburrido qué es lo que se debía hacer con esa potranca por las mañanas, durante el almuerzo y por la tarde para evitar las posibilidades de que enfermase.

—Al volver de una marcha —decía Kubrak— no la desensilles enseguida; déjala para que se enfríe un poco, y apenas la desensilles sécale la espalda con la mano o con un poco de heno. Al ensillarla, también...

Miechik, con temblor en los labios, miraba a lo lejos por encima del caballo y no escuchaba. Todo su buen humor flamante de guerrillero se le hizo humo. Le parecía que le habían dado esta yegua a propósito para rebajarlo desde un principio. Últimamente, cada nuevo acto de su vida lo consideraba desde el nuevo punto de vista que se había trazado, el de comenzar otra existencia. A él le parecía que ahora, con esa yegua asquerosa no podría comenzar nada; pensaba que nadie iba a ver en él otro hombre completamente distinto, fuerte, seguro de sí mismo, y que pensarían que era el mismo de antes, el ridículo Miechik, al que no se le puede confiar ni siquiera un buen caballo.

—Esta potranca, además, está llena de aftas —dijo Kubrak poco convincente, sin querer saber si es que Miechik estaba ofendido o no, o si sus palabras las escuchaba como es debido—. Habría que curarla con azufre, pero azufre no tenemos. Las aftas nosotros las curamos con una mezcla especial que hay que envolver con un trapito. Eso ayuda mucho...

«¡Qué! ¿Acaso soy un chiquillo o qué? —pensaba Miechik sin escucharle—. Voy a decir a Levinson que yo no quiero andar en un

jamelgo semejante... No estoy obligado a sufrir por los demás (le causaba agrado el pensar que era víctima de alguien). No, se le voy a decir todo, directamente, para que no piense que...»

Cuando Kubrak terminó, y el destino de la yegua quedó en sus manos, Miechik lamentó no haber escuchado sus explicaciones. *Ziuchija*, bajando la testa, movía su boca blanca. Miechik al mirarla comprendió que la vida de ella dependía de él. Sin embargo, como antes, Miechik no sabía cómo arreglarse con ese pobre animal inofensivo. Ni siquiera supo cómo atar a la yegua; anduvo metiéndose por todas las caballerizas y comiendo alfalfa ajena. Los caballos se irritaban, y los guerrilleros también.

—¿Dónde está ese infeliz, ese caloyo?... ¿Por qué no ata a la yegua?... —gritaban en la cochera, y se oían los chasquidos de un látigo—. ¡Fuera, fuera, carroña! Oye, echa a esa yegua, que se vaya al diablo....

Miechik sudaba tinta agitado por un calor intenso. Mientras iba en busca del Estado Mayor por callejuelas angostas, llenas de arbustos espinosos, le pasaban por la mente las ideas más estrafalarias. Tropezó con un grupo de muchachos que iban de juerga, tocando el acordeón, al estilo de los de Sarátov, y fumando cigarrillos. Sonaban los machetes y las espuelas, las chicas chillaban y la tierra temblaba bajo el taconeo de una danza loca. A Miechik le dio vergüenza preguntarles dónde se encontraba el Estado Mayor, y se fue por otro camino. Hubiera errado toda la noche en busca de Levinson, si no hubiera dado con alguien que le informara.

—¡Camarada! ¿Cómo hay que hacer para llegar al Estado Mayor? —gritó Miechik, acercándose. Y reconoció a Morozka—. ¡Hola! —dijo muy turbado.

Morozka se detuvo, soltó unas palabras incomprensibles y luego contestó:

—El segundo patio a la derecha.

Sus ojos brillaban de manera extraña. Sin detenerse y sin volverse siguió adelante su camino.

«Morozka..., sí..., era él..., y está aquí...», pensó Miechik y, como en los días anteriores, se sintió solo, rodeado de peligros, y cada peligro tenía la cara de Morozka. Luego las calles oscuras y desconocidas; la potranca incommovible... sin saber cómo tratarla...

Al llegar al Estado Mayor se le enfrió por completo su ánimo agresivo; ya no sabía para qué había venido, qué es lo que iba a hacer y qué iba a decir.

En el patio vacío y enorme como una plaza estaban acostados en torno a una hoguera unos veinte soldados. Levinson se hallaba junto al fuego con las piernas encogidas al estilo oriental, entre el humo embrujado y las chispeantes llamaradas. A Miechik le hizo recordar aún más al gnomo de los cuentos infantiles. Se acercó. Quedó de pie detrás; nadie lo notó. Los guerrilleros contaban por turno anécdotas picantes, en las cuales sin falta intervenían un pope poco perspicaz, su lujuriosa mujer y un joven hábil que se las pasaba bien en este mundo, engañando al pope gracias a los favores amorosos de la mujer. A Miechik le parecía que se contaban esos cuentos no porque fueran en realidad graciosos, sino porque no tenían otra cosa que decir y se reían por obligación. Sin embargo, Levinson escuchaba todo el tiempo con atención y se reía fuertemente, por lo visto con sinceridad. Cuando le llegó su turno contó unas cuantas historias cómicas y, como de entre los allí reunidos era el más culto, sus relatos resultaron los más ingeniosos, pero también los más verdes. Pero Levinson no se sentía cohibido en absoluto; hablaba tranquilamente y en tono burlón. Las palabras indecentes brotaban sencillamente, como si carecieran de significación torcida.

Mirándolo, a Miechik le entraron ganas de relatar también algo. A decir verdad, a él le gustaba oír esos relatos, a pesar de que los consideraba vergonzosos y de que trataba de demostrar que estaba por encima de ellos. Le pareció, sin embargo, que si se sentaba alrededor de la hoguera, todos le mirarían extrañados y se sentiría muy incómodo.

Se fue sin adherirse a la compañía de estos jóvenes guerrilleros, llevando en el corazón una sensación de amargura y de agravio, sobre todo en contra de Levinson. «¡Y bien! —pensó Miechik mordiéndose, ofendido, los labios—. ¡Yo no la cuido! ¡Que se muera!... Veremos qué es lo que él dice. ¡Lo que es yo, no tengo miedo...!»

En los días siguientes, Miechik dejó de prestar atención a su potranca. La llevaba sólo durante las horas de ejercicio y la bañaba con poca frecuencia. Si él hubiera caído en un pelotón donde el

comandante fuera más escrupuloso, no se le hubiera permitido, pero Kubrak no se interesaba jamás de lo que pasaba en su pelotón y dejaba que las cosas marcharan por sí solas.

Ziuchija se llenó de garrapatas, estaba hambrienta, sucia. A veces conseguía la lástima de alguien, pero *Miechik* sólo obtuvo que nadie lo quisiera por ser un perezoso.

En todo el pelotón sólo había dos personas que le eran más o menos cercanas: *Pika* y *Chizh*. Trabó amistad con ellos no porque le satisficieran, sino porque no supo intimar con otros. El mismo *Chizh* trató de acercársele y se hizo su amigo. Aprovechando el momento en que *Miechik*, después de una pelea con algunos por un fusil sin limpiar, quedó acostado solo, con la mirada clavada en el techo, *Chizh* se acercó a él con andar resuelto.

—¿Se ha enojado?... No se preocupe... ¿Acaso vale la pena de prestarle atención a un analfabeto?

—Yo no me enojo —dijo *Miechik* suspirando.

—Entonces, ¿se aburre?... Eso es otro cantar... Lo comprendo... —*Chizh* se echó al suelo y con gesto acostumbrado estiró sus botas fuertemente lustradas—. ¡Y qué quiere!... Yo también me aburro; gente instruida hay muy poca por aquí. Solamente *Levinson*, pero él también... —*Chizh* hizo un gesto con las manos y clavó la mirada en sus botas.

—¿Qué pasa?... —preguntó *Miechik* con curiosidad.

—¿Sabe? Yo creo que no es un hombre tan instruido que digamos. Es un pillo. Sobre nuestras espaldas se quiere crear un capital. ¿No me cree? —*Chizh* se sonrió amargamente—. Naturalmente, usted cree que él es «estratega», muy valiente y con gran talento... —La palabra «estratega» la pronunció con un tono especial—. ¡Déjese de cuentos!... Todo eso lo hemos inventado nosotros solos, se lo aseguro... A ver, por ejemplo: tomemos un caso concreto, nuestra retirada. En vez de dar un golpe de contraataque al enemigo, nosotros nos fuimos a no sé dónde... a un agujero. ¡Y eso en nombre de altas razones estratégicas! Allí quizá parecen camaradas nuestros, y nosotros no nos movemos «por altas razones estratégicas».

Miechik no creía que *Levinson* fuera así como se lo presentaba *Chizh*, pero lo escuchaba con interés. Hacía mucho tiempo que no había oído una conversación tan gramaticalmente correcta, y no

sabía por qué, pero hubiera querido que en esas palabras hubiese algún fondo de verdad.

—¿Es posible? —preguntó Miechik levantándose un poco—. A mí me parecía que era un hombre muy decente.

—¿Decente? —dijo asustado Chizh, y su voz perdió su acostumbrado timbre dulce y adquirió un tono en el que sentía la conciencia de su superioridad—. ¡Qué equivocación!... No tiene usted más que ver la gente que elige... Dígame, ¿quién es Blakánov, al fin y al cabo? Un chiquillo. Tiene gran opinión de sí mismo, pero, ¿qué es lo que representa como ayudante del comandante? ¿Acaso no se hubiera podido encontrar a otro? Naturalmente, yo mismo estoy enfermo, soy un hombre herido, herido por siete balas y sordo de una oreja por una bomba explosiva, pero yo no ando en busca de un empleo con tantas ocupaciones, aunque en cualquier forma yo no sería peor que él, se lo aseguro; lo digo sin alabarme...

—Puede ser que él no sepa que usted comprende tan bien los asuntos militares...

—¡Dios mío, que no lo sabe!... ¡Si todos están convencidos de eso! Pregúntelo a cualquiera. Claro que muchos por envidia le dirán lo contrario, pero eso es un hecho...

Poco a poco Miechik, cautivado por la conversación, empezó a compartir su estado de ánimo. Todo el día lo pasaron juntos. Y a pesar de que después de unas cuantas conversaciones, a Miechik le empezó a disgustar la compañía de Chizh y lo que decía, no podía separarse de él. Hasta él mismo lo buscaba cuando hacía mucho tiempo que no lo veía. Chizh le enseñó lo que debía hacer para esquivar las guardias y cómo podía librarse de los trabajos de la cocina. Todo eso ya había perdido su novedad y se convertía en fastidiosa obligación.

Desde este momento, la vida febril empezó a pasar de lado. Él no veía ni sentía los resortes motrices de todo el mecanismo del destacamento. No comprendía la necesidad de cada una de las resoluciones que se tomaban. Aislado, en ese ambiente ajeno a sus intereses y a los que llenaban la vida de los mineros, se ahogaron todas sus ilusiones de una vida nueva y valiente... a pesar de que aprendió a insultar, a no tener miedo a las personas, a tostarse al sol y vestir sencillamente, confundiendo con los demás.

EL COMIENZO DE LA DERROTA

Al encontrar a Miechik, Morozka no experimentó ni odio ni hostilidad. Él mismo quedó extrañado al confirmar sus sentimientos. Morozka no pudo comprender por qué volvía a toparse en la vida con un hombre como éste, y por qué no se irritó. Sin embargo, el encuentro le impresionó de tal manera que tuvo necesidad de compartir enseguida su estado de ánimo.

—Iba por el camino —le dijo a Dubov— y apareció en la esquina... se vino directamente hacia mí... ¿me comprendes? El muchacho de Shaldiba, el que traje yo, ¿te acuerdas?...

—Bueno, ¿y qué?

—¡Pues nada!... Me dice: «¿Dónde está el Estado Mayor?» Y yo le digo: «Allí, segundo patio a la derecha...».

—¿Y después? —preguntó Dubov con curiosidad, no encontrando en las palabras de Morozka nada de particular y pensando que lo interesante no lo había contado aún.

—Pues que nos encontramos, ideo es todo! ¿Qué más quieres? —contestó Morozka con irritación incomprensible.

Y de repente experimentó un aburrimiento terrible, tuvo un deseo enorme de hablar con alguien. En vez de ir de juerga, como lo había pensado, se tiró sobre un montón de paja; pensó que Miechik se le había aparecido para desviarle de su camino recto. Todo el día siguiente anduvo errando, sin encontrarse bien en ninguna parte y tratando de vencer el deseo enorme de ver a Miechik.

—¿Y qué hacemos aquí sentados? —le preguntó a uno de los soldados del pelotón—. Uno se puede pudrir aquí de aburrimiento... ¿En qué está pensando Levinson?

—Él piensa todo el tiempo cómo poder divertir a Morozka. Se le han roto los pantalones de tanto estar sentado pensando en ello.

Dubov no sospechaba qué clase de sentimientos amargaban la vida de Morozka, y él, sin tener apoyo de nadie, se moría de angustia por hablar a alguien de sus cosas. Sabía que se iba a emborrachar si es que no se entretenía activamente en algo. Era la primera vez en su vida que Morozka luchaba en contra de sus deseos.

Sólo una situación casual pudo salvarle de una caída irremediable. Levinson, al acampar con sus fuerzas en este lugar, perdió toda relación con los demás destacamentos. Las escasas noticias que a veces lograba conseguir daban una idea cruelmente desastrosa de la situación. La bota de la muerte destruía sin reparo el hormiguero, y las espantadas hormiguitas o se lanzaban desesperadas bajo la bota, o se escapaban en tropel desordenado por caminos desconocidos para morir al fin. El viento huracanado de Ulajín arrastraba un confuso olor a sangre.

Por los senderos desconocidos de la taiga, donde desde hacía años no pisaba la planta del hombre, Levinson se puso en relación con la vía férrea; allí le comunicaron que dentro de poco debía pasar un tren con armamentos y municiones. Los trabajadores de la vía férrea prometieron indicar puntualmente el día y la hora en que pasaría. Sabiendo que tarde o temprano iban a descubrir al destacamento, y que invernar en la selva sin balas ni ropas era imposible, Levinson resolvió hacer la primera tentativa. Goncharenko componía los preparativos con urgencia. En una noche nublada, el pelotón de Dubov apareció en la línea del ferrocarril atravesando el campo enemigo sin ser visto.

...Pasaron los vagones de carga enganchados al tren correo. Goncharenko los separó de los de pasajeros sin que nadie se diese cuenta. En el estampido, entre el humo de la dinamita, por sobre las cabezas, volaban los rieles hechos trizas. Algunos trozos fueron a parar al terraplén. El resorte de un barreno enganchado en una cuerda quedó colgado en uno de los alambres telegráficos, obligando a muchos de los que pasaron después a romperse la cabeza, pensando para qué habrían puesto allí una cosa semejante.

Hasta que volvieron todas las patrullas, Dubov estuvo esperando con sus caballos cansados en el bosque al lado de la casa de Sviaguin. De noche desapareció por uno de los desfiladeros.

Al cabo de unos cuantos días llegó a Shibishi sin perder ni un solo hombre.

—Ahora, mi buen Blakánov, prepárate... —dijo Levinson, y en su mirada no se podía leer si es que hablaba en serio o en broma.

Ese mismo día repartió entre los soldados capotes, cartuchos, sables y galletas.

Toda la llanura de Ulajín hasta Ussuri estaba ocupada por el adversario. Hacia las cadenas de Irojedze iban nuevas fuerzas enemigas. Los espías japoneses andaban palpando por todos lados y con frecuencia se encontraban con los de Levinson. A fines de agosto, los japoneses empezaron a moverse hacia arriba. Iban lentamente, haciendo grandes pausas, andando de aldea en aldea, tanteando cada paso y colocando en los flancos reservas de defensa. En la férrea tenacidad de su movimiento, a pesar de la lentitud, se percibía una fuerza consciente de sí misma, racional, y al mismo tiempo ciega.

Los exploradores de Levinson volvían con los ojos espantados; las noticias eran todas contradictorias.

—¿Cómo es eso? —les preguntaba fríamente Levinson—. Ayer dices que estaban en Solomiennaia, y hoy que están en Monakin... ¿Qué es eso? ¿Retroceden?

—No sé —decía tartamudeando el centinela—. Puede ser que las avanzadas estén ya en Solomiennaia...

—¿Cómo sabes que las tropas principales están en Monakin?

—Los mujiks dicen...

—¡Dale con los mujiks!... ¿Cuál fue la orden que se te dio?

El centinela enseguida empezó a inventar una historia complicada para explicar el por qué no había podido penetrar más.

En realidad, asustado por los cuentos de las mujeres campesinas, no llegó hasta el frente enemigo. Se detuvo a diez verstas de distancia, y anduvo tirado entre los árboles y los arbustos, quemando tabaco y esperando la ocasión para volver. «¡Haber ido tú...!», pensó mirando a Levinson con sus ojos parpadeantes y pupilos de mujik.

—Tendrás que ir tú mismo —dijo Levinson a Blakánov—. Porque, si no, nos van a matar como a moscas. No se puede hacer nada con esa gente, llévate a alguien contigo y sal al amanecer.

—¿A quién llevo conmigo? —preguntó Blakánov. Trataba de poner la cara seria y preocupada, aunque todo en su interior se agitó con la inquieta alegría del combate: igual que Levinson, él consideraba necesario no exteriorizar sus verdaderos sentimientos.

—Llévate a quien quieras... aunque sea a ese caloyo del pelotón de Kubrak, a Miechik, ¿qué te parece? Al mismo tiempo comprobarás qué clase de muchacho es. Suelen hablar mal de él, y a lo mejor no es cierto...

La salida con Blakánov le vino a Miechik de maravilla. En el corto tiempo de su permanencia en el destacamento se le juntaron tantas cosas, tantos asuntos y promesas que no había cumplido y deseos irrealizados, que cada uno de ellos aparte perdía toda su importancia aun cuando se cumplieran, pero todos juntos le pesaban tanto que no le daban la posibilidad de salir de ese círculo estúpido y estrecho. Le parecía que saliendo con Blakánov, podría romper de una sola vez ese anillo sin sentido.

Partieron antes de que despuntase el día. Las copas de los árboles apenas se cubrían de luz rosada. En la aldea, al pie de la montaña, cantaban por segunda vez los gallos. Estaba oscuro, hacía frío, daba miedo. La situación poco acostumbrada, la amenaza del peligro, y la esperanza del triunfo, creaban a los dos un ánimo guerrero en el que todo lo demás era innecesario. En el cuerpo sentían la leve comezón de la sangre hirviente, los músculos en tensión, y el aire frío, pero tenso, parecía que crujía.

—Se te ha echado a perder la potranca... —decía Blakánov—. ¿Es que no la cuidas, o qué? Haces mal... Seguramente ese tonto de Kubrak no te enseñó cómo debes cuidarla y qué debes hacer con ella... —Blakánov no podía pensar nunca que un hombre que sabe cómo se debe tratar a un caballo pudiera dejarlo a que llegara a ese estado—. No te enseñó, ¿no es cierto?

—Sí... ¿cómo te explico?... —contestó turbado Miechik—. Él, en general, no ayuda mucho. Uno no sabe a quién dirigirse.

Avergonzado de su mentira, se movía incomodado en su montura y no miraba a su compañero.

—Deberías habernos preguntado a cualquiera de nosotros. Hay muchos que saben lo que hay que hacer. Hay buenos combatientes...

A pesar de la opinión de Chizh, que él iba dejando a un lado, a Miechik le empezaba a gustar Blakánov.

Blakánov era fuerte y robusto y estaba sentado en la montura como si lo hubieran clavado. Sus ojos pardos y aviesos lograban avizorarlo todo y enseguida distinguían lo que era digno de

atención y lo que no tenía importancia, y qué consecuencias prácticas podían sacarse de ello.

—¡Eh, eh, muchacho! ¿Qué veo? ¿Por qué te baila la montura? Es que la cincha de atrás la apretaste demasiado y la de delante cuelga. Hay que hacer al revés. Espera, la arreglaremos...

Cuando Miechik aún no se había dado cuenta de lo que se trataba, Blakánov ya se ocupaba de la montura.

—Pero... ¡claro! ¡Si tenías floja también la carona!... ¡Baja, baja! Vas a matar al caballo. Hay que ensillarlo de nuevo.

Al cabo de unas cuantas verstras, Miechik se convenció por completo de que Blakánov era mucho mejor y más inteligente que él, y que debería acatar siempre sus órdenes. Blakánov, que se acercó a Miechik sin la menor prevención, a pesar de que al poco rato sintió su superioridad, conversaba con él como con un igual, observando simplemente para darse cuenta de su valor.

—¿Quién te mandó a las montañas?

—Yo solo... El pase me lo dieron los maximalistas...

Al recordar la actitud extraña de Stashisnki, Miechik trataba de cambiar en alguna forma la importancia de la organización que lo enviaba.

—¿Los maximalistas?... En vano te metiste con ellos... son unos charlatanes.

—A mí me da lo mismo... Entre ellos hay compañeros míos del Instituto Nacional y por eso...

—¿Terminaste el bachillerato?

—¿Cómo?... Sí, lo terminé...

—Eso está muy bien. Yo también estudiaba para ebanista, pero no pude terminar. Empecé tarde, como ves —dijo como si quisiera disculparse—. Antes de eso, trabajaba en la construcción de un barco hasta que mi hermanito creció un poco; después se vino toda esta jarana encima...

Al cabo de un rato volvió a repetir, pensativo:

—Sí... Yo también quería estudiar desde chico, pero se ve que no he tenido suerte...

Se veía que las palabras de Miechik le habían hecho nacer muchos pensamientos inútiles.

Miechik, con apasionamiento incomprensible, comenzó a demostrar que no era un mal, sino, al revés, una gran suerte, que

Blakánov no hubiese estudiado en el Instituto. Sin darse cuenta, Miechik le demostraba a Blakánov todo lo bueno e inteligente que era a pesar de su falta de instrucción. Blakánov, sin embargo, no creía que fuese una gran suerte no ser instruido. Lo demás no lo había entendido. La conversación no terminó con intimidaciones. Los dos aceleraron el trote y durante un rato estuvieron callados.

Durante todo el trayecto encontraron vigías que mentían. Blakánov los escuchaba meneando la cabeza. En una choza, a tres verstas de la aldea de Solomiennaia, dejaron atados los caballos y fueron a pie. El sol empezaba a declinar. Encontraron una carreta. Blakánov preguntó al conductor si los japoneses estaban en Solomiennaia.

—Dicen que esta mañana llegaron como cinco hombres, pero hoy no se oye nada todavía... Si dieran tiempo aunque sólo fuera para recoger el trigo... ¡Que el diablo se los lleve!

A Miechik se le aceleraron los latidos del corazón, pero no tuvo miedo.

—Quiere decir que van hacia Monakin —dijo Blakánov—. Esos cinco que vendrán deben ser del espionaje japonés... ¡Adelante, pues!

Entraron en la aldea bajo el ladrido perezoso de unos perros. En uno de los patios donde había un montón de hierba seca, tomaron leche al estilo de Blakánov, en un plato con unos pedazos de pan. Después, cuando Miechik recordaba con horror toda la travesía, veía siempre delante de sus ojos a Blakánov saliendo a la calle, con la cara alegre y con unas cuantas gotitas de leche en el labio superior.

Habían dado tan sólo unos pasos cuando en una de las esquinas apareció corriendo una mujer gorda, con la falda recogida. Al dar con ellos, se paró al lado de un poste, puso los ojos en blanco y con la boca tragaba aire como si fuese un pescado. De repente empezó a chillar con la voz más penetrante que sea posible imaginar.

—Queriditos míos, ¿*ande* van ustedes?... ¡Una fuerza enorme de japoneses! ¡Están en la escuela! ¡Vienen para acá!, ¡vienen hacia aquí!...

Miechik no había acabado de oír sus palabras, cuando aparecieron por la misma esquina cuatro japoneses marcando al paso,

con los fusiles al hombro. Blakánov empuñó con rapidez su revólver y disparó sobre dos a quemarropa. Miechik vio como brotaba la sangre y cayeron al suelo. La tercera bala pasó entre ellos y el revólver «Colt» dejó de funcionar. Uno de los japoneses quiso disparar. El otro pretendió tomar el fusil de uno de los heridos. Miechik, alentado por una fuerza superior a su terror, disparó contra ellos varias veces seguidas. Las últimas balas cayeron sobre el japonés cuando aún se revolcaba en el polvo.

—¡Corramos! —gritó Blakánov—. ¡Al carro!...

Al cabo de unos segundos, desatando los caballos del poste, se largaron por en medio de la calle, levantando grandes espirales de polvo. Blakánov, en el carro, hostigaba con todas sus fuerzas con el látigo a los caballos, volviéndose de tanto en tanto para ver si les perseguían.

En uno de los puntos centrales de la aldea, unos cinco o seis cornetas tocaban a rebato.

—¡Aquí están... to-o-dos!... —gritaba Blakánov con cierto furor solemne—. ¡To-o-dos!... ¡El grueso de las fuerzas!... ¿Oyes cómo tocan la alarma?

Miechik no oía nada. Echado sobre el carro sentía una alegría salvaje de haber eliminado a ese japonés, que debía revolcarse cobardemente en el polvo, en los últimos estertores de la agonía. Cuando Miechik vio la cara de Blakánov, le pareció asquerosa y terrible al mismo tiempo. Al cabo de un rato, Blakánov ya se reía:

—Ha salido bien la cosa, ¿eh? Ellos se venían a la aldea y nosotros también. Y tú, hermano, ¡muy bien! Yo no lo esperaba de ti, de veras. Si no fuera por ti, nos hubieran acribillado...

Miechik, amarillo y pálido, con manchas oscuras en el rostro, estaba tumbado, con la cabeza bajo el brazo, tratando de no mirarle. Después que se alejaron unas dos verstas sin oír que los perseguían, Blakánov detuvo los caballos al lado del único árbol caído que encontraron en el camino.

—Tú quédate aquí, y yo subiré al árbol. Vamos a ver...

—¿Para qué?... —dijo Miechik con voz entrecortada—. Es mejor marchar rápidamente. Hay que comunicar... Es evidente que aquí está el grueso de las fuerzas...

Él quería obligarse a creer en lo que decía, pero no pudo. Le daba un miedo terrible quedarse cerca del enemigo.

—No, es mejor que esperemos. No hemos venido sólo para vol-
tear a aquellos tres papanatas. Hay que olfatear con precisión.

Al cabo de media hora salieron de Solomiennaia unos veinte
hombres a caballo. «¿Y si nos descubren?», pensó Blakánov con
oculto temor. «No podremos escapar en el carro». Dominándose,
resolvió esperar hasta que fuese posible. La caballería había salido
y estaba en la mitad del camino. Miechik no la pudo ver, porque
pasó por detrás de las colinas. Blakánov notó la infantería que sa-
lía de la aldea en columnas espesas, haciendo relucir las armas...
Luego, en carrera vertiginosa, se lanzaron por el camino hasta el
punto donde habían dejado los caballos. Allí hicieron el relevo, y
al cabo de unos segundos continuaron su marcha en dirección de
Shibishi. Levinson, con carácter preventivo, aun antes de su lle-
gada, redobló las patrullas de guardia con los soldados del pelotón
de Kubrak. El otro pelotón estaba con los caballos, y los demás
hacían guardia en la aldea detrás de una de las viejas murallas
mongolas. Blakánov y Miechik llegaron de noche. Miechik en-
tregó la potranca a Blakánov y él se quedó con el pelotón.

A pesar del enorme cansancio que experimentaban, no podían
dormirse. Una niebla espesa venía del río. Hacía frío. Pika se re-
volvaba como un cerdo. Lejos, el bosque susurraba enigmática-
mente. Miechik estaba acostado sobre sus espaldas, mirando las
estrellas. Apenas se veían a través de la gasa de espesa niebla. Y
este vacío se sentía dentro de sí mismo. Pensó que eso debía ex-
perimentarlo siempre Frolov, y le pareció terrible que el destino
de este hombre se pareciera al suyo. Trataba de desechar esa idea,
pero por más que hiciera por alejarla, le volvía a aparecer. Lo veía
todo el tiempo, acostado en la cama con las manos sin vida colo-
cadas sobre la manta, con la cara seca. Los pájaros de pico negro
estaban golpeando sordamente en las rejillas de la ventana. «¡Pero
si se ha muerto!...», pensó con horror Miechik. Pero Frolov movía
los dedos y volviéndose hacia él, le decía con sonrisa huesuda:
«Los muchachos... están haciendo travesuras». De repente saltó
de la cama y vio que no era Frolov el que lo miraba, sino un japo-
nés. «Es horrible...», pensó de nuevo sacudiendo todo el cuerpo,
pero Varia se inclinó hacia él y le dijo: «No tengas miedo». Ella
estaba fría y suave. Miechik se sintió aliviado. «No te enojas por-
que me despidiera un poco secamente —dijo cariñosamente—, te

amo». Ella se estrechó contra su cuerpo tibio, y de pronto todo desapareció por completo; al cabo de unos segundos, Miechik estaba ya sentado en la hierba, parpadeando, palpando el fusil. Alrededor clareaba el amanecer. A su lado iba y venía la gente, envuelta en los capotes; Kubrak, que acababa de despertarse, miraba con unos anteojos de larga vista y todos agolpados en derredor le preguntaban:

—¿Dónde?... ¿Dónde?...

Miechik, dando al fin con el fusil, fue hacia el grupo y comprendió que hablaban del enemigo, pero como él no lo veía, preguntó igual que todos:

—¿Dónde?...

—¿Qué hacéis aquí amontonados? —gritó de repente Kubrak, dándole un empujón a uno que estaba a su lado—. ¡Desplegaos en guerrilla!

Mientras bajaban de la muralla, Miechik, estirando el cuello, trataba de distinguir al enemigo.

—Pero... ¿dónde está? —le preguntó varias veces al vecino.

El otro estaba acostado sobre el vientre, y sin escucharlo se tiraba de la oreja. De repente se volvió y le insultó. Miechik no tuvo tiempo de contestarle cuando se oyó la orden:

—¡Pelotón! ¡Marchen!

Miechik sacó el fusil y, como antes, sin ver nada, enojado por lo que todos veían y él no, disparó al aire cuando oyó el «¡Fuego!». Él no sabía que más de la mitad no veía nada tampoco, pero cada uno lo ocultaba para que no se burlasen después.

—¡Fuego!... —ordenó Kubrak, y nuevamente Miechik disparó.

—¡Cómo huyen!... —gritaron alrededor, y de repente todos empezaron a hablar fuerte y sin sentido. Las caras se les pusieron alegres y excitadas.

—A ver, ¡basta! —gritaba Kubrak—. ¿Quién dispara ahí? ¿Quién gasta balas?

Preguntando, Miechik supo que se acercaba la avanzada japonesa. Muchos de aquéllos que no la habían visto llegar se reían de Miechik, jactándose de que muchos de los jinetes japoneses habían caído de sus monturas bajo los disparos de sus fusiles. En este momento se oyó el estampido sordo de un cañón, llenando con su eco la llanura. Unos cuantos hombres cayeron del susto.

Miechik se encogió como si lo hubiesen golpeado. Éste era el primer disparo de cañón que había oído en su vida. La bala fue a parar detrás de la aldea; luego se oyó el loco ladrido entrecortado de las ametralladoras y el estornudo de los disparos de armas de menor calibre. Los guerrilleros no contestaban.

Un minuto después o quizás una hora, pues era difícil contar el tiempo, Miechik comprobó que cada vez había más guerrilleros; vio a Blakánov y a Metelitsa bajando de la muralla. Blakánov llevaba unos prismáticos, a Metelitsa le temblaban las mejillas y se le hincharon mucho las narices.

—¿Estás acostado? —preguntó Blakánov, desarrugando la frente—. ¿Qué tal?

Miechik se sonrió con cara de atormentado, y haciendo un esfuerzo increíble preguntó:

—¿Dónde están nuestros caballos?

—Nuestros caballos están en la taiga, y nosotros también estaremos pronto allí; si pudiéramos contener un poco al enemigo... Nosotros no estamos mal... —agregó para alentar a Miechik—. Pero el pelotón de Dubov, que está en la llanura... ¡Ah, diablos...! —exclamó de pronto, estremeciéndose al oír una explosión cercana—. Levinson también está allí...

Y salió corriendo a un lado de las columnas, agarrando los prismáticos con ambas manos.

Cuando tuvieron que disparar la segunda vez, Miechik ya vio a los japoneses. Avanzaban en columna por entre los arbustos. Los vio tan cerca que pensó que, aunque tuviesen que huir, no podrían. Lo que él experimentaba no era miedo, sino la ansiedad torturante de esperar el fin de todo aquello. En uno de estos momentos apareció Kubrak desde no se sabe de dónde y gritó:

—¿Adónde disparas?

Miechik se volvió y comprendió que esas palabras no se dirigían a él sino a Pika, al que todavía no había visto.

Pika estaba acostado, mirando a tierra, moviendo el gatillo sin sentido, apuntando hacia un árbol que tenía por delante. Seguía disparando sin oír las palabras de Kubrak. En realidad, continuaba apretando el gatillo sin tener más balas. Kubrak le golpeó con el pie, pero Pika permaneció en la misma posición sin levantar la cabeza.

Después, todos empezaron a correr hacia un lado, al principio en desorden, después al trote. Miechik también corría, sin comprender para qué, sin ver que hasta en los momentos de mayor turbación, no todo es tan casual ni insensato, y que varios hombres, que tal vez no experimentaban lo que él, orientaban sus actos y los de quienes le rodeaban.

Cuando estuvo sentado en la silla, sin querer, empezó a buscar con los ojos quién era el que le dirigía. Adelante marchaba Levinson, pero parecía tan pequeño, y movía en forma tan rara el enorme máuser, que era difícil creer que él era la fuerza dirigente. Mientras Miechik dilucidaba esas contradicciones, silbaron de nuevo las balas; parecía que la metralleta acariciaba los cabellos y susurraba en las orejas. La cadena de gente se movió hacia adelante; cayeron unos cuantos hombres. Miechik oyó que había que disparar de nuevo.

Una de las impresiones vagas e imprecisas que le quedaron de ese día era la figura de Morozka, cabalgando sobre su potro embravecido, con las crines de fuego echadas al viento. Después supo que Morozka estaba en el número de los de la caballería que mantuvieron ligados los pelotones en los momentos de lucha.

Miechik volvió en sí al encontrarse en la taiga cuando cabalgaban por un sendero montañoso, abierto para el paso de las caballerías en retirada. Allí todo estaba oscuro y silencioso. La figura augusta de los cedros los cubría a su paso heroico con el tupido follaje de sus solemnes ramas.

III

DÍAS DIFÍCILES

Los días pasaron como la llanura de un campo bajo la fuerza poderosa y cruel de una máquina. Cada trozo se parecía al otro, como fruto de noches de insomnio y de esfuerzos inhumanos. La lanzadera infatigable de las vidas humanas iba y venía.

Escondido después de la batalla, en un barranco cubierto de helechos y plantas, Levinson revisaba los caballos. De pronto se encontró con la *Ziuchija*.

—¿Qué es esto?

—¿Qué? —preguntó Miechik.

—A ver, desensíllala, muéstreme el lomo...

Miechik aflojó la cincha con las manos temblorosas.

—Está claro, tiene lastimado el lomo —dijo Levinson con un tono como si no esperase nada bueno—. ¿O es que te crees que sólo hay que montar, sin que nadie cuide el caballo, eh?

Levinson trataba de no subir la voz, pero no lo conseguía. Estaba muy cansado. La barba se le sacudía a ratos. Entre las manos estrujaba una rama.

—Kubrak, ven aquí... ¿Con qué ojos miras tú?

Kubrak, sin pestañear, clavó la mirada en la montura de Miechik y dijo con voz sombría:

—Cuántas veces le he dicho a este zote que...

—Sí, me lo maginaba... —dijo Levinson tirando la rama. La mirada que dirigió a Miechik era fría y severa—. Vas a ir al intendente y la cambiarás por uno de los caballos de tiro hasta que la cures.

—Oiga, camarada Levinson —dijo Miechik con voz trémula y humillante, aunque la humillación que experimentaba no era porque había cuidado mal su caballo, sino porque tenía la pesada montura entre las manos—. Yo no tengo la culpa... Escuche... espere... Ahora... puede usted creerme, voy a tratarla bien...

Pero Levinson, sin escucharlo, pasó hacia el otro lado a observar el caballo siguiente.

Pasados unos días, la falta de provisiones les obligó a salir a la llanura vecina. Durante algún tiempo el destacamento anduvo errando por los innumerables caminos de Sijoté-Alín, debilitado por los combates continuos y por la tormentosa travesía.

Cada vez quedaban menos aldeas no ocupadas por el enemigo, cada pedazo de pan y cada puñado de avena se conseguían a costa de una lucha cruenta. Nuevamente se abrían las heridas, la gente se hacía más tosca, más seca, más mala y silenciosa.

Levinson tenía una fe profunda en la fuerza que los alentaba. Sabía que no era sólo el instinto de conservación lo que los conducía, sino otro instinto no menos importante que éste, que pasaba desapercibido para una mirada superficial, y aun para la mayoría de ellos, pero por el cual todos los sufrimientos, hasta la misma muerte, se justificaban: era la meta final, sin la que ninguno de ellos hubiera ido voluntariamente a morir en la taiga de Ulajín. Pero sabía también que ese profundo instinto vive en los hombres bajo el peso de las pequeñas pero innumerables necesidades y preocupaciones de cada día, bajo las exigencias de cada persona, también pequeña, pero viva. Es que todo hombre quiere comer y dormir, porque todo hombre es débil... La gente, abrumada por todos los quehaceres diarios, sintiendo su propia debilidad, parecía confiar su preocupación más elevada a esas personas más fuertes, al estilo de Levinson, Blakánov o Dubov, obligándolos a pensar más en su meta final que en la necesidad de comer y dormir, encargándoles que se la recordasen a los demás.

Levinson vivía ahora continuamente alerta. Él en persona los conducía a las batallas, comía con los soldados en un mismo plato, no dormía de noche por revisar las guardias y a los centinelas y, sin embargo, era casi el único hombre que no se había olvidado de reír. Hasta cuando hablaba con las personas de las cosas más insignificantes parecía oírse una de sus frases: «Mirad, yo también sufro como ustedes; a mí también me pueden matar mañana o puedo morirme de hambre, pero soy constante y estoy lleno de energía, y creo que la difícil situación presente no tiene importancia».

Sin embargo, cada día iban rompiéndose más los hilos invisibles que le unían con lo más íntimo de su destacamento de guerrilleros... y cada vez era menor la confianza hacia él. Tenía que

hacer verdaderos esfuerzos para imponerse. Se transformaba en una fuerza que quedaba por encima del destacamento.

Generalmente, cuando iban a pescar para poder comer, nadie quería meterse en el agua fría; mandaban a los más débiles, con frecuencia al porquero Lavruschka, hombre sin apellido, tímido y tartamudo. El agua le daba un miedo terrible. Cada vez que se metía en el río, lo hacía temblando y se persignaba. Miechik miraba con dolor su espalda cubierta de manchas terrosas, parecidas a un campo de patatas en el momento de la cosecha.

Un día Levinson lo notó.

—¡Espera...! —le dijo a Lavruschka—. ¿Por qué no te metes tú? —preguntó al muchacho que empujaba a Lavruschka.

El joven era torcido como si le hubieran quitado una parte del cuerpo. Levantó sus ojos embravecidos, de pestañas blancas, e inesperadamente dijo:

—Ve tú, prueba lo delicioso que es eso...

—Yo no iré —contestó tranquilamente Levinson—. Tengo otros asuntos que hacer, pero tú sí que irás... Sácate los pantalones... que los peces no están en la orilla.

—¡Y a mí qué! ¿Por quién me has tomado?

El muchacho dio media vuelta y lentamente se fue de la orilla. Unas cuantas decenas de ojos lo miraban apoyándolo y, a la vez, burlándose de Levinson.

—¡Qué gente más imposible! —dijo Goncharenko desabrochándose la blusa; pero se detuvo de repente al oír el grito fuerte, nunca oído, del comandante.

—¡Ven! —y el timbre de su voz se oyó fuerte y poderoso.

El muchacho se detuvo y se arrepintió de haber comenzado la disputa, pero como no quería humillarse delante de los otros, dijo de nuevo:

—Dije que no voy, y se acabó...

Levinson avanzó pesadamente, la mano puesta en el revólver, y la mirada penetrante. Sus ojos, encajados en órbitas profundas, se le hicieron extraordinariamente pequeños y punzantes.

El muchacho empezó a sacarse los pantalones, con desgana, lenta y perezosamente.

—¡Rápido! —dijo Levinson con voz amenazadora.

El muchacho lo miró de reojo, asustado. Comenzó a darse prisa; se le engancharon los pantalones y temiendo que Levinson no tomara en cuenta esta casualidad y lo matara, dijo rápido:

—Voy, voy... Este diablo no quiere salir...

Cuando Levinson observó a su derredor, vio que todos lo miraban con respeto y terror; pero en estas miradas no había aprobación. En este momento, él mismo se sintió como una fuerza hostil que estaba por encima del destacamento. Pero se hallaba dispuesto a todo; estaba convencido de que su fuerza era necesaria, imprescindible.

Desde ese día Levinson no reparó en nada con tal de obtener las provisiones o dar un día de descanso. Echaba mano de las vacas, quitaba a los campesinos parte del campo o de la huerta para alimentar a sus soldados. Pero hasta Morozka veía que eso se diferenciaba del robo de los melones en el huerto de Riabets.

...Después de una larga marcha a través de los desfiladeros de Udeguinsk, Levinson salió hacia el desfiladero de Trigóvais, cerca de una aldea de Corea, a veinte verstas de la desembocadura de Irojedze. Durante el trayecto se alimentaban exclusivamente de uvas y hongos asados al fuego. Encontraron allí a un hombre enorme, sin gorra, peludo como sus botas, con un revólver oxidado en la cintura. Levinson lo reconoció. Era el contrabandista de alcohol de la provincia de Daubijinsky, Vasíliev Stirksha.

—¡Ah! ¡Levinson! —exclamó Stirksha saludándolo con su voz resfriada. Su boca sonreía amargamente en ademán de burla—. ¿Estás vivo todavía?... Está bien... Justamente es por aquí que te andan buscando...

—¿Quién me busca?

—Los japoneses, los de Kolchak... a quienes haces mucha falta.

—A lo mejor no me encuentran... ¿No habrá por aquí algo de comer para nosotros?

—Puede ser que le encuentren —dijo Stirksha enigmáticamente—. Ellos tampoco son tontos. Tu cabeza tiene precio... En las reuniones rurales, en el ayuntamiento, en todas partes hay carteles pegados que dicen: «A quien lo traiga vivo o muerto se le recompensará».

—¡Oh!... ¿Y dan mucho?

—Quinientos rublos siberianos.

—¡Barato! —dijo sonriendo Levinson—. ¿Hay algo de comer para nosotros o no?

—El diablo lo sabe... Los mismos coreanos viven sólo de panizo. Tienen un cerdo de unos diez *puds*, y todos lo reverencian, pues creen que tiene carne para todo el invierno.

Levinson fue a buscar al dueño. El viejo coreano, con un sombrero de alambre con agujeros, temblando, empezó a suplicarle que no le tocasen el cochinito. Levinson sintió a su espalda más de ciento cincuenta bocas hambrientas, y a la vez le daba lástima el viejo, tratando de convencerlo de que no podía hacer otra cosa. El viejo no comprendía y continuaba suplicándole alargando los brazos:

—No llevar comer-comer... no llevar...

—Pegadle un tiro, da lo mismo —dijo Levinson arrugando la cara como si se tratara de fusilar al coreano y no al puerco.

El coreano se puso a llorar. Se hincó de rodillas, arrastrando la barba por el suelo, empezó a besar las piernas a Levinson. No lo hizo levantar porque temía que si lo hacía no podría contenerse y cambiaría la orden.

Miechik veía todo eso y su corazón se le oprimía de dolor. Se fue corriendo tras de la choza y se tumbó sobre la paja. Pero aun así se le aparecía la cara llorosa del viejo canoso, arrastrándose a los pies de Levinson. «¿Acaso no se puede pasar sin eso?», pensaba febrilmente Miechik, y se le aparecía toda la fila de mujiks sumisos a los cuales se le quitaba el último cacho de pan. «Esto es cruel, demasiado cruel», pensaba nuevamente y se cubría de paja.

Miechik sabía que él mismo nunca hubiera tratado así al coreano, pero, sin embargo, comió su porción de carne como todos, con mucho gusto, porque estaba hambriento.

Por la mañana temprano, Levinson se vio sitiado. Después de una batalla que duró dos horas, pasaron a la llanura de Irojedze, perdiendo más de treinta hombres. La caballería de Kolchak los perseguía pisándoles los talones. Levinson abandonó todos los caballos de carga y al mediodía llegó al camino conocido del hospital militar.

Allí sintió que casi no podía sostenerse sobre el caballo. Su corazón, después de una tensión tan increíble, le latía despacio, muy despacio; parecía que iba a extinguirse. Quiso dormir. Dejó caer

la cabeza y enseguida se encontró bien en la montura; todo le parecía sencillo y sin importancia. De pronto, se sacudió como si lo hubieran empujado de adentro, y miró... Nadie había notado que dormía. Todos veían delante de sí su figura conocida, algo encorvada. Acaso alguien pudiera suponer que estaba cansado y que, como todos, tenía ganas de dormir... «¿Me alcanzarán las fuerzas?», pensó como si se lo hubiese preguntado otro y no él mismo. Sacudió la cabeza y sintió un desagradable temblor en las rodillas.

—Bueno... pronto verás a tu mujercita —dijo Dubov hablando con Morozka cuando se acercaban al hospital.

Morozka callaba. Consideraba que este asunto había terminado, a pesar de que cada día tenía más ganas de ver a Varia. Engañándose a sí mismo, tomaba sus deseos por curiosidad natural de observador, como si quisiese saber: «¿Cómo se las apañarán ellos?». Pero cuando la vio, todo cambió a su alrededor. Varia, Stashisnki y Jarchenko estaban al lado del cobertizo, extendiendo los brazos adelante. Sin detenerse, pasó junto con su pelotón; luego anduvo largo rato dando vueltas al lado de su potro aflojándole la cincha.

Varia, buscando con los ojos a Miechik, contestaba de pasada a los saludos, sonriendo algo turbada. Miechik encontró la mirada de Varia, la saludó de lejos, se puso colorado y agachó la cabeza; temía que viniese corriendo y todos adivinaran lo que había entre ellos. Pero ella, con gran tacto, no descubrió su gran satisfacción. Miechik ató su *Ziuchija* y desapareció en el monte. Después de algunos pasos se encontró con Pika, que estaba acostado al lado de su caballo. Sus ojos parecían perderse en el vacío.

—Siéntate... —dijo en tono cansado.

Miechik se dejó caer a su lado.

—¿A dónde vamos a ir ahora?...

Miechik no le contestó.

—Ahora estaría yo pescando... —dijo pensativo Pika, y luego agregó—: Allí, en el colmenar... Los peces ahora siguen el curso de la corriente hacia la cascada... Haría una pequeña presa y pescaría... cuanto quisiera... —Quedó callado un rato y agregó con voz melancólica—: Pero ya no existe el colmenar... Ahora allí reina el silencio, y las abejas están tranquilas...

De pronto se levantó apoyándose en los codos y, agarrando a Miechik, habló con voz trémula por el dolor y la nostalgia:

—Escucha, Pavlusha... escucha, chico mío... Pavlusha... ¿Acaso no hay un lugar así?... ¿Cómo vamos a vivir, cómo vivimos, querido chiquillo, Pavlusha?... Si yo no tengo a nadie... yo solo, solo... viejo... pronto he de morir...

Sin encontrar otras palabras para expresarse, febrilmente se agarraba a la hierba y tragaba aire.

Miechik no lo miraba ni lo escuchaba, pero a cada palabra se le sacudía algo dentro, como si alguien con dedos finos le arrancase del alma, como de un tallo todavía vivo, las hojas tempranamente marchitas. «Todo eso ha terminado y no volverá nunca más...», pensaba Miechik, y sintió lástima sus propias hojas marchitas.

—Me voy a dormir... —le dijo a Pika para deshacerse de él—. Estoy cansado.

Se fue al monte y se echó bajo un árbol, olvidándose en un sueño intranquilo. De pronto se despertó, como si le hubiesen empujado. El corazón le latía apresuradamente, y la camisa, sudada, se le había pegado al cuerpo. Tras del árbol conversaban Stashisnki y Levinson. Separó cuidadosamente las ramas y miró.

—...Da lo mismo —decía Levinson con voz sombría—. Quedarse en esta región es un absurdo. El único camino que tenemos es hacia el norte, hacia la llanura de Tudo-Vaka... —Abrió la cartera y sacó un plano—. Ves... aquí se puede pasar entre los desfiladeros, bajaremos por Jaunijedza. Es lejos, cierto, pero qué le vamos a hacer...

Stashisnki no miraba el plano, pues sus ojos se perdían en la profundidad de la taiga como si midiese cada versta cubierta de sudor humano. De súbito parpadeó varias veces seguidas rápidamente con el ojo derecho, y dijo a Levinson mirándolo:

—¿Y Frolov?... Tú te olvidas otra vez...

—Sí... Frolov...

Levinson se dejó caer sobre la hierba pesadamente. Miechik vio a dos pasos el perfil pálido de Levinson.

—Desde luego, yo puedo quedarme con él... —dijo Stashisnki con voz sorda después de una pausa larga—. Al fin y al cabo, ésta es mi obligación...

—¡Sería una tontería! —repuso Levinson—. A lo más tardar mañana al mediodía estarán aquí los japoneses, siguiendo nuestras huellas frescas. ¿O es que tu obligación es dejarte matar?

—¿Qué hacer, entonces?

—No sé...

Miechik no había visto nunca en la cara de Levinson una expresión tan impotente.

—Parece que es lo único que queda... Ya pensé en esto...

Levinson calló un rato apretando los dientes.

—¿Sí?... —preguntó con ansiedad Stashisnki.

Miechik comprendió que pasaba algo malo, y se inclinó hacia adelante. Levinson quiso pronunciar en voz alta aquello que, en una palabra, era lo único que quedaba por hacer. Pero, por lo visto, le era tan difícil que quedó callado. Stashisnki lo miró extrañado... y comprendió.

Sin mirarse, temblando, con voz entrecortada y sufriendo al mismo tiempo, siguieron hablando de lo mismo, de aquello que era comprensible para los dos, pero que no podían pronunciar. Sin embargo, con una sola palabra acabarían sus tormentos.

«Lo quieren matar...», pensó Miechik, y palideció. El corazón le latió con tal fuerza que parecía que se oiría tras del follaje.

—¿Y cómo está? ¿Mal? ¿Mucho? —preguntó varias veces Levinson—. Si es que no fuese... Si es que nosotros no lo... En resumen, ¿hay acaso alguna esperanza de que se salve?

—Esperanza, ninguna... ¿Pero acaso se trata de esto?

—Sin embargo, sería más fácil —reconoció Levinson. Al instante se avergonzó de engañarse a sí mismo. En realidad, se sintió más aliviado. Después de una pausa dijo despacio—: Habrá que hacerlo hoy mismo... pero mira que nadie lo adivine, y menos él mismo... ¿Es posible?

—¡Oh! No se dará cuenta... Hay que darle bromo en vez de limón. Pero ¿no podemos dejarlo para mañana?

—¿Para qué...? Si, igualmente... —Levinson guardó el plano y se levantó—. Es necesario. ¡Qué se le va a hacer!

Y, sin querer, buscaba el apoyo del hombre al cual él mismo debía apoyar.

«Sí, es necesario...», pensó Stashisnki, pero no dijo nada.

—Escucha —empezó lentamente Levinson—, dímelo francamente: ¿estás dispuesto? Dímelo con sinceridad...

—¿Si estoy dispuesto? —dijo Stashisnki—: Sí, lo estoy.

—¡Vámonos!

Levinson le cogió del brazo y se fueron lentamente hacia la barraca.

«¿Cómo es posible que hagan eso...?» Miechik se echó a tierra con la cabeza entre las manos; quedó así acostado largo tiempo y le parecía que flotaba sobre una enorme vaciedad muerta, como en una pesadilla ante el comienzo de una batalla. Luego se levantó, agarrándose a las ramas y balanceándose como un herido. Siguió caminando tras Stashisnki y Levinson.

Los caballos desensillados volvieron hacia él sus cabezas cansadas; los guerrilleros roncaban en la explanada, algunos preparaban el rancho.

Miechik buscaba a Stashisnki y como no lo encontró, salió corriendo hacia el galpón.

Llegó a tiempo. Stashisnki estaba de espaldas a Frolov, vertiendo algo en una probeta con las manos temblorosas.

—¡Espere!... ¿qué es lo que hace? —gritó Miechik, echándose encima de él con las pupilas agrandadas por el terror—. ¡Espere! ¡Yo sé todo!...

Stashisnki se estremeció, volvió la cabeza y las manos le temblaron aún más fuertemente... De pronto se dirigió hacia Miechik, y una vena violácea se le hinchó en la frente.

—¡Fuera!... —dijo con voz sostenida—. ¡Si no te vas, te mato!...

Miechik se mordió los labios, olvidándose de sí mismo, y salió del galpón. Stashisnki se dominó y se volvió hacia Frolov.

—¿Qué... qué es eso?... —preguntó el enfermo con cierta prevención, mirando la probeta con recelo.

—Es bromo, tómatelo... —dijo Stashisnki severo e imperativo.

Las miradas de ambos se encontraron, y comprendiéndose mutuamente quedaron absortos y ensimismados, fijos en la misma idea. «Es el fin», pensó Frolov, y no se extrañó. No experimentó ni terror, ni intranquilidad, ni dolor. Todo le parecía sencillo. Hasta encontró raro que hubiese sufrido tanto tiempo y con tanta insistencia se agarrara a la vida cuando sólo le daba sufrimientos, y que tuviese miedo de la muerte cuando la muerte sería

la suprema liberación... Indeciso, pasó la mirada a su alrededor, como si buscase algo, y se detuvo en el almuerzo que tenía servido sobre un taburete. Consistía en una taza de leche que se había enfriado; las moscas volaban a su alrededor. Por primera vez en el período de su enfermedad, los ojos de Frolov miraron con expresión humana, expresión de lástima hacia sí mismo, o puede ser que hacia Stashiski. Dejó caer los párpados y cuando volvió a abrirlos su rostro estaba tranquilo, sereno.

—Si por casualidad... llegan a ir a Suchán —dijo lentamente— ...díles... que no sufran demasiado... Además... todos vendrán a parar a este sitio... ¿verdad?... Todos vendrán... —repitió, como si para él no estuviese completamente clara y demostrada la idea de la inevitable muerte de los hombres; pero era justamente esa idea la que despojaba a la muerte personal —la de él, la de Frolov— de sentido particular, único y terrible, convirtiéndola en algo habitual y propio de todos los hombres. Pensó un poco y continuó—: Allí tengo un hijito... en las minas... se llama Fedia... Que se acuerden de él cuando cambie todo... ayúdenle en algo, como puedan... Venga, dame, ¿a qué esperas?... —dijo cortando la voz.

Torciendo los labios lívidos, tiritando y parpadeando con el ojo derecho, Stashiski le acercó la probeta. Frolov lo tomó con las dos manos y lo bebió.

Miechik tropezaba con todo, se caía, se levantaba, seguía corriendo por la taiga sin fijarse por qué camino iba; perdió la gorra, y los cabellos le caían sobre los ojos como una tela de araña fina y pegajosa. En las sienes le golpeaba la sangre y a cada golpe repetía palabras consoladoras e inútiles asiéndose a ellas como si pudiesen ayudarle: ya no tenía nada más a lo que aferrarse. De pronto chocó con Varia; pegó un salto hacia atrás. Los ojos le brillaban salvajes.

—¡Y yo que te buscaba!... —dijo ella contenta, y calló al ver su aspecto enloquecido.

Él la tomó de las manos y habló desordenadamente.

—Oye... lo envenenaron... a Frolov... ¿sabes?... Ellos le...

—¿Qué?... ¿Lo envenenaron?... ¡Calla!... —gritó comprendiéndolo todo. Se acercó más, e imperiosamente le cerró la boca con la palma de la mano—. ¡Calla!... No hables... ¡Vámonos!...

—¿Adónde?... ¡Ah, déjame!... —y apretando los dientes la apartó de su lado.

Ella nuevamente lo cogió del brazo, obligándole a seguirla y repitiendo con insistencia:

—¡No hables!... Vámonos de aquí..., nos verán...; aquí andaba un muchacho como al acecho...; ¡vámonos, enseguida!

Miechik dio un tirón y escapó corriendo.

—¿Adónde vas?... Espera... —gritó ella corriendo detrás de él.

En este momento apareció Chizh tras de un árbol; ella se hizo a un lado y saltando por sobre unas matas desapareció por entre los arbustos.

—¿Qué, es que no se ha dejado? —preguntó Chizh acercándose a Miechik—. ¡A ver, a lo mejor yo tengo más suerte! —exclamó dándose una palmada en un muslo, y, como un sátiro, se lanzó en busca de Varia.

LOS CAMINOS DE LA VIDA

Morozka se había acostumbrado desde la niñez a ver que las personas como Miechik, cuando tienen sentimientos tan sencillos y pequeños como los suyos, los encubren con palabras bellas y pomposas. Ésta era la diferencia que los distinguía de las personas como Morozka, que no saben expresar sus sentimientos en forma tan perfecta como ellos. No se daba cuenta de que el fondo del asunto era en realidad ése, y no podría expresarlo con sus propias palabras. Pero sabía que entre él y esas personas existía una pared impenetrable de palabras sonoras y actos falsos.

En el memorable encuentro entre Morozka y Miechik, este último trataba de demostrar que cedía en nombre de la gratitud que le guardaba porque le había salvado la vida. La idea de que él dominaba sus bajos instintos por un hombre que no merecía ni siquiera eso le llenaba de agradable y paciente melancolía. No obstante, en el fondo de su alma, Miechik estaba descontento de sí y de Morozka. En realidad, deseaba a Morozka todo el mal posible, pero no podía causárselo por cobardía o por esa sensación de paciente melancolía que encontraba hermosa y agradable.

Morozka sabía que, justamente por esa hermosura que él no tenía, Varia prefería a Miechik, considerando que en Miechik no sólo había hermosura exterior, sino verdadera belleza de espíritu. Es por eso que cuando Morozka la vio de nuevo, involuntariamente, volvió al mismo círculo de ideas sin salida: ella, él y Miechik.

Notó que Varia andaba perdida no sabía por dónde y «seguramente —pensaba él— andaba con Miechik». Absorto en este pensamiento no podía dormirse, a pesar de que trataba de convenirse de que todo ya le era indiferente. Al menor ruido levantaba con cuidado la cabeza y miraba en la oscuridad para ver si aparecían las dos figuras que tanto le interesaban.

De pronto lo despertó un murmullo cercano. En la hoguera crepitaban las ramas húmedas; en la pendiente danzaban las sombras gigantescas de la noche; la ventana se iluminaba a ratos y se

apagaba: era alguien que encendía un fósforo. Después salió Jarchenko del cobertizo; cambió unas cuantas palabras con alguien invisible y se fue hacia la fogata.

—¿A quién buscas? —preguntó Morozka con voz ronca, y como no entendió la respuesta volvió a preguntar—: ¿Qué?

—Se murió Frolov —contestó Jarchenko con tono sombrío.

Morozka se envolvió mejor en su capote de soldado y se durmió nuevamente.

Al amanecer lo enterraron. Morozka entre otros, indiferente, cavó la fosa.

Cuando ensillaron los caballos se dieron cuenta de que Pika había desaparecido. Su pequeño caballo de nariz encorvada estaba parado lánguidamente bajo un árbol, sin desensillar. Tenía un aspecto lamentable. «Se escapó el viejo, no resistió», pensó Morozka.

—No lo busquen —dijo Levinson un poco triste, pues un dolor en el costado le atormentaba desde la mañana—. No se olviden del caballo... No, no... ¿Dónde está el intendente?... ¿Listo? ¡A los caballos!...

Suspiró profunda y gravemente, como si cargase con algo muy grande y pesado; se arrimó a su caballo y lo montó de un salto.

Nadie lamentó la ausencia de Pika. Solamente Miechik sintió con dolor su ausencia. Aunque durante el último tiempo el viejo no le hacía venir a la memoria más que tristes recuerdos, sin embargo le quedó la sensación de que con Pika se le había ido una parte de sí mismo.

El destacamento se puso en marcha por un camino tortuoso por la cresta de estas montañas donde sólo las cabras pueden brincar, bajo un frío cielo grisáceo.

A lo lejos, abajo, chorreaban algunas fuentes; a sus pies rodaban con sordo ruido las piedras por la pendiente angulosa.

Les abrazaba la taiga espinosa de hoja seca, muda, en su silencio otoñal. En el fondo del paisaje de la enramada miraban inquietos los corzos de barba canosa; cantaban las fuentes cristalinas y las gotas transparentes de rocío cubrían las hojas amarillas, tiñéndose del mismo color como amatistas titilantes. Las bestias rugían todo el día, aullaban en forma angustiada, apasionada,

insoportable. En la taiga marchita parecía sentirse el aliento poderoso de un ser grande y eterno.

El que primero notó que entre Morozka y Varia las cosas andaban mal fue el enlace Efimka, que habían mandado al pelotón de Kubrak, antes del almuerzo, con la orden siguiente: «Mantener unida la cola de la columna, para que nadie se escape».

Efimka pasó con mucho trabajo por entre la línea. Se rompió los pantalones en los arbustos espinosos y comenzó a refunfuñar. Kubrak le recomendó no preocuparse de la cola de los demás sino que conservase su picada nariz. Entre otras cosas Efimka notó que Morozka no iba al lado de Varia, y que el día anterior tampoco habían estado juntos.

Al volver se acercó a Morozka y le dijo:

—¿Qué veo? ¿Andas huyendo de tu mujer? ¿Qué os pasa, hacéis malas migas?

Morozka, enojado y algo turbado, le miró a la cara, amarilla y seca, y dijo:

—¿Si hacemos malas migas? No tenemos nada que hacer... La he dejado.

—¡La has dejado!... —Efimka calló un rato con mirada sombría como si pensase si venía al caso la palabra «dejado», cuando las relaciones entre Morozka y Varia no tenían el carácter firme de lazos de familia—. ¿Y qué? Así suele ocurrir —dijo Efimka—, es decir, eso depende de cómo le toca a uno la suerte... ¡A ver!... ¡Arre, yegua!... —y pegando un latigazo a su caballo salió al trote.

Morozka lo acompañó con la mirada fija en la blusa de lana; vio como le decía algo Levinson y después marchó con paso igual a su lado.

«¡El tipo ése... qué pena!», pensó Morozka desconsolado, y se puso muy triste al sentirse atado a algo que no lo dejaba libremente correr de un lado a otro con el mismo ánimo de Efimka. «A ellos les va bien, marchan sin ninguna preocupación, —pensó Morozka con envidia—. ¿Por qué se han de lamentar ellos? Aunque sea el mismo Levinson... Quien tiene el poder es respetado, hace lo que quiere... Así se puede vivir.» No sospechaba que a Levinson le dolía el costado, que era responsable de la muerte de Frolov, que su cabeza tenía precio y que podría separársele del tronco antes que al resto. Morozka pensaba que todos, excepto él, eran

dichosos y vivían tranquilos, sin preocupaciones. «Verdaderamente, yo no he tenido suerte en la vida...»

Todos estos pensamientos embrollados y fastidiosos, que por primera vez le nacieran al volver del hospital en un claro día de junio, cuando los campesinos se maravillaban de su manera segura de andar a caballo, volvieron a reaparecer con fuerza especial. Sobre todo aquéllos que le dominaron cuando iba por aquel campo desierto cabalgando después de la pelea con Miechik y un cuervo negro miraba triste sobre un espantapájaros... Todos estos pensamientos adquirieron en este momento una agudeza y vivacidad atormentadora. Morozka se sentía engañado y de nuevo sólo veía alrededor suyo falsedades y mentiras... Estaba seguro de que toda su vida, desde niño, había sido pesada, negra y sin sentido. Toda la sangre y sudor que él había derramado, y hasta sus propias insolencias, no eran alegría sino un trabajo de condenado que nadie apreciaría y que nunca sería recompensado.

Pensaba, con una cólera para él desconocida, triste, cansada y casi senil, que tenía ya veintisiete años y que nunca podría volver a vivir de otro modo. Tampoco veía delante de sí nada bueno. Pudiera ser que muriera cualquier día de un balazo y nadie le tendría lástima. Le parecía ahora que durante toda su vida había tratado con toda la fuerza posible e imaginable de ir por un camino nuevo que le parecía bueno y recto, por el que iban también Levinson, Blakánov, Dubov, e incluso Efimka... Pero alguien se lo impedía. Jamás se hubiera imaginado que el enemigo que le inquietaba lo tenía dentro de sí mismo. Pensaba con alegre amargura que sufría por culpa de la maldad de la gente, de Miechik, en primer término.

Después del almuerzo, cuando le daba de beber a su potro, se acercó con aspecto enigmático el mismo muchacho valentón y de cabello ensortijado que le había robado el jarro de estaño.

—¿Qué te puedo decir?... —dijo hablando rápido y guiñando el ojo izquierdo—. Esa mujer tiene el diablo en las entrañas, te lo juro, Varia, ella misma... ¡Lo que es yo, tengo buen olfato para estas cosas!

—¿Qué?... ¿Para qué cosas? —preguntó Morozka en tono grosero levantando la cabeza.

—Para las mujeres; yo las comprendo muy bien —aclaró el muchacho un poco turbado—. Aunque todavía no hay nada, que

digamos, a mí no me la pega, hermano... ¡Ella lo mira con unos ojos!... ¡Si se ve que ya no puede más!

—Y él, ¿qué? —preguntó Morozka excitado poniéndose colorado al comprender que se trataba de Miechik, olvidando que debía demostrar una completa indiferencia.

—¿Él, qué? Pues nada... —contestó el joven en tono cauto e insincero, como si todo lo que estaba diciendo no tuviese, en realidad, importancia y hablara sólo por expiar viejos pecados ante Morozka.

—Pues que les vaya bien. ¿A mí que me importa?... —dijo Morozka, añadiendo con desprecio—: Puede ser que tú también te hayas acostado con ella. ¡Yo que sé!

—¡Ésa sí que es buena! Pero si yo...

—¡Anda, vete... la madre que te...! —gritó Morozka desesperadamente—. ¡Para qué te has de meter en esas cosas, infeliz!... ¡Largo de aquí! —le dijo propinándole un inesperado puntapié en las asentaderas.

Mishka, asustado por este movimiento brusco, dio un brinco hacia un lado y al caer con sus patas traseras en un charco de agua quedó tieso un instante con las orejas alerta.

—¡Con que tú... hijo de...! —dijo el muchacho, extrañado, y con furia se echó sobre Morozka.

Se agarraron como dos tejones. *Mishka* dio media vuelta asustado por la pelea.

—¡Te voy a dar, desastrado, con tu olfato!... ¡Te voy a...! —gritaba Morozka, metiéndole puñetazos por todas partes, enfurecido porque el otro le apretaba sin dejarle mover los brazos como él quería.

—¡Eh, muchachos! —dijo una voz extrañada—. ¡Hay que ver lo que están haciendo!

De pronto dos manos grandotas, nudosas, se interpusieron entre ellos y tomándolos a ambos por el cuello, los separaron. Ellos, sin comprender lo que pasaba, volvieron a tirarse el uno sobre el otro, pero esta vez recibieron ambos un puñetazo tan formidable que Morozka fue a parar de espaldas a un tronco y el muchacho cayó sentado en el charco.

—Dame esa mano, que te ayude... —dijo Goncharenko sin ironía—. ¡La que habéis armado!

—¡Ese canalla!... ¡Matarlo aún es poco!... —gritaba Morozka tratando de arrojarle otra vez sobre el muchacho mojado y estupefacto, que, cogido de la mano que Goncharenko le había tendido, le decía algo, mientras se golpeaba el pecho.

—No, dime; pero no... dime —repetía sacudiendo la cabeza casi en sollozos—: ¿hay derecho a esto? A cualquiera... a cualquiera se le antoja meterte una patada en el trasero, y puntapié al canto... ¿hay derecho?... —Y notando que se agrupaba gente a su alrededor, gritó con voz chillona—: ¿Acaso yo tengo la culpa?... ¿Tengo la culpa de que su mujer... sea así?

Goncharenko, temiendo un escándalo, y más aún sobre lo que podría pasar con Morozka si Levinson llegaba a enterarse, dejó al muchacho chillón y agarrando del brazo a Morozka se fue con él.

—Vamos, vámonos —dijo severamente apoyándose en su brazo—. Te van a echar, hijo de perra...

Morozka comprendió, al fin, que este hombre fuerte y severo quería sinceramente su bien; dejó de resistirse y se fue con él.

—¿Qué es lo que pasó? —preguntó el alemán de ojos azules del pelotón de Metelitsa, que venía a su encuentro.

—Han cazado un oso —dijo tranquilamente Goncharenko.

—¿Un o-oso?... —preguntó el alemán abriendo los ojos extrañado y deteniéndose un rato; luego salió disparado con tal rapidez como si quisiese cazar otro oso.

Morozka por primera vez miró a Goncharenko con curiosidad y luego sonriendo dijo:

—Eres fuerte, irecristo! —y tuvo una especie de satisfacción de que Goncharenko fuese robusto, poderoso.

—¿Por qué le pegaste? —preguntó el zapador.

—Porque es un miserable... —dijo Morozka nuevamente agitado—. A ése habría que...

—A ver, a ver —interrumpió Goncharenko tranquilizándolo—. ¿Había algún motivo acaso?...

—¡Formen en columna! —gritó Blakánov de no se sabe dónde, con voz mitad chillido de adolescente y mitad voz grave de hombre.

En este momento apareció por entre unos arbustos la cabeza peluda de *Mishka* que los miró con sus ojos verdosos e inteligentes, y relinchó despacito.

—¡Eh!... —exclamó Morozka.

—Buen caballo...

—¡Daría la vida por él con gusto!... —dijo Morozka admirado, palmeándole el cuello.

—Guarda la vida para mejor oportunidad, te servirá... —Goncharenko sonrió entre su barba negra ensortijada—. Yo tengo que dar de beber a mi caballo, anda —y se fue a tranco largo hacia su caballo, moviendo los brazos hacia uno y otro lado.

Morozka lo acompañó con la mirada, lleno de curiosidad, pensando por qué antes no había prestado atención a un hombre tan extraordinario.

Luego, cuando se puso en fila con su pelotón, sin notarlo, se colocó al lado de Goncharenko. Todo el camino, hasta Jaunijedza, no se separó de él.

Varia, Stashisnki y Jarchenko estaban en el pelotón de Kurbak, casi en la cola. En los recodos de la montaña se veía todo el destacamento estirado formando columna a lo largo del camino; a la cabeza, algo encorvado, iba Levinson; tras él, Blakánov imitando inconscientemente su gesto. Varia sentía cerca de ella a Miechik; la ofensa del día anterior, cuando se encontraron, ahogaba en ella, a pesar suyo, el cálido sentimiento que experimentaba hacia él.

Desde el día en que Miechik se fue del hospital ella vivía con un solo pensamiento: volver a encontrarse con él. Ese día lo tenía relacionado con las ilusiones más profundas y secretas de su alma, que a nadie se pueden contar, pero que a la vez son tan vivas y terrenales que se las podría palpar. Se imaginaba cómo él aparecería en la cima del cerro, esbelto, guapo, rubio y un poco ruborizado. Ella sentía sobre sí su aliento, su cabello acariciado por sus dedos, y escuchaba su voz tierna llena de amor. Trataba de no recordar los malos momentos que había habido entre ellos, le parecía que no podrían repetirse. En fin, se imaginaba sus relaciones con Miechik distintas de lo que habían sido, pero en la forma como ella quisiese que fuesen; hacía esfuerzos por no pensar lo que en realidad pudiera ocurrir.

Al encontrarse con Miechik, comprendió que él estaba demasiado nervioso y excitado para dominarse, y que el hecho que lo había conmovido era muy superior a su ofensa. Sin embargo,

como el encuentro fue completamente distinto de lo que ella se imaginaba, se sentía ofendida por la actitud grosera de Miechik.

Varia comprendió por primera vez que esa grosería no era una casualidad, y que Miechik posiblemente era completamente distinto del que ella había estado esperando largos días y largas noches; pero tampoco tenía otro.

No tenía fuerza para reconocer de una vez que no era tan fácil echar a un lado lo que durante tantas noches y tantos días le había hecho sufrir y le había dado placer. Y sentía en su alma, inesperadamente, un vacío terrible. Quería pensar como si nada hubiese pasado, y que el malestar y la inquietud venían de la muerte de Frolov, que todo se arreglaría y todo iría por un buen camino, pero, sin embargo, toda la mañana pensó que Miechik no tenía derecho a ofenderla cuando ella se le acercó llena de ilusiones y de amor.

Durante todo el día, Varia experimentaba un deseo irresistible de ver a Miechik y conversar con él. Pero ni una sola vez se volvió para mirarlo, ni se le acercó en el intervalo del almuerzo. «¿Voy a correr tras de él como una chiquilla? —pensaba—. Si es que él en realidad me quiere, como me dijo, que se acerque primero; yo no le reprocharé nada. Y si no se acerca, es lo mismo, me quedará sola... Y esto se acabará así...»

Después de una parada larga, el camino se hizo más ancho y Chizh se acomodó a su lado. El día anterior no pudo alcanzarla, pero él era en estos asuntos insistente y no perdía la esperanza. Ella sintió la pierna de él a su lado y su aliento en su oreja junto con unas palabras atrevidas; pero ella, ensimismada en su pensamiento, no le escuchó.

—¿Qué le parece a usted? —insistió Chizh, que trataba a todo el sexo femenino de «usted», sin diferencia de edad, situación, ni las relaciones que tuviese con ellas—. ¿Qué, sí o no?

«...Lo comprendo todo... ¿Acaso yo le exijo algo? —pensaba Varia—. ¿Le era difícil respetarme?... Puede ser que él mismo sufra ahora y piense que yo estoy ofendida... ¿Qué pasaría si yo le hablase?... ¡Cómo!... ¿Ir yo? ¿Después de que me echara?... No, no y no... Todo quedará así...»

—¿Pero qué le pasa, querida? ¿Se ha vuelto sorda o qué? ¿Está conforme? —le preguntó.

—¿Conforme con qué? —dijo Varia, volviendo en sí—. ¡Vete a los mil demonios!

—¿Qué tal está usted? —insistía Chizh ofendido y extendiendo las manos—. Pero, querida, usted finge como si se tratara de la primera vez o fuese una muchachita...

Y, nuevamente, comenzó a susurrarle al oído, convencido de que ella escuchaba encantada, pero que se hacía rogar, de acuerdo con la costumbre femenina, para darse mayor importancia.

Caía la noche con manto oscuro, cubriendo los barrancos. Los caballos relinchaban, la niebla se espesaba entre los arbustos y lentamente se deslizaba por la llanura. Sin embargo, Miechik no se acercaba a Varia, ni por lo visto tenía pensado hacerlo. Y cuando ella se convencía de que él no vendría, sentía la angustia y el sufrimiento de sus ilusiones pasadas y más difícil aún le era separarse de él.

El destacamento descendió por una ladera, en plena oscuridad, mezclándose abigarradamente las siluetas de los caballos y las de los hombres. Dormirían esta noche en la llanura.

—Así, pues, no se olvide, preciosa querida —dijo Chizh con amable e insolente insistencia—. Haré una pequeña hoguera algo apartada. Téngalo presente...

Poco después, gritó alguien:

—¿Qué quieres decir? ¿Que dónde me meto? ¿Y a ti qué te importa?

—¿Y tú por qué te introduces en un pelotón que no es el tuyo?

—¿Quién te ha dicho que no es el mío?... Abre los ojos, tonto...

Después de una pausa breve, en la que los dos seguramente abrían los ojos, dijo con voz de culpable:

—La madre que te... ¡Tal vez sí que somos del mismo pelotón!... ¿Y Metelitsa dónde está?

Y como si hubiese borrado su falta, agregó:

—¡Metelitsa-a-a!

Más abajo, un hombre, irritado de tal modo que se le hubiese creído capaz de matarse o de matar a los demás si su demanda no fuese oída, vociferaba:

—¡A ver, fuego! ¡Haced fuego-o-o!

De pronto, en lo más hondo de la vertiente, se encendió una llama silenciosa y se destacaron las cabezas melenudas de los

caballos y las caras cansadas de las personas, entre el brillo frío de los fusiles y las cartucheras.

Stashisnki, Varia y Jarchenko se separaron para apearse.

—Ahora descansaremos y haremos fuego —dijo Goncharenko con voz alegre pero que a nadie animaba—. A ver, unas ramas... Siempre pasa lo mismo, no paramos a tiempo y después sufrimos en balde... —comentaba Jarchenko en voz alta, frotándose las manos en la hierba húmeda y sufriendo por el miedo de que le picase una víbora, y por el silencio sombrío de Stashisnki—. Recuerdo que una vez veníamos también de Suchán: ya era hora de pernoctar, hacía rato; no se veía nada a dos pasos, nosotros...

«¿Por qué está diciendo todo eso? —pensó Varia—. Suchán... iban a alguna parte... no se veía nada a dos pasos... ¿A quién le interesa todo eso ahora? Todo ha terminado, todo, y no pasará nada.» Ella quería comer, y este deseo se añadía a la sensación de un vacío insoportable que no podía llenar con nada. Estuvo a punto de llorar.

Sin embargo, después de comer y de calentarse, los tres se pusieron contentos y les pareció que ese ambiente extraño, frío y oscuro, se hacía agradable, acogedor y tibio.

—¡Ah, tú, capote mío! —decía Jarchenko con voz llena, extendiendo los bártulos en el suelo y preparándose para dormir—. En el fuego no se quema, en el agua no se hunde. ¡Si yo tuviese ahora una mujer a mi lado!... —Guiñó el ojo y se rio como si quisiese decir: «Eso es completamente imposible, pero vosotros estáis de acuerdo en que sería muy agradable»—. ¿Quisieras tú dormir con una mujer, camarada doctor? —le preguntó a Stashisnki.

—Naturalmente —contestó seriamente Stashisnki sin comprender, no oyendo las últimas palabras de Jarchenko.

«¿Por qué me habré enamorado? —pensaba Varia, sintiendo que le volvía su bondad acostumbrada al oír el crepitar de los leños en el fuego, digiriendo la cena y escuchando las palabras familiares de Jarchenko—. ¿Por qué estoy tan nerviosa si es que nada ha pasado? Seguramente el muchacho está solo, aburrido y me extraña... Y todo porque soy una tonta... Tengo que ir hacia él y todo irá como al principio.»

De pronto no quiso guardar dentro de sí mismo nada de malo, de ofensivo, ni sufrir por esto cuando todo a su alrededor estaba tan sereno. Decidió dejarlo todo de lado e ir a ver a Miechik.

«Yo no necesito nada —pensó contenta—, sólo que él me quiera y me desee, sólo que esté a mi lado... Sí, yo lo daría todo para que él cabalgue junto a mí, hable y duerma conmigo... tan guapo y tan jovencito...»

Miechik y Chizh encendieron una hoguera aparte. Les dio pereza hacerse la cena, y asaron simplemente un poco de grasa, y como comieron sin pan, se quedaron con hambre.

Miechik aún no había vuelto en sí después de la muerte de Frol y la desaparición de Pika. Todo el día andaba como si nadase entre una niebla tejida con pensamientos severos sobre la muerte y las personas, que lo separaban de los demás. Al anochecer, ese velo cayó, pero no quería ver a nadie y tenía miedo de todo.

Varia encontró su hoguera con dificultad. Todo el barranco vivía con semejantes hogueras y canciones envueltas en humo.

—¡Vaya, dónde os habéis escondido! —dijo saliendo por entre unas matas con el corazón palpitante—. ¡Buenas noches!...

Miechik se estremeció y la miró asustado, con la cabeza inclinada al fuego.

—¡Ah!... —dijo Chizh contentó—. Lo que faltaba era solamente usted. Siéntese, querida, siéntese...

Extendió su capote sobre la hierba y la invitó a que se sentase a su lado. Pero ella no aceptó. La vulgaridad acostumbrada de este hombre, que ella comprendió en cuanto trabó conocimiento con él, le chocó aún más este momento.

—Vengo a verte... Tú te has olvidado por completo de nosotros —dijo Varia con voz melodiosa que denotaba su nerviosidad, dirigiéndose a Miechik, sin ocultar que había venido exclusivamente por él—. Allí hasta Jarchenko pregunta por tu salud: «¿Cómo está aquel joven malherido? Parece que va bien». Ya no hablo por mí...

Miechik, sin responder, se encogió de hombros.

—Dígales que vivimos espléndidamente. ¿A quién se le ocurre esta pregunta? —exclamó Chizh, tomando todas las palabras de Varia como si trataran de él—. ¡Pero siéntese usted a mi lado; no hay que avergonzarse!

—No vale la pena. Vengo sólo por un rato —dijo ella, ofendida al ver que Miechik movía los hombros en señal de indiferencia—. Vosotros, por lo visto, no habéis comido nada, la cacerola está limpia... —agregó Varia sin saber qué decir.

—¿Qué? ¿Que no hemos comido? ¡Si al menos lo que dan fuese bueno!... Pero todo son porquerías...

Chizh hizo un gesto despectivo.

—¡Pero siéntese a mi lado! —y cogiéndola de un brazo, la tiró hacia él—. ¡Pero siéntese!...

Ella se dejó caer sobre el capote.

—¿Se acuerda lo que convenimos? —dijo Chizh guiñando el ojo.

—¿Qué es lo que convenimos? —preguntó ella, acordándose alarmada de algo. «¡Ah! ¡No debía haber venido!», pensó de pronto, y algo grande y pesado irrumpió en su corazón.

—Habíamos acordado... Espere un momento... —Chizh se acercó a Miechik y le dijo poniéndole la mano en la espalda—: Aunque en sociedad no debe de haber secretos, tengo que decirte...

—¡Qué secretos ni qué cuentos!... —dijo ella con sonrisa nerviosa, arreglándose los cabellos con los dedos temblorosos e indóciles.

—¿Por qué diablos te quedas ahí sentado como una marmota? —murmuró Chizh a la oreja de Miechik—. Aquí ya está todo convenido. A la muchacha le gusta hacer favores a todos... Nos aliviará a los dos... aquí mismo, y tú...

Miechik, apartándose a un lado, la miró de reojo y se puso muy colorado. «¿Qué esperabas, esto? Ya ves lo que pasa», decía la mirada ardiente de Varia.

—No, no; me voy... no —murmuró Varia cuando Chizh se dirigió a ella otra vez, como si ya le estuviera proponiendo algo vergonzoso y humillante—. No, no; me voy... —Dio un salto y se fue a paso breve y rápido, con la cabeza gacha, desapareciendo entre las sombras.

—Otra vez se nos escapó por tu culpa... ¡Idiota!... —rezongó Chizh enojado y con desprecio. Y de repente, pegó un brinco como si una fuerza violenta y misteriosa lo hubiera empujado, y salió corriendo detrás de ella.

La alcanzó después de algunos pasos, y sujetándola con una mano y agarrándola con la otra de los senos, la arrastró bajo unos arbustos.

—Pero queridita... pero chiquita...

—¡Déjame..., suéltame..., voy a gritar! —suplicaba ella, débil y casi sollozando, pero dándose cuenta de que no tenía fuerzas para gritar, y que ahora tampoco era necesario. ¿Para qué y por quién?

—¡Anda, querida! ¿Por qué no...? —le murmuraba Chizh, tapándole la boca con las manos, excitado cada vez más por su propia delicadeza.

«Es verdad, ¿para qué? ¿A quién le importa esto ahora? —pensaba ella, cansada—. Pero si éste es Chizh, pero si éste es Chizh... ¿De dónde ha salido?... ¿Por qué es él?... ¡Ay!, ¿qué más da?»

Y, realmente, todo le pareció indiferente. Sintió en el cuerpo una debilidad no desconocida y, sometiéndose a ella, sumisa, se dejó caer sobre la tierra, calentada por un aliento masculino y ardiente.

LA CARGA

—¡No me gustan los mujiks, no tienen el alma tranquila! —decía Morozka, balanceándose en la montura, en el mismo momento en que *Mishka* pisaba con las patas delanteras las hojas secas de color amarillo que alfombraban el camino—. Me acuerdo que yo iba a casa de mi abuelo... Allí tengo dos tíos míos que aran la tierra... No, no, esas gentes no me resultan simpáticas... Son otra cosa, otra cosa; la sangre es otra; avara, astuta, todos son unos cobardes... Con ellos no vamos a ninguna parte —Morozka arrancó una rama seca de un álamo blanco y, rítmicamente, al paso del caballo, se golpeaba las botas—. ¿Por qué son avaros, astutos y cobardes? —preguntó levantando la cabeza—. Si ellos mismos no tienen nada, nada. ¡Viven con el culo al aire! —Y se rio con sonrisa ingenua y con burla compasiva.

Goncharenko lo escuchaba, mirando a través de las orejas de los caballos. Sus ojos grises de mirada inteligente tenían esa expresión que suelen tener las personas que saben escuchar bien y mejor saben pensar sobre lo que han oído.

—Yo creo que si rascas en cada uno de nosotros —dijo de repente, subrayando «de nosotros», y miró a Morozka—, en mí, por ejemplo, en Dubov, en fin, en cada uno de nosotros, se puede encontrar al mujik... Se le puede encontrar —repitió convencido—. Entero, en carne y hueso, tal como el mujik es.

—¿De qué habláis? —preguntó Dubov.

—La conversación es a propósito de los mujiks. Yo digo que en cada uno de nosotros hay un mujik...

—¡Anda! —dijo Dubov en tono de duda.

—¿Acaso no es así?... Morozka tiene al abuelo en su pueblo, por ejemplo; y tú...

—Yo, querido amigo, no tengo a nadie, gracias a Dios —interrumpió Dubov—. No me gusta, lo digo francamente, esta familia... Mira a Kubrak: él es un tío que se las trae... Es obvio que no se le puede exigir a cada uno que sea inteligente. ¿Pero qué pelotón ha reunido? Desertores y desertores... ¡Qué familia!

Dubov escupió con desprecio.

Era el quinto día de viaje que el destacamento hacía en dirección de la cañada de Jaunijedza. Marchaba por el camino viejo de invierno que se extendía cubierto de hierba blanda. Aunque a ninguno de ellos le había quedado un pedazo de pan, todos estaban con un ánimo exaltado, presintiendo la proximidad de un techo y del descanso.

—¡Eh! ¿Qué te parece? —dijo Morozka, guiñándole el ojo—. Dubov es de los nuestros...

—Está bien —dijo el zapador sin desanimarse—. No importa que tú no tengas a nadie, no es ése el asunto. Yo tampoco tengo a nadie ahora... Tomemos, por ejemplo, nuestra mina... Bien es verdad que tú eres un verdadero tipo ruso... ¿Pero Morozka? No ha visto en su vida nada más que la mina...

—¿Cómo que no he visto? —protestó, ofendido, Morozka—. Yo también estuve en el frente...

—Bueno, bueno —hizo Dubov con gesto indiferente—; admitamos que no has visto nada...

—Si vuestra mina es una aldea —dijo tranquilamente Goncharenko—. En primer lugar, cada uno tiene su huerto; la mitad del año, es decir, todo el verano, lo pasan en la aldea... Los corzos andan por allí como si estuvieran en su casa... Conozco eso, estuve allí.

—¿Una aldea? —se extrañó Dubov, interrumpiéndole.

—Pues ¿qué es, si no?... Las mujeres trabajan en los huertos, la gente de los alrededores es aldeana... ¿Acaso eso no tiene influencia?... ¡Ya lo creo que la tiene!... —El minador cortó el aire con la mano entreabierta, como solía hacer habitualmente.

—Influye... naturalmente —dijo inseguro Dubov, pensando si en eso no había nada vergonzoso para la «tribu del carbón».

—Y bien, tomemos ahora la ciudad. ¿Son grandes nuestras ciudades? ¿Hay muchas, acaso? Una, dos y se acabó... En mil verstas a la redonda, todo son aldeas y aldeas... ¿No influye?

—Espera, espera —dijo confundido Dubov—. ¿En mil verstas a la redonda?... ¿Que sólo hay aldeas?... Bueno, sí... ¿influye?

—Y así resulta que en cada uno de nosotros hay un grano de mujik —dijo Goncharenko volviendo al punto de partida y terminando seguro de haber refutado lo que decían los demás.

—¡Qué tío! —exclamó admirado Morozka, que observaba desde el momento que intervino Dubov, con interés de ver cómo demostraba cada uno su habilidad en la discusión—. Te batió, ¿eh? Te ha dejado sin poder contestar siquiera...

—Todo lo dije porque —aclaró Goncharenko sin dejar hablar a Dubov— no hay por qué enorgullecerse delante del mujik, ni Morozka tampoco. Sin el mujik tampoco nosotros vamos a ninguna parte... —Balanceó la cabeza y quedó callado. Por lo visto todo lo que agregó Dubov no pudo vencerle.

«Es inteligente este tío», pensaba Morozka mirándole cada vez con mayor respeto.

—No hay vuelta de hoja —dijo en voz alta.

Morozka sabía que Goncharenko, como todas las personas, podía equivocarse y cometer una injusticia. Morozka, en particular, no sentía esa carga de mujik de la cual hablaba tan seguro Goncharenko. Sin embargo, él tenía más fe en el zapador que en cualquier otro. Goncharenko era «de los suyos», «podía comprender», «se daba cuenta», y además no un charlatán ni un hombre ocioso. Sus grandes manos nudosas estaban sedientas de trabajo, que lo sabía cumplir lentamente a primera vista, pero con seguridad, porque cada uno de sus movimientos era preciso y bien ordenado.

Las relaciones de Morozka y Goncharenko llegaron a la primera etapa amistosa que los guerrilleros suelen definir así: «dormir bajo un mismo capote», «comer en la misma gamella».

De tanto andar diariamente con él, Morozka empezó a pensar que él mismo era un buen guerrillero: su caballo estaba a punto, las riendas en orden, el fusil siempre limpio y brillante como un espejo. En las batallas era el primero y el más seguro, y por eso los compañeros lo querían y lo respetaban. Al pensar así, sin darse cuenta, se acostumbró a la existencia sana y con sentido que llevaba Goncharenko.

—¡Al-to-o!... —gritaron en la cabeza de la columna. El grito se transmitió por toda la línea. Cuando los primeros ya estaban parados, los de atrás seguían empujando aún, y hubo un momento de desorden.

—¡Eh!... ¡Llaman a Metelitsa!...

Nuevamente el grito se transmitió por la columna. Al cabo de unos segundos, encorvado como un buitre, pasó Metelitsa a la carrera. Todo el destacamento lo acompañó con la mirada, mientras pasaba veloz sobre su caballo brioso. En cada una de las miradas brillaba una chispa de orgullo inconsciente.

—Iré yo también para saber lo que pasa... —dijo Dubov.

Poco después volvió irritado, tratando de no demostrarlo.

—Metelitsa va a explorar el camino. Pasaremos aquí la noche —dijo con voz fría y opaca.

—¡Cómo! ¿Sin comer nada? ¿En qué piensan?... —gritaron alrededor.

—A esto se le llama descanso...

—¡Es para llamarle cualquier cosa, y mentar a la madre de Dios! —soltó Morozka.

Los de adelante se apeaban y rompían filas.

Levinson decidió pasar la noche en la taiga, pues no estaba seguro de que el camino estuviese libre de enemigos. Sin embargo tenía la esperanza de que aunque el enemigo se encontrara por allí conseguiría, después de haber explorado los alrededores, seguir adelante hasta el valle Tudo-Vaka, rico en caballos y pan.

Durante toda la marcha le atormentaba un dolor en el costado que, en vez de disminuir, crecía haciéndose a veces insoportable. Sabía que ese dolor era resultado de una larga fatiga y que se podría curar sólo con descanso y buena alimentación. Pero no ignoraba tampoco que debía aún pasar mucho tiempo antes de tener esta posibilidad. Y se acomodó a su nueva situación, tratando de convencerse de que «esa enfermedad era una tontería» y que ese dolor lo tenía siempre y, por lo tanto, no debía impedirle el cumplimiento de su misión, que él consideraba ineludible.

—A mi juicio, hay que seguir la marcha... —repetía por cuarta vez Kubrak sin escuchar lo que decía el jefe; se manifestaba con la insistencia de un hombre que no quiere saber más que tiene hambre y desea acallarla.

—Bueno, si es que tienes tanta impaciencia, ve solo... Deja un sustituto y vete. Pero poner en peligro a todo el destacamento sin saber..., ¡ide ninguna manera!

Levinson hablaba como si Kubrak pensase conducir el destacamento a un peligro muy cercano.

—Oye, hermano, sería mejor que prepararas una patrulla de guardia —agregó obviando una nueva observación de Kubrak. Pero viendo que el otro se preparaba a insistir, arrugó el ceño y preguntó severamente—: ¿Qué?...

Kubrak parpadeó y levantó la cabeza.

—Coloca delante, en el camino, un piquete de guardia a caballo —continuó Levinson, con leve ironía en la voz—. Y atrás, a media versta, pon una guardia a pie. Lo mejor es que se sitúen en la orilla del arroyo que atravesamos. ¿Comprendes?

—Comprendo —contestó Kubrak con voz sombría, extrañado de soltar palabras completamente distintas de las que se había propuesto decir. «¡Que diablo de hombre!», pensó al alejarse, cubriendo inconscientemente de respeto el odio hacia él y de compasión hacia sí mismo.

De noche, al despertarse, Levinson se acordó de la conversación con Kubrak. Tomó un cigarrillo y se fue a revisar los piquetes de guardia. Tratando de no pisar los capotes de los soldados que dormían, pasó por entre las brasas de las hogueras que estaban apagándose. La fogata de la derecha ardía más vivamente que las demás; a su lado estaba sentado en cuclillas un centinela calentándose las manos. Por lo visto se había olvidado por completo de lo que hacía. Su gorra de piel de cordero estaba echaba hacia atrás. Los ojos miraban pensativos. Los labios sonreían levemente con ingenuidad infantil. «¡Qué bien!», se dijo Levinson. Y, con estas palabras, quiso expresar el sentimiento vago, severo, pero lleno de admiración al ver estas hogueras azules, humeantes, y al centinela sonriente.

Se fue aún más despacio y con más cuidado, no para pasar desapercibido, sino para no asustar al centinela y borrarle la sonrisa de sus labios. El centinela no lo notó y seguía sonriendo mirando el fuego. Seguramente ese fuego y el rumor imponente de la taiga le hacían recordar las noches de su infancia: el prado cubierto de rocío, el canto lejano de los gallos, el pataleo de un tropel de caballos, la llamarada viva de unos ojos infantiles, admirados, oyendo un cuento extraño...

Apenas Levinson se separó del campamento lo envolvieron las sombras húmedas de la noche. Se sentía olor a hongos y a madera podrida. Los pies se le hundían en algo blando pero resistente.

«¡Qué miedo!», pensó mirando a su alrededor. Detrás ya no se veía el resplandor dorado de las hogueras. Parecía que la oscuridad se había tragado al campamento, junto con el centinela sonriente. Levinson suspiró y siguió adelante con paso alegre.

Luego sintió el murmullo del arroyo. Se detuvo escuchando el silencio nocturno, y sonriendo se fue a paso rápido tratando de que sus pisadas no se oyesen.

—¡Alto!... ¿Quién vive?... —gritó una voz cortando el aire.

Levinson reconoció a Miechik, y fue hacia él sin contestar. En el silencio se oyó el ruido metálico del cerrojo del fusil que, atascándose, chirrió quejumbrosamente; luego la nerviosidad de unas manos que introducían un cartucho en la recámara.

—Hay que engrasarlo más a menudo —dijo Levinson en tono burlón.

—¡Ah!, ¿es usted? —exclamó con alivio Miechik—. No, no estaba descuidado...; no sé, algo me ha pasado con el fusil... —y, turbado, miró al comandante y bajó el fusil olvidándose de cerrarlo.

Miechik había caído de centinela en el tercer turno, a media noche. No transcurrió aún media hora cuando oyó en el césped los pasos rápidos de Levinson; a Miechik le parecía que hacía muchísimo tiempo que se encontraba allí. Estaba solo con sus pensamientos en un mundo enemigo, donde todo se movía con cuidado y con astucia.

En realidad, le preocupaba todo el tiempo una sola idea: no sabía dónde y cuándo le había nacido, pero continuamente le volvía a la mente. No se la comunicaría a nadie, estaba persuadido de que era algo feo y vergonzoso, pero sabía también que no se separaría de ella; al contrario, trataría con todas las fuerzas de cumplirla. Era lo último y lo único que le quedaba.

La idea se reducía a huir en cualquier forma, lo más pronto posible, del destacamento.

Su vida anterior en la ciudad, que antes le parecía tan aburrida y monótona, ahora, cuando pensaba en ella y en la posibilidad de hacer de nuevo la misma vida, encontraba que era la única, la mejor de todas las felicidades.

Al ver a Levinson, Miechik quedó turbado, no porque el fusil no estuviese en orden, sino porque se sintió sorprendido en sus pensamientos.

—¡Vaya guerrero! —dijo Levinson bondadosamente. Después de contemplar al centinela sonriente, no quería enfadarse con nadie—. ¿No tienes miedo aquí?

—No... ¿Por qué? —dijo Miechik turbado—. Ya estoy acostumbrado.

—Lo que es yo, no puedo habituarme —dijo sonriendo Levinson—. Por más que ando solo día y noche, todo me da miedo... ¿Y qué, todo tranquilo por aquí?

—Calma completa —respondió Miechik, mirándolo con cierta extrañeza y timidez.

—No es nada. Pronto vas a estar más aliviado —dijo Levinson, como si contestase no a las palabras, sino a los pensamientos de Miechik—. En cuanto lleguemos a Tudo-Vaka, ya estaremos mejor... ¿Fumas? ¿No?

—No, no fumo... A veces lo hago por divertirme —agregó apresuradamente al recordar la tabaquera que le había regalado Varia, seguro de que Levinson debía conocer ese cuento.

—¿No te aburres sin fumar? «El tabaco es una gran cosa», como diría Kanunnikov, que era un buen guerrillero de nuestro destacamento. No sé si pudo llegar a la ciudad...

—¿Y para qué fue allá? —preguntó Miechik, y el corazón le latió apresuradamente ante un pensamiento vago e impreciso.

—Lo mandé con un informe. El momento es muy difícil, y en el informe se da una explicación detallada de nuestra situación.

—Entonces se puede mandar a otro —dijo Miechik con voz artificial, tratando de aparentar que en sus palabras no había nada de particular—. ¿No piensa mandar a nadie?

—¿Por qué? —preguntó Levinson algo desconfiado.

—Por nada... Si es que piensa mandar a alguien, yo puedo ir... Conozco todo aquello...

De repente a Miechik le pareció que había ido demasiado lejos y que Levinson había comprendido todo.

—No, no pienso... —dijo Levinson reflexionando—. ¿Qué es lo que tienes tú allí, parientes?

—No, yo trabajaba allí... Quiero decir, tengo allí parientes, pero no lo decía por eso... Usted puede confiar en mí; cuando yo trabajaba en la ciudad precisamente con frecuencia transmitía mensajes secretos.

—¿Con quién trabajabas?

—Trabajaba con los maximalistas, pues entonces creía que era lo mismo...

—¿Cómo lo mismo?

—Sí, trabajar con cualquiera que fuese...

—¿Y ahora?

—Pues, ahora, estoy algo desorientado —dijo lentamente, no sabiendo aún qué se esperaba de él.

—Bien... —dijo Levinson como si eso fuera lo que quería saber—. No, no pienso..., no pienso mandar —repitió de nuevo.

—¿No sabe usted por qué le hablo de esto?... —comenzó Miechik con inesperada nerviosidad y voz temblorosa—. No piense mal de mí, creyendo que le oculto algo... Voy a ser con usted completamente sincero...

«Ahora se lo voy a decir todo», pensó Miechik, sin saber si hacía mal o bien.

—Yo le hablé de esto, además, porque a mí me parece que no sirvo para nada y que soy un guerrillero innecesario y que sería mejor que usted me licenciase... No crea que tengo miedo y que le oculto algo. No. Es que, a decir verdad, no sé hacer nada y no comprendo nada... Aquí no puedo trabar amistad con nadie, nadie me apoya. ¿Acaso tengo yo la culpa? Me acerqué a todos con el alma abierta, pero siempre me estrellaba contra alguna grosería, o una burla, a pesar de que yo también participé en las batallas y fui herido gravemente, usted lo sabe... Ahora no creo a nadie; sé que si fuese más fuerte me escucharían y hasta me tendrían miedo, porque aquí cada uno tiene solamente en cuenta eso, cada uno piensa solamente en eso, en llenarse el estómago aunque sea robándole a su compañero... De lo demás nadie se preocupa... A mí, a veces, me parece que si ellos cayeran en manos de Kolchak, aunque fuera mañana, le servirían fielmente y fusilarían a quien se les pusiera delante..., pero yo no puedo, yo no puedo hacer lo mismo...

Miechik sintió como si con cada palabra se le cayera el velo que llevase puesto. Cada palabra le salía con tanta facilidad que lo dejaba aliviado. Quería hablar más y más; ahora ya le era indiferente la actitud que tomase Levinson.

«Ésta sí que es buena... ¡vaya lío!», pensó Levinson escuchándolo con curiosidad creciente y prestando atención a lo que palpataba por debajo de las palabras de Miechik.

—¡Basta! —dijo Levinson al fin, tomándolo de la manga. Miechik sintió cómo se clavaban en él los ojos grandes y oscuros de Levinson—. Chico, lo que dijiste es demasiado grave para echarlo en saco roto... Por el momento detengámonos aquí, tomando lo que haya de más importante... Tú dices que cada uno se ocupa solamente de llenar la panza...

—¡Oh, no! —exclamó Miechik. Le pareció que lo más importante de sus palabras era justamente otra cosa: que vivía mal, que todos le ofendían injustamente y que él hacía muy bien en decirlo sinceramente.

—Yo quería decir...

—No... espera, ahora voy a hablar yo —le interrumpió delicadamente Levinson—. Tú dijiste que cada uno aquí piensa sólo en hartarse y que si cayéramos en manos de Kolchak...

—No, yo no quise de ningún modo referirme a usted... ¡No!...

—Es lo mismo... Si ellos cayeran en manos del enemigo, ¿crees acaso que cumplirían lo que les ordenara Kolchak? Estás en un error. Eso no es cierto...

Levinson comenzó a explicarle. Cuanto más hablaba, comprendía con más claridad que perdía el tiempo inútilmente. Por las fragmentarias observaciones que hacía Miechik, advirtió que había que hablar con él de otras cosas más básicas y elementales, que él había adquirido con esfuerzo pero que ahora eran sangre de su sangre. Pero ahora era imposible hablar detenidamente de ellos porque cada minuto, en estos instantes, exigía que la gente actuase consciente y decididamente.

—¿Qué hacer contigo? —dijo él al fin con severidad y bondad compasiva al mismo tiempo—. Haz lo que quieras. ¿Adónde vas a ir? No lo sabes. Sería una tontería. Te matarían por ahí y eso es todo... Piensa bien lo que te dije, que no te hará mal...

—No pienso más que en eso —dijo Miechik sordamente. La nerviosidad que lo obligó a hablar sin freno, con atrevimiento, le abandonó de súbito.

—Y sobre todo no consideres a tus camaradas peores que tú mismo. No son peores, puedes estar seguro de ello...

Levinson sacó la petaca, y empezó a liar un cigarrillo.

Miechik, abatido, melancólico, le observaba.

—En espera de lo que pueda ocurrir, harías bien cerrando el cerrojo del fusil —dijo de pronto Levinson, que durante todo el tiempo de la conversación no había perdido de vista el cerrojo—. Ya es tiempo de acostumbrarse a pensar que no estamos en casa.

Encendió un fósforo y por un instante aparecieron en la oscuridad sus párpados entreabiertos, con pestañas largas, las aletas finas de su nariz y su barba rojiza.

—¿Y qué tal, cómo está tu yegua? ¿Sigues montando en ella?

—Sí...

—Escucha: mañana te daré a *Nivka*, ¿sabes? Era el caballo de Pika... La *Ziuchija* se la daremos al intendente. ¿Te place la cosa?

—No está mal —respondió tristemente Miechik.

«¡Qué tío más imposible!», pensó luego Levinson mientras caminaba con cuidado por el césped blanco, haciendo brillar con frecuencia el cigarrillo. Levinson quedó algo interesado por la conversación. Pensaba que Miechik era débil, perezoso y sin voluntad, y que era una lástima que en el país nacieran personas como él, inservibles e innecesarias. Apresuró el paso y echó unas cuantas bocanadas seguidas. «Eso ocurre, naturalmente, en nuestra tierra —pensaba Levinson—, en nuestro país, donde millones de hombres viven, desde hace muchos siglos, al ritmo lento y perezoso del sol, en la suciedad y en la pobreza; labran la tierra con arados primitivos: creen en un dios malvado y tonto... Precisamente en una tierra así sólo pueden crecer hombres tan indolentes y abúlicos, nulidades como ésta...»

Y Levinson se conmovía porque todo aquello en que pensaba era lo más profundo e importante en que se podía pensar; porque en la superación de toda aquella escasez y pobreza radicaba el sentido fundamental de su propia vida; porque no habría existido ningún Levinson, sino que habría existido otro cualquiera, de no vivir en él una sed inmensa, con la que no podía compararse ningún otro deseo, de que existiera un hombre nuevo, excelente, fuerte y bueno. Pero ¿cómo hablar de un hombre nuevo y excelente, mientras muchos millones se ven obligados a llevar una existencia primitiva y miserable, de una inaudita estrechez?

«¿Es posible que yo también haya sido alguna vez como él?», se dijo Levinson pensando en Miechik. Trató de recordar su niñez y su juventud. Pero lo consiguió difícilmente; pesaban muy profundamente los sedimentos de sus últimos años, en los que se había transformado en ese Levinson que todos conocían como el hombre que estaba siempre a la vanguardia.

Pudo recordar solamente una vieja fotografía familiar donde un esmirriado niño hebreo, con los ojos abiertos e ingenuos y una blusita negra, miraba con insistencia poco infantil el lugar de donde, según le habían dicho, debía salir un lindo pajarillo.

El pajarillo no salió y él recordaba que casi lloró de desilusión. ¡Cuántas veces tuvo que desilusionarse todavía!

Y cuando realmente se convenció de ello, comprendió cuán perniciosas son para la gente las fábulas de los bonitos pajarillos, de los pajarillos que deben salir volando de algún sitio, y a los cuales muchos esperan inútilmente toda su vida... ¡No; él ya no necesitaba tales pajarillos! Ahogó en sí implacablemente la irreal y dulce nostalgia por ellos, todo lo que quedaba en herencia de las generaciones periclitadas, educadas con las falsas fábulas de los lindos pajarillos... «Verlo todo tal como es, para transformar lo existente, aproximarse a lo que nace y a lo que debe ser»: he aquí la conclusión, sencilla y nada fácil, a que llegó.

«...No, yo, sin embargo, era mucho más valiente que él. Yo era un muchacho fuerte —pensó con inexplicable alegría... con alegría que nadie hubiera podido comprender ni sospechar en él—. Yo, no solamente deseaba mucho, sino que podía mucho; he ahí la cuestión...» Andaba sin fijarse en el camino. Las ramas humedecidas por el rocío nocturno le refrescaban el rostro; sentía el aflujo de una fuerza extraordinaria que lo empujaba con fuerza irresistible, como si le levantase sobre su propia envoltura (¿no sería hacia el hombre nuevo, que él deseaba con toda su alma?), y con esa elevación humana, terrenal y extensa, dominaba sus achaques, el débil cuerpo suyo...

Cuando salió de la taiga y vio de nuevo el campamento, las hogueras ya se habían apagado y el centinela ya no sonreía. Se oía que alguien andaba limpiando un caballo, y calladamente refunfuñaba. Levinson se acercó a su hoguera, casi extinguida. Al lado, envuelto en su capote, dormía con sueño tranquilo su ayudante

Blakánov. Echó unas cuantas ramas sobre el rescoldo, y sopló para que se encendiesen. Por la fuerte tensión se desvaneció un poco. Blakánov, en sueños, sintió el alegre calorcillo que daban las llamas y se volvió. Su rostro estaba descubierto. Los labios entreabiertos como la boca de los niños cuando duermen, la gorra apretada a las sienes, con la visera en alto. Parecía un ternero grande y satisfecho. Contemplándolo, Levinson se sonrió cariñosamente. Después de la conversación con Miechik, no sabía por qué, pero le causó suma satisfacción mirar la cabeza sana de Blakánov.

Luego se acostó a su lado, y apenas cerró los ojos, quedó ingravido, flotando en regiones desconocidas, sin sentir su cuerpo, hasta que quedó sumergido de repente en la negrura sin límite.

TERCERA PARTE

I

LA DESCUBIERTA DE METELITSA

Al enviar a Metelitsa de descubierta, Levinson le ordenó que a toda costa volviese la misma noche. La aldea a la cual había sido mandado, en realidad, quedaba mucho más lejos de lo que se imaginaba Levinson. Metelitsa dejó el destacamento cerca de las cuatro de la tarde. Encorvado sobre el caballo, como un ave de rapiña, abría con alegría y sensualidad las aletas finas de su nariz aguilena, como si se embriagase en loca carrera después de cinco días de viaje lento y aburrido. Tras él corría la taiga otoñal, con el suspiro de sus hojas amarillas y el murmullo de sus hierbas secas, envuelta en la luz fría y triste de la tarde moribunda. Cuando ya había oscurecido completamente, Metelitsa salió al fin de la espesura del bosque, detuvo su caballo al lado de una choza vieja con el techo caído, olvidada por las gentes.

Ató el caballo a un tronco. Entró en la choza, y por poco no cae en un agujero del cual salía un olor terrible a madera podrida y a paja mojada. Apoyado en la punta de sus pies, estuvo parado unos diez minutos sin moverse, sin estremecerse, escuchando el silencio de la noche. Ante él se extendía una llanura sombría con las manchas oscuras de unos bosquecillos que se perdían en el fondo de un cielo estrellado y poco hospitalario. Montó nuevamente el caballo y salió trotando. Las huellas apenas se marcaban en el césped crecido del camino. Los troncos finos de los abedules blanqueaban con luz suave en la oscuridad, como velas apagadas.

Subió por la colina; a la izquierda se veía una cadena de volcanes encorvados, semejante a la espina dorsal de un animal gigantesco. Más allá murmuraba la corriente de un río.

A dos verstas, poco más o menos, ardía una hoguera. Eso le hizo recordar la orfandad solitaria de la vida pastoril; más allá, atravesando el camino, se extendían las luces amarillas de la aldea. La cadena de volcanes se extendía hacia la derecha y se perdía en la oscuridad; en este lugar, el terreno sufría un gran declive.

Seguramente allí había un enorme barranco. A sus costados ennegrecía un bosque sombrío.

«Allí debe de haber terreno pantanoso», pensó Metelitsa, y sintió frío; tenía la camiseta desabrochada y la chaqueta de cuero sin botones. Decidió ir primero hacia la hoguera.

Por si acaso, sacó el revólver de la funda y se lo puso en el cinturón. De este modo daba la impresión de que no llevaba fusil, y parecía un mujik que venía del campo; después de la guerra con Alemania, muchos campesinos solían andar así.

Se acercó a la hoguera. De pronto se oyó en la oscuridad el relinchar alarmante de un caballo. El potro salió disparado, sacudiendo su cuerpo magnífico. En este instante se vio la sombra de un hombre detrás del fuego. Metelitsa tiró con fuerza las riendas del caballo; el potro levantó las patas delanteras.

Al lado de la hoguera estaba parado un chiquillo delgado, de cabellos negros, con los ojillos asustados, teniendo en una mano un látigo y la otra, perdida en una manga ancha, levantada como si quisiese defenderse. El muchachito llevaba alpargatas y tenía los pantalones rotos; se cubría con una chaqueta desmesuradamente grande, atada a la cintura por un cinturón de cañamo trenzado.

Metelitsa detuvo bruscamente su potro ante las propias narices del chiquillo. Casi lo aplastó. Quiso gritarle algo en tono grosero y altanero, pero al ver delante de sí los ojos asustados del zagal, la manga ancha, los pantaloncitos que dejaban ver las rodillas y el enorme chaquetón, del cual salía su cuello delgado de niño, quedó algo turbado.

—¿Qué haces ahí de pie? ¿Te asustaste?... ¡Vaya pájaro! ¡Está quieto, y no se mueve!... ¿Y si te hubiese aplastado?... ¡Ay, qué tonto! —añadió viendo que delante del pequeño y de todos sus harapos se volvía también un chiquillo.

El muchacho, asustado, no lograba responder; luego bajó el brazo, y dijo, ruborizándose, en tono serio, tratando de hablar como una persona mayor:

—¿Por qué te me echaste encima volando como un loco? ¡Cómo no me iba a asustar!... Yo tengo aquí mis caballos...

—¿Caballos? —dijo sonriendo Metelitsa—. ¡Estás de broma!

Metelitsa colocó las manos en la cintura echando el cuerpo hacia atrás, observando al chiquillo con los ojos medio cerrados. De pronto se rio tan fuerte y con un timbre tan sincero y tan bondadoso que hasta se admiró que le hubiesen podido salir sonidos semejantes.

El muchacho, desconcertado e incrédulo, se metió los dedos en la nariz y comprendió que no había nada de terrible, y que, por el contrario, resultaba todo muy divertido; arrugó la frente de tal modo que la nariz se le alzó llena de mocos. Por lo inesperado del cuadro, Metelitsa volvió a reírse con una carcajada aún más estrepitosa. El chico se rio también, y así pasaron algunos minutos. Metelitsa se balanceaba sobre su caballo, mostrando sus espléndidos dientes que brillaban al reflejo de las llamas de la hoguera. El pequeño, tumbado en el suelo, apoyado con los manos en tierra, se echaba hacia atrás a cada carcajada.

—¡Cómo me has hecho reír, tunante! —dijo Metelitsa sacando los pies de los estribos—. Eres un tío con todas las de la ley —y saltó a tierra, acercando las manos al fuego.

El muchachito dejó de reírse y lo miraba extrañado y alegre al mismo tiempo, como si aguardase de él las cosas más inesperadas y estupendas.

—¡Qué divertido es usted! ¡Qué diablo de hombre! —dijo, al fin, claramente, como si hubiera hecho el resumen de sus observaciones.

—¿Yo? —preguntó sonriendo Metelitsa—. ¡Yo, divertido!

—La verdad, me asusté un poco —confesó el muchacho—. Los caballos están por allí mientras estoy asando las patatas...

—¿Patatas? ¡Eso sí que es bueno! —Metelitsa se sentó a su lado sin dejar las riendas de la mano—. ¿De dónde las sacas?

—Por allí... Hay muchas, todo está lleno de patatas...

Y el chiquillo indicaba los alrededores.

—¿Qué haces, las robas?

—Naturalmente que las robo... Deja que te tenga el caballo... ¿o es un potro?... Yo no lo voy a soltar, no tengas miedo... ¿Sabes que tienes un buen caballo? —dijo contemplándolo con mirada experta—. ¿Y tú de dónde vienes así tan de sopetón?

—No está mal el caballejo —contestó asintiendo Metelitsa—. ¿Y tú de dónde eres?

—De allá —contestó el chico señalando hacia las hogueras lejanas—. Mi aldea es Jaunijedza... Hay ciento veinte casas, grandes como mi puño —dijo repitiendo la frase de alguien, y escupió.

—¡Ah! Yo soy de Vorobiovka, que está detrás de las montañas. Puede ser que hayas oído hablar de mi pueblo.

—¿De Vorobiovka? Debe estar lejos eso...

—Sí, muy lejos.

—¿Y para qué viniste por aquí?

—¿Cómo decirte?... Es muy largo de contar... Pienso comprar caballos... Dices que aquí hay muchos. Yo adoro los caballos —dijo Metelitsa con malicia—; toda la vida he cuidado caballos, pero los de los otros...

—¿Acaso piensas que estos son míos? Son de mi amo...

El muchacho, sacando de la manga su manita delgada y sucia, empezó a escarbar las cenizas con un palo para sacar las patatas cocidas.

—¿Quizá quieres comer? —le dijo—. Tengo pan; poco, pero...

—Gracias, acabo de hartarme, estoy lleno hasta aquí... —y Metelitsa señaló el cuello como si todavía sintiese gusto a comida. En realidad, estaba hambriento.

El chico sacó las patatas del fuego, las sopló un rato, las metió en la boca sin mondarlas y comenzó a masticar con apetito, moviendo las orejas puntiagudas. Cuando acabó, miró a Metelitsa con la misma expresión que cuando dijo extrañado que era un hombre divertido, y agregó:

—Yo soy huérfano hace ya medio año. A mi padre los cosacos lo mataron a golpes, a mi madre la violaron y la azotaron, a mi hermana también...

—¿Los cosacos? —preguntó bruscamente Metelitsa.

—¿Y quiénes iban a ser, pues? Pegaban hasta más no poder, incendiaron la casa y el pajar, no solamente la nuestra, unas doce... Vienen cada mes. Ahora están allí unos cuarenta hombres, y en el pueblo vecino, en Rakitnoe, hay desde el verano todo un regimiento. ¡Qué malos son! ¡Cómo pegan!... Toma una patata, hombre...

—¿Cómo es que no huísteis? Allí tenéis un bosque enorme...

—¿Y qué con el bosque? Uno no se va a pasar todo un siglo en el bosque. Además allí la tierra es tan pantanosa que después de entrar, no hay manera de salir.

«¡Lo sabía!», pensó Metelitsa recordando sus sospechas.

—Oye —dijo levantándose—. Cuida mi caballo, yo me acercaré a pie hasta la aldea. Veo que aquí no hay nada que comprar...

—¿Volverás pronto? ¡Quédate un rato más!... —dijo el pastorcito entristecido, levantándose también—. Uno solo se aburre aquí —agregó con voz lastimera mirando a Metelitsa con sus ojos grandes, suplicantes y húmedos.

—No puedo, querido —exclamó Metelitsa—. Para explorar, hay que ir durante la noche... Volveré pronto. ¿Dónde vive el jefe de ellos?

El muchacho le explicó cómo debía encontrar la isba en que paraba el jefe del regimiento.

—¿Hay muchos perros en la aldea?

—Perros hay de sobra, pero no son malos.

Metelitsa ató el caballo, se despidió, y se fue por el sendero de la orilla del río.

El pequeño lo miró entristecido mientras se alejaba, hasta que se perdió entre las sombras.

Al cabo de media hora, Metelitsa llegó a la entrada de la aldea. El camino doblaba a la derecha, pero él, de acuerdo con las indicaciones del pastorcito, siguió a la izquierda, atravesando los terrenos que rodeaban las huertas de los mujiks. La aldea dormía. Las luces se habían apagado y apenas se veían los techos de paja de las isbas en medio de los jardines desiertos y silenciosos bajo la luz pálida de las estrellas. De las huertas venía un olor a tierra húmeda recién removida.

Metelitsa pasó de largo dos callejuelas y se internó en la tercera. Los perros le acompañaban con un ladrido perezoso y ronco como si ellos mismos estuviesen asustados, pero nadie salió para ver quién pasaba. Por lo visto, allí estaban acostumbrados a que anduvieran por sus caminos gentes desconocidas. No se veía a nadie, ni siquiera parejas de novios que justamente en el otoño suelen pasearse antes del casamiento. Durante ese otoño, bajo la sombra de los setos, nadie hablaba de amor.

Metelitsa, como siempre en los momentos de peligro, se llenaba de desprecio hacia todo, dispuesto a cualquier cosa; apretaba los labios despectivamente, mirando los bancos vacíos y se enojaba sin saber por qué.

De acuerdo con las instrucciones del pastorcillo, atravesó todavía unas cuantas callejuelas, dando una vuelta alrededor de la iglesia y al fin encontró la valla pintada del jardín del pope, en cuya casa paraba el jefe del escuadrón.

Metelitsa echó una mirada, escuchó un rato y como no notó nada sospechoso, saltó, sin hacer ruido, por encima de la cerca.

El jardín era espeso y lleno de ramas, pero las hojas ya se habían caído. Metelitsa, conteniendo los fuertes latidos de su corazón, casi sin respirar, avanzó. Los setos se acabaron y comenzó una alameda. A unos veinte pasos hacia la izquierda, vio una ventana iluminada. Estaba abierta. Allí había gente. Una luz uniforme iluminaba las hojas caídas, y los manzanos, de color dorado, brillaban.

«¡Aquí están!», pensó Metelitsa, y nerviosamente le tembló la mejilla. Ardía en un sentimiento intraducible de valor, que lo lanzaba a las hazañas más atrevidas. Pensaba: «¿Qué falta hace que yo escuche la conversación de esa gente que habla en una habitación iluminada?». Sin embargo, sabía que no se iría hasta haber escuchado. Al cabo de unos minutos, se paró debajo del manzano, junto a la misma ventana, escuchando afanosamente lo que hablaban, y viendo todo lo que allí pasaba.

Eran cuatro alrededor de una mesa y jugaban a los naipes en la profundidad del cuarto. A la derecha estaba sentado el pope, viejo y pequeño con unos cuantos pelitos bien peinados; barajaba los naipes con habilidad extraordinaria, tratando de mirar cada una de las cartas. El vecino recibía los naipes y apresuradamente los escondía debajo de la mesa. Frente a Metelitsa estaba sentado un oficial de cara gruesa y perezosa, de aspecto bondadoso, con una pipa en la boca. Seguramente por su gordura, Metelitsa lo tomó por jefe del regimiento. Sin embargo, durante todo el tiempo, sin saber por qué, le interesaba más el cuarto de los jugadores, de cara pecosa y pálida, con pestañas inmóviles. Éste llevaba un gorro negro y un capote peludo de fieltro como el que usan las

gentes del Cáucaso, en el que se envolvía cada vez que tiraba las cartas.

Al revés de lo que esperaba oír Metelitsa, hablaban de cosas comunes y poco interesantes; más de la mitad de la conversación era sobre el juego.

—Ochenta juego —dijo el que daba la espalda a Metelitsa.

—Poco, su excelencia, poco —dijo el del gorro negro—. Yo, cien, a ciegas.

El grueso, frunciendo las cejas, miró de nuevo las suyas y, sacándose la pipa, agregó:

—Ciento cinco.

—Paso —dijo el primero al pope, que era quien tenía la banca.

—Me lo suponía... —repuso sonriéndose el del gorro negro.

—¿Acaso tengo yo la culpa si las cartas son malas? —dijo el primero dirigiéndose al cura.

—Poquito a poco, poquito a poco —bromeaba el pope, riéndose para demostrar con su sonrisa la poca importancia de la ganancia de su vecino—. Se apuntó usted doscientos tantos... ¡Vaya, vaya!

Y con pillería amable y poco sincera lo amenazó con el dedo.

«¡Qué nido de piojos!», pensó Metelitsa.

—¡Ah! ¿También pasa usted? —preguntó el curita, mirando al oficial perezoso—. En ese caso yo apuesto... —agregó dirigiéndose al del gorro negro. Durante un minuto, apasionadamente, tiraron las cartas sobre la mesa, hasta que el del gorro negro perdió. «Y se daba importancia, ese tonto», pensó despectivamente Metelitsa sin saber qué hacer, si irse o esperar todavía. Pero no pudo alejarse porque el que había perdido se volvió hacia la ventana, y Metelitsa sintió sobre sí su mirada penetrante y terrible.

Al mismo tiempo, el que estaba sentado de espaldas a la ventana empezó a cartear de nuevo. Lo hacía con el cuidado con que suelen rezar los viejos.

—Y Niechitailo sin venir... —dijo bostezando el perezoso—. Se ve que le va bien. Mejor hubiera ido con él...

—¿Los dos? —preguntó el del gorro negro, volviéndose—. Aunque también hubiera podido ella con los dos... —agregó haciendo una mueca desagradable.

—¿Vasenska? —preguntó el pope—. ¡Ya lo creo que hubiera podido! Aquí tuvimos un tejedor..., ya les conté... Sólo que Serguei Ivánovich no hubiera estado de acuerdo. Jamás... ¿Saben lo que me dijo ayer, en secreto? «Yo la voy a llevar conmigo, no tengo miedo a casarme con ella...» ¡Oh! —exclamó de pronto el pope, cerrando la boca con las manos y mirando con ojos de pillo—. ¡Qué memoria! No quería contar esto y lo dije. ¡No importa! Estamos entre los suyos —agregó juntando las manos en una palmada. Y a pesar de que todos, igual que Metelitsa, vieron la hipocresía de sus palabras y de sus gestos, nadie lo hizo notar y se rieron al mismo tiempo.

Metelitsa se encogió debajo de la ventana, haciéndose a un lado. Dio media vuelta para salir por la alameda cuando se encontró frente a frente con el hombre del capote caucásico, echado sobre el hombro. Tras él iban dos más.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó extrañado recogiendo el capote.

Metelitsa saltó hacia un lado detrás de unos árboles.

—¡Párenlo! ¡Deténganlo! ¡Agárrenlo! ¡Aquí!... ¡Eh! —gritaron varias voces. Se oyeron algunos tiros que resonaron secamente tras de él.

Metelitsa salía embrollándose entre las ramas de los arbustos, eligiendo al azar el camino de escape, pero delante gritaban ya otras voces y en la callejuela ladraban con furia los perros.

—¡Aquí estás, te pillé! —dijo alguien, tirándose sobre Metelitsa con los brazos extendidos. Una bala le silbó junto al oído. Metelitsa contestó disparando también. El hombre que lo perseguía cayó.

—Mentira, no me cogerás... —dijo Metelitsa, seguro hasta el último momento de que nadie lo podría agarrar.

Pero alguien, de fisionomía corpulenta y pesada, se abalanzó sobre él por detrás y le sujetó. Metelitsa quiso sacar los brazos, pero un golpe fuerte y cruel lo aturdió...

Luego, los unos después de los otros le pegaron todos; y a pesar de haber perdido el conocimiento, sentía un golpe tras otro...

El lugar donde dormía el destacamento era oscuro y húmedo; por las cordilleras de Jaunijedza, teñidas de color anaranjado, asomaba el sol y nacía el día perfumado de aromas otoñales.

El centinela de guardia que estaba al lado de los caballos oyó en sueños un sonido insistente y monótono, parecido al tiro de las ametralladoras cuando se oyen a lo lejos, y asustado se despertó, pegó un salto y tomó el fusil. Pero el que golpeaba era simplemente un pájaro carpintero sobre un tronco cerca del río. El centinela se encogió y se cubrió de nuevo con su capote raído. Nadie se había despertado; la gente dormía, sorda y sin temor, con el sueño con que duermen las personas hambrientas y atormentadas por el cansancio, cuando no tienen nada nuevo que esperar.

«Metelitsa no viene... seguramente está comiendo o durmiendo en alguna isba, y aquí nosotros estamos esperando sin comer...», pensó el centinela. De ordinario él, como todos, admiraba el arrojado de Metelitsa y tenía hasta orgullo de que él dirigiera su pelotón, pero en este momento le parecía que Metelitsa era un hombre sin mérito a quien injustamente habían elegido como jefe. El centinela de pronto quiso dejar de sufrir en esta taiga al pensar que otros como Metelitsa estaban gozando de todos los placeres humanos. No se decidió inquietar a Levinson, pero resolvió despertar a Blakánov.

—¿Cómo...? ¿Que no ha vuelto? —preguntó Blakánov tratando de abrir los ojos—. ¿Cómo que no ha regresado? —gritó de pronto, sin volver en sí, sin comprender aún lo que pasaba—. No, no digas eso. ¡No puede ser!... ¡Eh! Hay que despertar a Levinson.

Saltó con gesto rápido, se ajustó el cinturón, restregó su nariz, y su expresión se hizo dura e impenetrable.

Levinson, por más profundamente que dormía, al oír que lo llamaban se sentó y abrió los ojos. Al ver al centinela de guardia junto a Blakánov, comprendió enseguida que Metelitsa no había vuelto y que era hora de iniciar algo. Primero se sintió tan molido y cansado que hubiera querido involucrarse en el capote, olvidarse de Metelitsa y de todo; pero, al mismo tiempo, puesto de rodillas, contestaba secamente con voz indiferente a las preguntas alarmantes de Blakánov.

—Bueno, ¿y qué pasa? ¡Ya me lo imaginaba!... Naturalmente, le encontraremos por el camino.

—¿Y si no le encontramos?...

—¿Si no le encontramos?... Oye, ¿no tendrás un cordel de más para el capote?...

—¡Levantarse, levantarse! —gritaba el centinela de guardia despertando con su bota a los que dormían. Las cabezas peludas de los guerrilleros se alzaban y comenzaban los gemirles y las bromas. En los buenos tiempos, Dubov llamaba a eso «plegarias matutinas».

—Están enojados —pensó Blakánov—. Quieren comer...

—¿Y tú? —preguntó Levinson.

—De mí no hay que hablar. Como tú estés, así estoy yo; no hay diferencia, ¿sabes?...

—Sí, ya lo sé... —dijo Levinson con expresión tan delicada que Blakánov por primera vez lo miró atentamente.

—Y tú, hermano, has enflaquecido —dijo él con lástima—. Te has quedado sólo con la barba. Yo en tu lugar...

—Vamos a lavarnos —le interrumpió Levinson sonriendo.

Fueron hacia el río. Blakánov se sacó la camisa y empezó a lavarse. Se veía que no tenía miedo al agua fría.

Blakánov tenía el cuerpo fuerte, robusto, moreno, relleno, la cabeza redonda y bondadosa como la de un niño. Se lavaba también con gesto ingenuo e infantil. Echando agua con la palma de una mano y frotando con la otra.

«Ayer hablé mucho, he prometido algo y ahora parece que las cosas andan mal», pensó Levinson, recordando vagamente con desagrado la conversación con Miechik y los pensamientos que después le habían surgido. «Sí, yo le prometí otro caballo... ¿Acaso en eso hay algo malo? No, hoy hubiese hecho lo mismo... ¿De qué se trata, pues?... Se trata de...»

—¿Qué haces que no te lavas? —preguntó Blakánov frotándose la piel con una toalla sucia hasta ponerse colorado—. ¡Qué fría y que buena está el agua!

Después de lavarse y vestirse, al palpar en el cinturón el peso del revólver, se dio cuenta de que al menos había descansado durante la noche.

«¿Qué le habrá pasado a Metelitsa?»; ahora, esta idea se había apoderado de él por completo.

Levinson no se pudo imaginar a Metelitsa preso o muerto. Experimentaba siempre un vago apasionamiento hacia este hombre, y más de una vez había notado que le era agradable andar a su lado, conversar con él y hasta mirarlo simplemente. Le gustaba no por sus méritos, socialmente útiles, que al fin y al cabo no tenía muchos, sino por su increíble fuerza física, vital, animal, que se sentía en él como torrente inagotable. Cuando veía delante de sí su figura rápida y siempre dispuesta a luchar o sentía que Metelitsa estaba cerca, sin querer se olvidaba de su propia debilidad, y le parecía que podía ser tan fuerte e incansable como él. Íntimamente hasta se enorgullecía al pensar que dirigía a un hombre semejante.

Nadie admitía como posible la idea de que Metelitsa pudiese haber caído en manos del enemigo. Sin embargo, el mismo Levinson se iba convenciendo de ello. Cada guerrillero echaba ese pensamiento de la mente como última idea que podría traerles desgracia, sufrimiento y, por lo mismo, completamente inadmisibles. Al revés, la sospecha del centinela que suponía que Metelitsa estaba comiendo o se había ido a dormir, tenía cada vez más aceptación, a pesar de que parecía imposible en un Metelitsa que siempre cumplía fielmente los encargos que le encomendaban. Muchos hasta murmuraban abiertamente que «era una bajeza y una falta de conciencia» de parte de Metelitsa. Continuamente fastidiaban a Levinson insistiendo para que el destacamento fuese a su encuentro. Cuando Levinson, después de cumplir con esmero todos los asuntos del día, entre ellos el de cambiarle a Miechik el caballo, dio la orden de salir, todo el destacamento se alegró de tal manera como si con dicha orden acabasen en realidad todas las necesidades y desgracias.

Anduvieron una hora, dos, y Metelitsa no aparecía por el camino mostrando el mechón negro de cabellos sobre la frente.

Siguieron avanzando otras dos horas, y no lo encontraron. La mayoría, aun los más envidiosos, comenzó a dudar del éxito de la descubierta de Metelitsa.

Al llegar a la linde del bosque, el destacamento avanzaba callado, en severo y significativo silencio.

II

TRES MUERTES

Cuando Metelitsa volvió en sí se encontró en un tugarío, acostado sobre tierra húmeda. La primera impresión que experimentó fue la sensación de humedad pegajosa que le penetraba el cuerpo. Enseguida recordó todo lo que le había pasado. Los golpes que había recibido le hacían aún ruido en la cabeza. La sangre se le había secado en los cabellos, y la sintió también en las sienes y en las mejillas.

La primera idea más o menos definida que le brotó fue la de si había o no posibilidades de escapar. No podía creer que después de todo lo que había experimentado en la vida, después del éxito que le había acompañado siempre en todas las hazañas que le dieron fama entre la gente, iba finalmente a caer y a pudrirse allí como un perro. Revisó el cuartucho, palpó todos los agujeros y hasta trató de romper la puerta, pero sus esfuerzos fueron en vano... Chocaba con la madera fría y muerta; los agujeros eran tan pequeños que ni siquiera podía ver a través de ellos; a duras penas dejaban pasar la luz pálida del amanecer de esa mañana de otoño.

Sin embargo, buscaba y revisaba más y más hasta que se convenció con precisión indiscutible de que realmente su situación no tenía salida. Y cuando se hubo convencido de ello, dejó de interesarle la cuestión de su propia vida o muerte. Todas sus fuerzas físicas y espirituales se concentraron en resolver cómo él, Metelitsa, del cual se contaban leyendas de fama y valor, podía demostrarles a quienes lo tenían preso todo el desprecio y el nulo temor que por ellos sentía.

No alcanzó a terminar este pensamiento cuando tras la puerta se oyeron unos pasos. El cerrojo dejó escapar un chirrido, y junto con una luz gris y trémula entraron en la cueva dos cosacos armados, con chillones galones amarillos.

Metelitsa, de pie, con las piernas entreabiertas, los miraba tranquilamente.

Al notarlo, ellos se encogieron indecisos al lado de la puerta; el que estaba detrás se pasó la manga por la nariz.

—¡Vamos, paisano! —dijo al fin el de delante, sin maldad y con aire algo culpable.

Metelitsa bajó la cabeza y con gesto displicente salió. Al cabo de un rato se encontraba delante de un hombre conocido, de gorro negro y capote de fieltro; el mismo que había visto en la habitación que él observó la noche anterior desde el jardín del pope. Allí mismo, estirado en un sillón, extrañado, estaba sentado el oficial grueso y de cara bondadosa. Lo miraba sin severidad. Era el mismo a quién él había tomado por jefe del regimiento. Ahora, observándolos, comprendió por detalles casi invisibles que el jefe no era justamente el oficial sino el otro, el del capote de fieltro.

—Pueden irse —dijo el otro, con voz cortada, mirando a los cosacos parados en la puerta.

Los dos, empujándose torpemente, salieron de la estancia.

—¿Qué hacías anoche en el jardín? —preguntó rápido frente a Metelitsa y mirándolo con precisión y sin parpadear.

Metelitsa, callado, resistía su mirada, moviendo apenas sus cejas negras y demostrando con todo su aspecto que sin tener en cuenta las preguntas que se le hicieran no iba a contestarlas satisfactoriamente para sus captores.

—Tú, déjate de tonterías —dijo de nuevo el jefe sin enfadarse y sin levantar la voz, pero en un tono que parecía comprender lo que pasaba dentro de Metelitsa.

—¿Para qué hablar en vano? —dijo el guerrillero, sonriendo.

El jefe del regimiento, durante unos segundos, analizó la cara ensangrentada de Metelitsa.

—¿Hace mucho que estuviste enfermo de viruela? —le dijo inesperadamente.

—¿Cómo? —preguntó algo desconcertado. Se desconcertó porque en la pregunta del jefe no había ninguna burla; se veía que se interesaba simplemente por su cara. Sin embargo, cuando Metelitsa hubo comprendido, se enojó más aún que si se hubiese burlado de él; la pregunta del jefe del escuadrón pretendía establecer con exactitud la posibilidad de cierto vínculo humano entre ambos.

—¿Eres de por aquí o forastero?

—¡Déjelo, excelencia!... —dijo furioso y con voz decidida Metelitsa, apretando los puños y poniéndose colorado. Con gran

esfuerzo dominó el deseo de tirársele encima. Quiso añadir algo, pero pensó: ¿por qué no agarrar a este hombre de gorro negro, de tranquilidad asquerosa, de cara arrugada y barba rojiza, y estrangularlo?

Esta idea se hizo tan fuerte en él que cortando la palabra dio un paso hacia adelante, con los puños crispados y de súbito su frente se cubrió de sudor.

—¡Vaya! —exclamó extrañado el jefe, y por primera vez habló fuerte, pero sin dar un paso hacia atrás y sin bajar los ojos.

Metelitsa, indeciso, se detuvo y parpadeó rápidamente. El hombre del gorro negro empuñó el revólver y lo sacudió delante de la nariz de Metelitsa. El guerrillero se dominó y volviéndose hacia la ventana quedó callado con un silencio indiferente.

Después, por más que le amenazaron con el revólver prometiéndole los castigos más horribles; por más que le suplicaban que hablara francamente, asegurándole inmediata libertad, no pronunció ni una sola palabra, y ni siquiera los miró una sola vez.

En el momento más álgido del interrogatorio, se abrió lentamente la puerta y apareció la cabeza peluda de un hombre con los ojos tontos y asustados.

—¡Ah! —dijo el jefe—. ¿Ya se han reunido? ¡Que vengan a buscarlo!

Los dos cosacos reaparecieron y lo hicieron pasar al patio indicándole una puerta abierta.

Metelitsa entró sin mirar hacia atrás, pero notó que le seguían. Salieron hacia la plaza de la iglesia. Allí, al lado de la casa parroquial, se agolpaba la gente, rodeada por todos lados por una cadena de cosacos a caballo.

A Metelitsa le había parecido siempre que no amaba a la gente y que la despreciaba con todo su monótono y mezquino afán, y con todo cuanto la rodeaba. Pensaba que para él era indiferente la forma cómo le tratase la gente o lo que se dijera de él. No tenía amigos y jamás había tratado de tenerlos. Pero, sin embargo, lo mejor y lo más importante que hacía en su vida, sin que él mismo se diese cuenta, lo hacía por los otros, para que lo admiraran y le crearan una aureola de fama. Pero ahora, cuando echó una mirada y abarcó no sólo con los ojos, sino con el corazón, a toda esa multitud pintoresca de mujiks callados, de chiquillos, de mujeres

asustadas y de niños con pañuelos de colores abigarrados, con mechones de pelo rizado, con las caras coloreadas, límpidas como en los cuadros, y veía además sus sombras largas saltando sobre la verde hierba, y las viejas cúpulas de la iglesia, cubiertas de sol dorado, solemnes, truncadas en el cielo frío, quiso exclamar: «¡Qué hermoso!», y miró con alegría toda esa vida brillante y pobre que se movía, respiraba y resplandecía alrededor suyo. Siguió adelante rápido con paso seguro, firme, resuelto y libre, balanceando su cuerpo como una fierecilla ágil, poco apegada a la tierra. Cada uno de los hombres que estaban en la plaza se volvió para mirarlo y sintió, deteniendo el aliento, la enorme fuerza que albergaba su cuerpo elástico, sediento de actividad.

Metelitsa pasó por entre la multitud, mirando por encima del hombro, pero sintiendo su silencio concentrado; se detuvo ante la casa del pope. Los oficiales subieron la escalinata.

—¡Ponte ahí! —dijo el jefe del escuadrón, indicándole un lugar a su lado. Metelitsa de un salto pasó los escalones y se colocó a su vera. Todos lo vieron bien. Estaba de pie, erguido y bien formado, de cabellos negros, con botas de cuero blando de ciervo, con la camisa desabrochada, atada con un cordón de borlas verdes. Metelitsa miraba con los ojos brillantes de ave de rapiña perdidos entre la niebla matutina, contemplando el sol tras de las cumbres de la cordillera.

—¿Quién conoce a este hombre? —preguntó el jefe del escuadrón mirando a todos, con sus ojos agudos y fijando unos segundos la mirada en cada una de las caras presentes.

Cada cual parpadeaba y bajaba la cabeza. Solamente las mujeres se atrevían a no quitarle los ojos de encima, mirándole mudamente con curiosidad sedienta y cobarde.

—¿Nadie lo conoce? —preguntó nuevamente el jefe, subrayando la palabra «nadie» en tono burlón como si él supiese que todos lo conocían o debieran conocerlo—. Lo aclararemos enseguida... ¡Niechitailo! —gritó haciendo un ademán con la mano en dirección a un árbol donde estaba atado un caballo, al lado de un oficial alto, de capote largo.

Una inquietud sorda agitó la multitud. Los que estaban delante se volvieron hacia atrás. Uno, de chaleco de terciopelo,

avanzó resueltamente, agachando la cabeza en forma tal que sólo se le veía su gorro de piel.

—¡Dejen pasar, dejen pasar! —decía abriéndose paso con una mano, y con la otra arrastrando a alguien que venía tras él.

Al fin se acercó hasta la misma gradería. Se vio que llevaba a un chiquillo delgadito, de cabeza negra, con un chaquetón enorme y que miraba con ojos asustados ya a Metelitsa, ya al jefe del escuadrón. La multitud se inquietó más aún. Se oyó el susurro contenido de las mujeres. Metelitsa miró hacia abajo y reconoció al mismo pastorcito, a quien la noche anterior había dejado su caballo.

El mujik que lo tenía sujeto por el brazo se quitó la gorra mostrando su cabeza rubia con manchas de pelo canoso. Se inclinó ante el jefe del escuadrón y comenzó:

—Aquí tengo al pastorcito de mi casa...

Por lo visto, asustado de que no lo escucharan, se inclinó hacia el chiquillo y mostrando con el dedo a Metelitsa preguntó:

—¿Es o no es ése?

Durante unos cuantos segundos el pastorcito y Metelitsa se miraron fijamente: Metelitsa con gesto de indiferencia, el pastorcito con terror y compasión. Luego el muchacho pasó la mirada al jefe del escuadrón, y por un segundo se sintió petrificado; después miró al mujik que lo tenía sujeto de la mano y que esperaba su respuesta inclinado hacia él. Suspiró profundamente y movió la cabeza en señal de negación... La multitud guardó silencio repentinamente en tal forma que se oyó cómo llevaban un ternero a la casa del cura. Luego murmuró algo y volvió a callar como un solo hombre, con silencio mortal.

—Pero, tontito, no tengas miedo —decía el mujik tratando de convencerle con voz tierna y trémula. Él mismo estaba perdido y señalaba todo el tiempo con el dedo a Metelitsa—. ¿Quién va a ser sino él?... Dilo, dilo, no tengas miedo, ¡infeliz!... —decía cortando la voz, enojado y tirándole con toda la fuerza de la mano—. Sí, es él, excelencia, ¿quién va a ser? —dijo fuerte como si quisiese justificarse y se quitó la gorra humillándose—. Sólo que el muchacho tiene miedo... ¿Quién va a ser si en la montura tenía guardada la cartuchera? Se presentó de noche ante este muchacho y le dijo: «Cuídame el caballo. Voy a ir solo a la aldea». El chico no esperó;

y se vino con el caballo. En la montura tenía la cartuchera. ¿Quién va a ser sino él?...

—¿Quién llegó? ¿Qué cartuchera? —preguntó el jefe tratando de comprender de qué se trataba.

El mujik, nuevamente perdido, se echó la gorra hacia atrás y comenzó de nuevo a contar embrollándose cómo el pastorcito le trajo esta mañana un nuevo caballo y en la montura tenía guardada la funda de un revólver.

—¿Con que esas tenemos? —dijo el jefe—. ¿Él no quiere reconocerlo? —agregó mirando al chiquillo—. Dénmelo, nosotros lo vamos a interrogar con nuestro método...

El chiquillo, empujado por el mujik, se acercó a la escalinata, sin decidirse a entrar. El oficial bajó corriendo los escalones, lo agarró por los hombros sacudiéndolo; lo acercó y le clavó su mirada terrible y penetrante.

—¡Ay...! —gritó de pronto el chico poniendo los ojos en blanco.

—Pero ¿qué van a hacer? —exclamó una mujer sin poder contenerse.

En este momento una figura ágil y segura saltó de la galería. La multitud murmuró agitando su enorme cuerpo de muchas cabezas; el jefe del escuadrón había caído por la fuerza de un empuellón...

—¡Péguenle un tiro!... ¿Qué es esto? —gritó un oficial, extendiendo impotente la palma de su mano. Se veía cada vez más perdido y por lo visto se olvidaba que él mismo sabía disparar.

Unos cuantos cosacos a caballo avanzaron sobre la multitud echando al suelo algunas personas. Metelitsa se había tirado sobre el enemigo con todo el cuerpo, y quería agarrarlo por el cuello, pero el otro daba vueltas, echando su capote de fieltro que parecían dos alas negras... Al fin consiguió desabrocharle la funda del revólver, y cuando Metelitsa quiso estrangularle, él le pegó varios tiros seguidos...

Cuando se acercaron los otros cosacos y arrastraron a Metelitsa por las piernas, todavía se agarraba a la hierba, apretaba los dientes tratando de levantar la cabeza, pero caía impotente, pesada, destrozada...

—¡Niechitailo! —gritó el oficial grueso.

—¡Junten el escuadrón! ¿Usted también va a ir? —preguntó al jefe del escuadrón sin mirarlo.

—Sí.

—¡Traigan un caballo para el jefe!...

Al cabo de media hora, el escuadrón de cosacos, armado y en orden, salió de la aldea por el mismo camino que Metelitsa había venido la noche anterior.

Blakánov, junto con los demás, experimentaba una tremenda inquietud; al fin, sin poder contenerse, dijo a Levinson:

—Oye, deja que me adelante. Sólo el diablo sabe lo que puede haber pasado...

Fustigó a su caballo y salió más rápido de lo que se imaginaba por la pendiente donde estaba la isba en ruinas. No tuvo que subir al techo para ver lo que pasaba; a menos de media versta bajaban por la colina cincuenta hombres a caballo. Comprendió que era caballería regular por sus uniformes con ribetes amarillos. Tratando de refrenar el deseo de volver y prevenirles el peligro, pues Levinson podía aparecer en cualquier momento, Blakánov esperó escondiéndose tras unos arbustos para confirmar si es que por la colina aparecería otro escuadrón más. El escuadrón avanzaba lentamente, rompiendo filas. Por lo visto habían venido al trote porque aún sacudían la cabeza y cabalgaban como lo hacen los jinetes después de una carrera rápida.

Blakánov dio media vuelta a la derecha y chocó casi con Levinson, que bajaba por la pendiente. Hizo una seña para que se detuviese.

—¿Muchos? —preguntó Levinson tras escucharle.

—Unos cincuenta.

—¿Infantería?

—No, caballería...

—¡Kubrak, Dubov! —ordenó en voz baja—. Kubrak, al flanco derecho; Dubov, al izquierdo... ¡Ya te daré yo!... —gritó de pronto, notando que un guerrillero se iba por otro camino atrayendo tras de sí a otros—. ¡Quito ahí! —y lo amenazó con el látigo.

Después de entregar a Blakánov el mando del pelotón de Metelitsa y de ordenarle que se quedase allí, se fue a la vanguardia de la columna sacudiendo el máuser. Sin salir de entre los árboles,

dispuso que se colocaran en fila y, acompañado de otro guerrillero, se dirigió a la isba en ruinas.

El escuadrón estaba cerca. Por los ribetes y galones amarillos, Levinson comprendió que eran los cosacos. Vio al jefe de capote de fieltro negro.

—Diles que avancen hacia aquí —le dijo al guerrillero—. Pero que no se levanten... ¿qué miras? ¡Rápido!... —Y lo empujó.

Aunque los cosacos eran pocos, Levinson sintió de pronto la misma inquietud que había experimentado en los primeros tiempos de su actividad militar.

En su vida guerrera distinguía dos períodos no separados por un trazo nítido, pero distintos para él por las sensaciones que había experimentado.

En el primer tiempo, cuando, sin tener ninguna preparación militar, e incluso sin saber manejar un fusil, se vio obligado a mandar masas de hombres, sentía que, en realidad, él no mandaba a la gente, sino que los acontecimientos se desarrollaban independientemente de él, es decir, al margen de su voluntad. Y no porque él no cumplierse honradamente con su deber, no —él procuraba dar de sí lo más que podía—, y tampoco porque pensara que al individuo no le sea dado influir en los acontecimientos en que participan masas de hombres, no —él consideraba ese punto de vista como el peor fenómeno del cinismo en los hombres, que encubre su debilidad, es decir, su ausencia de voluntad y de actividad—; sino porque en aquel breve primer período de su actividad militar casi consumía todas sus fuerzas espirituales en supepar y ocultar ante la gente el miedo que experimentaba, a pesar suyo, durante el combate.

Sin embargo, muy pronto se acostumbró al ambiente, y alcanzó tal punto cuando el miedo por su propia vida dejó de estorbarle para disponer de la vida de los demás. Y en este segundo período obtuvo la posibilidad de dirigir los acontecimientos, y esto de manera tanto más completa, con éxito, cuanto mayor fuera la claridad y el acierto con que llegara a percibir su verdadero desarrollo, la correlación de fuerzas y hombres en cada caso.

Pero ahora experimentaba de nuevo una fuerte inquietud, y sentía que ello se debía en cierto modo a su nuevo estado, y a todos sus pensamientos sobre sí mismo y sobre la muerte de Metelitsa.

Mientras la fila fue acercándose a rastras, desplegada entre los arbustos, él, a pesar de todo, continuó manteniendo el dominio de sí mismo, y su menuda figura, de seguros y exactos movimientos, seguía como antes representado ante la gente la materialización de un inequívoco plan, en el que aquellos hombres creían por costumbre y por la íntima necesidad de creer en él.

El escuadrón estaba tan cerca que se oía el galopar de los caballos y la conversación de los jinetes; hasta se podía distinguir la cara de algunos. Levinson alcanzaba a ver sobre todo la expresión de un oficial grueso que iba delante con una pipa entre los dientes y que andaba muy mal a caballo.

«Debe ser una fiera —pensó Levinson, deteniendo en él la mirada, y atribuyéndole sin querer todas las peores cualidades que en general se le suelen suponer al enemigo—. ¡Cómo me late el corazón!... ¿No será el momento de disparar?... No, cuando pasen por ese álamo blanco... Pero ¿por qué andan tan mal a caballo? Que poca habilidad...»

—¡Sección! —gritó, estirando la voz en el preciso momento en que los cosacos pasaban por delante del álamo blanco con la corteza caída—. ¡Fuego!

El gordo oficial, al oír por primera vez la voz, levantó extrañado la cabeza. Pero en este mismo instante se le escapó la gorra de la cabeza y su cara adquirió una expresión de susto y de estupefacción.

—¡Fuego!... —gritó nuevamente Levinson, y disparó apuntando a ese oficial.

El escuadrón fue presa del desorden; muchos cayeron a tierra, entre ellos el oficial grueso. Durante algunos segundos, la gente, perdida, gritaba algo incomprensible y los caballos, encabritados, saltaban. Después del remolino, se vio aparte un jinete con gorro y capote de fieltro negro que dio unas vueltas delante de su escuadrón, reteniendo su caballo brioso y agitando su espada en el aire. Por lo visto, los demás no le obedecían: algunos se alejaban al galope, hostigando sus caballos; todo el escuadrón les siguió. Los guerrilleros salieron de su lugar. Algunos más valientes siguieron corriendo y disparando sus fusiles.

—¡A los caballos!... —gritaba Levinson—. ¡Blakánov, por aquí! ¡A los caballos!...

Blakánov, con semblante desencajado y todo el cuerpo tenso en la montura, teniendo en la mano la espada brillante, pasó raudo con el pelotón de Metelitsa con los fusiles a punto.

Al poco rato todo el destacamento salió tras el enemigo.

Miechik, arrastrado por la corriente general, corría en el centro de esa pléyade de valientes. No sólo no experimentaba miedo sino que había olvidado sus propios pensamientos y la posibilidad de apreciarlos objetivamente, como desde fuera, como le solía ocurrir a menudo; veía sólo delante de sí una espalda conocida. Sentía además que su *Nivka* no quedaba atrás, que el enemigo huía de ellos, y junto con los demás trataba sinceramente de alcanzarlos y no rezagarse de aquella espalda conocida...

El escuadrón de cosacos desapareció por entre un bosque de abedules. Al cabo de poco tiempo se oyeron allí disparos frecuentes de los fusiles, pero el destacamento seguía cabalgando, enardecido aún más por el tiroteo.

De pronto el caballo de crines largas que corría delante de Miechik cayó de cabeza a tierra y la espalda conocida con el mechón en la frente pasó volando hacia adelante con los brazos estirados. Miechik, junto con los otros, alcanzó la figura grande y negra que se revolcaba en el suelo. Al no ver más delante de sí la espalda conocida, clavó la mirada en el bosquecillo que avanzaba decididamente sobre él... Un soldado pequeño, con barba, sobre un caballo overo, pasó gritando algo, blandiendo en el aire el machete... Unos cuantos jinetes que galopaban a su lado doblaron a la izquierda, pero Miechik no comprendiendo de qué se trataba; siguió en la misma dirección, estando a punto de romperse la cabeza contra un tronco. Se arañó la cara en las ramas desnudas y con gran esfuerzo pudo detener a *Nivka*, que saltaba enloquecido de un lado a otro...

Miechik quedó solo en medio del silencio de los álamos blancos, entre el dorado de las hojas otoñales y la hierba seca... Pero a él le pareció que el bosque estaba lleno de cosacos. Rechinó los dientes y se volvió sin fijarse en que las ramas espinosas le azotaban el rostro.

Cuando salió al campo, el destacamento había desaparecido. A unos doscientos pasos estaba estirado un caballo muerto. Cerca se encontraba sentado, sin moverse, un hombre, con las piernas

recogidas. Era Morozka. Miechik, avergonzado, se acercó a paso lento. *Mishka* estaba tumbado, con los ojos exorbitados y vidriosos, con las patas delanteras dobladas, con los cascos puntiagudos, como si aún quisiese galopar. Morozka miraba con los ojos secos, sin ver nada.

—¡Morozka!... —dijo quedamente Miechik, deteniéndose delante de él y llenándose de pronto de bondad compasiva hacia él y hacia el caballo.

Morozka no se movió. Unos cuantos minutos permanecieron callados sin cambiar de posición; luego Morozka suspiró lentamente, juntó las manos, se levantó apoyado en las rodillas, y sin mirar a Miechik empezó a desensillar el caballo. Miechik no se decidía a entablar conversación y seguía mirando.

Morozka aflojó las cinchas, una de las cuales estaba rota, observó atentamente la correa ensangrentada, le dio vuelta varias veces entre las manos y luego la tiró. Luego, se echó la montura al hombro y se fue en dirección al bosque, encorvado, pisando torpemente con sus piernas patizambas.

—¡A ver, deja que yo te la lleve, o si quieres monta... yo iré a pie! —dijo Miechik.

Morozka no se volvió; se inclinó aún más bajo el peso de la silla.

Miechik no quiso encontrarse más con él; dio una vuelta alrededor del bosque y vio no muy lejos una aldea en la mitad de la llanura. Hacia la derecha, por encima del valle, se extendía un bosque, que seguía hasta perderse la cordillera. El cielo, que por la mañana estaba tan claro, se puso nublado, pesado, gris y poco alegre; el sol apenas se asomaba por entre las nubes.

A unos cincuenta pasos del camino yacían, muertos, unos cuantos cosacos. Uno todavía vivía, y con dificultad se apoyaba en los codos y volvía a caerse quejándose lastimosamente. Miechik trató de pasar lejos de él para no oír sus lamentos. De la aldea venían en dirección a él algunos guerrilleros a caballo.

—A Morozka le mataron el caballo... —dijo Miechik cuando ellos se acercaron.

Nadie le contestó. Uno le echó una mirada sospechosa como si quisiera preguntarle: «¿Y tú dónde estabas cuando nosotros

peleábamos aquí?»). Miechik se encogió y siguió adelante. Estaba embargado por malos presentimientos.

Cuando entró en la aldea, muchos de los soldados del destacamento se habían dispersado por entre las isbas; los demás se agolpaban alrededor de una casa grande, de paredes y ventanas altas.

Levinson estaba de pie en la escalinata con la gorra ladeada, sudoroso, cubierto de polvo y dando órdenes a derecha e izquierda. Miechik estaba al lado de la empalizada donde se encontraban los caballos.

—¿De dónde vienes? —preguntó uno de los soldados—. ¿Anduviste buscando setas, o qué?

—No; me perdí —contestó Miechik. Le era indiferente lo que pensasen de él, pero por costumbre trataba de justificarse—. Fui a parar al bosquecillo de abedules... Creo que vosotros doblasteis a la izquierda, ¿no?

—¡A la izquierda, a la izquierda! —afirmó uno de los soldados de cabellos claros, de ojos ingenuos y con un remolino de pelitos en coronilla—. Yo te gritaba, pero tú, por lo visto, no oíste...

Y lo miró, recordando con evidente placer los detalles. Después de atar su caballo, Miechik se sentó a su lado.

De una de las callejuelas salió Kubrak acompañado de una multitud de mujiks que llevaban a dos hombres con las manos atadas a la espalda. Uno, con chaleco de terciopelo y el cabello canoso, se estremecía y suplicaba durante todo el camino. El otro era el pope; iba con la sotana destrozada, dejando ver sus pantalones arrugados y la faltriquera colgante. Miechik notó que Kubrak llevaba atada a la cintura una cadenita de plata, seguramente la de la cruz.

—Es ése, ¿no? —preguntó Levinson palideciendo e indicando con el dedo al hombre de chaleco de terciopelo, cuando se acercó a la galería.

—¡El mismo!... —gritaron los mujiks.

—¡Mirad a ese canalla!... —dijo Levinson, dirigiéndose a Stashinski, que estaba sentado a su lado, y añadió—: Metelitsa no recitará jamás... —De pronto parpadeó varias veces seguidas y, callado, con la mirada perdida en lontananza, trataba de olvidar a Metelitsa.

—¡Camaradas! ¡Hermanos!... —lloraba el preso mirando con ojos de perro fiel a los mujiks y a Levinson—. ¿Acaso yo lo hice por voluntad propia?... Señores... Compañeros, camaradas...

Nadie le escuchaba. Los mujiks le daban la espalda.

—¿Qué? ¡Todos vieron cómo obligabas a confesar al pastorcito! —dijo uno, echándole una mirada severa.

—Él mismo tiene la culpa... —confirmó otro, y ruborizándose escondió la cabeza.

—¡Fusiladlo! —dijo fríamente Levinson—. Pero llevadle lejos.

—¿Y qué hacemos con el pope? —preguntó Kubrak—. Es un perro también. Ayudaba a los oficiales.

—Suéltenlo... y que se vaya al diablo.

La multitud, a la que se habían agregado muchos guerrilleros, se volvió en la misma dirección que Kubrak conducía al hombre del chaleco de terciopelo que no quería marchar y pataleaba y lloraba estremeciendo la mandíbula inferior.

Chizh, sucio pero con aspecto triunfante, se acercó a Miechik.

—¿Estás aquí? —dijo orgulloso y contento—. ¡Vaya cara llevas! Vamos a comer a algún lado... A ése le van a ajustar las cuentas ahora..... —dijo estirando la voz con acento significativo, y comenzó a silbar un aire popular.

La isba donde se quedaron a almorzar era sucia, hacía calor y se sentía olor a pan y a repollo ahumado.

Todo el rincón del lado de la chimenea estaba lleno de coles podridas. Chizh se ahogaba comiendo a grandes bocados. Contaba sin parar sus éxitos, y al mismo tiempo miraba de reojo a la chica delgada de trenzas largas que le servía la comida. Ella unas veces se ruborizaba y otras se sonreía.

Miechik trataba de oír, pero durante todo el tiempo estaba alerta y se estremecía por el menor ruido.

En ese momento se sacudieron los vidrios y se oyó un disparo lejano. Miechik se estremeció, dejó caer la cuchara y palideció.

—¿Pero cuándo va a terminar todo esto?... —dijo desesperado, y cubriéndose el rostro con las manos, salió de la isba.

«Han fusilado a ese hombre de chaleco de terciopelo —pensó él, ocultando la cara en los pliegues del capote. Más tarde, acostado sobre el césped, no recordaba cómo había venido a parar allí—. Ellos me matarán a mí también tarde o temprano... —seguía

pensando—. Pero yo así no puedo vivir, estoy como si hubiese muerto; no veré más a mis padres y a la chica de los cabellos rubios y ensortijados, cuyo retrato hice pedazos... ¡Oh!... Dios mío, ¿por qué lo rompí?... ¡Quizá nunca podré volver a verla! ¡Qué desdichado soy!»

Anochecía cuando salió de entre los setos, con los ojos secos y con una expresión de sufrimiento en la cara. Cerca se oyeron algunas voces ebrias. Tocaban el acordeón. Encontró en la puerta a la muchachita delgada de las trenzas largas. Ella, elegante y graciosa como una flor de junco, llevaba agua en unos baldes...

—¡Cómo se divierte uno de los vuestros con nuestros mozos! —dijo sonriendo y levantando las pestañas oscuras—. Es él, ¿oye?... Y al son de la música que se oía en el camino, inclinó su simpática cabeza. Los baldes se balancearon salpicando de agua. La chica se avergonzó y desapareció tras la empalizada.

Una voz ebria, conocida, se desbordaba cantando:

*Nosotros somos los condenados;
Y por eso esperamos...*

Miechik miró por la esquina y vio a Morozka con el acordeón; un mechón de pelo le caía sobre los ojos, pegado a su cara, enrojecida y sudorosa.

Morozka iba con andar cínico, con el acordeón por delante, estirándolo «con toda el alma», con una expresión como si pecara y se arrepintiese a cada rato. Tras él iba un grupo de muchachos que gritaban del mismo modo, ebrios, sin cinturones y sin gorras. A los lados vociferaban como endiablados unos chiquillos descalzos.

—¡Ah..., mi querido amigo!... —exclamó Morozka con fingido arrobamiento de borracho—. ¿Adónde vas? ¿Adónde? No tengas miedo; no te vamos a pegar... Ven con nosotros... ¡Bebe con nosotros... de todos modos, juntos hemos de morir!

Rodearon a Miechik, lo abrazaron e inclinaban hacia él cada uno sus caras bondadosas de ebrios envolviéndolo con vapores de vino. Uno le metió en el bolsillo una botella y un pepino mordido.

—No, no; yo no bebo —decía Miechik, apartándose—. No quiero beber...

—¡Ven! ¡Bebe, ya estás sin alma! —gritaba Morozka casi llorando de frenesí—. ¡Celebremos los funerales... en la sangre..., en la Santísima Trinidad! ¡Hemos de perecer juntos!

—Sólo un poco, por favor... No soy bebedor —dijo Miechik, cediendo al fin.

Miechik echó unos tragos; Morozka estiró el acordeón y cantó con voz ronca; los muchachos le hicieron coro.

—Ven con nosotros —dijo uno tomándolo del brazo—. «...Que yo, vi-vo aquí-í...» —gritó alguien con voz nasal, pescando al vuelo unas palabras del canto, y se arrimó a Miechik con su cara barbuda.

Continuaron andando a lo largo de la calle, bromeando, dando traspies, alarmando a los perros, maldiciendo hasta los mismos cielos, que pendían sobre sus cabezas cual bóveda oscura y sin estrellas, maldiciendo a sus padres, a sus personas más queridas y a esta dura y traidora tierra.

III

EL PANTANO

Varia no tomó parte en el ataque. Se quedó en el bosque con las provisiones. Llegó a la aldea cuando todos se dispersaban por las isbas. Notó que el reparto se había hecho desorganizadamente; los pelotones se mezclaron; nadie sabía dónde se encontraba su vecino; nadie escuchaba a los comandantes. Parecía que el destacamento se hubiese disuelto por completo.

Varia encontró en el camino de la aldea el caballo muerto de Morozka; pero nadie pudo decirle con precisión qué es lo que le había pasado a su jinete. Unos aseguraban que lo habían matado y que lo habían visto con sus propios ojos; otros que estaba solamente herido. Todo ello aumentaba el estado de decaimiento espiritual y de desesperación de Varia, después de su tentativa de unirse con Miechik. Atormentada por las persecuciones continuas, por el hambre y por sus propios pensamientos y reproches, extenuada ya, casi llorando, encontró al fin a Dubov; la primera persona que, con su severa y compasiva sonrisa, la animó y la alegró.

Cuando ella vio su cara envejecida y sombría, de bigotes espesos, negros y colgantes, y todas las otras caras conocidas, agradables y rudas, grises, cubiertas de polvo alrededor suyo, le tembló el corazón de angustia. Sintió dulce tristeza y amor hacia ellos y lástima hacia sí misma: le recordaban los días de su temprana juventud, cuando, hermosa e ingenua, con trenzas rubias, largas y espesas, con los ojos tristes, empujaba las vagonetas por caminos oscuros, y que bailaba por la noche en los festivales y todos la rodeaban llenos de deseo...

Desde que se enojó con Morozka se separó algo de ellos y, sin embargo, ellos eran las únicas personas cercanas que habían trabajado y vivido junto con ella como verdaderos mineros y la habían cortejado. «¡Cuánto tiempo sin verlos! ¡Ya me olvidaba de ellos!... ¡Ah, mis queridos amigos!», pensaba la mujer, con dolor y arrepentimiento, y sintió tan dulce latir en las sienes que apenas pudo dominar las lágrimas.

Solamente Dubov consiguió esta vez repartir el pelotón ordenadamente. Su gente estaba de guardia a la entrada del pueblo ayudando a Levinson a juntar las provisiones. Ese día se confirmó lo que no se supo en los momentos de tumulto general: que el destacamento se apoyó sobre todo en el pelotón de Dubov.

Varia supo por los muchachos que Morozka vivía y que ni siquiera había sido herido. Le enseñaron el nuevo caballo que habían tomado a los cosacos. Era un potro alto de patas finas con las crines recortadas y el cuello delgado. Tenía un aspecto que no daba confianza. Parecía capaz de traicionar. Lo habían bautizado con el nombre de *Judas*.

«Quiere decir que está vivo... —pensó Varia, con los ojos perdidos en dirección al potro—. Bien, me alegro...»

Después de la cena, cuando ella se encamó a un pajar y se acostó, en medio del sueño, trataba de escuchar si alguien se le acercaba recordando su «vieja amistad»... Volvió nuevamente a dormirse con la sensación cálida y agradable de que Morozka estaba vivo... y se durmió con ese pensamiento.

Se despertó inesperadamente muy alarmada, con las manos heladas. La noche, completamente negra, agarrándose a las tinieblas, miraba por el techo. Un viento frío agitaba el heno, las ramas y las hojas del jardín...

«¡Dios mío!, ¿dónde estará Morozka, dónde estarán los demás? —pensó Varia inquieta—. ¿Será posible que otra vez me haya quedado sola, como una hierbezuela, aquí, en este negro agujero?...» Rápidamente, temblando, se puso el capote y descendió del montón de hierba en donde se había acostado.

Cerca de las puertas pasó el centinela de guardia.

—¿Quién está de guardia? —preguntó ella acercándose—. ¡Ah! ¿eres tú, Kostia?... ¿Morozka volvió? ¿Sabes si ha vuelto Morozka?

—Has estado durmiendo en el pajar, ¿eh? —dijo Kostia, desilusionado—. ¡Si lo hubiera sabido!... A Morozka no lo esperes... Está de francachela... celebra los funerales de su caballo... Hace frío, ¿eh? Dame un fósforo...

Ella buscó una caja de cerillas. Él encendió el cigarrillo cubriendo el fuego con la palma enorme de su mano, y luego, iluminando a la mujer, dijo:

—Tendrías que dármelos, jovencita... —y se sonrió.

—Quédate con ellos... —dijo ella, y levantándose el cuello del capote salió de los portales.

—¿Adónde vas?

—¡Voy a buscarlo!

—¿A Morozka?... ¡Menuda!... ¿No puedo yo reemplazarlo?

—¡No, imposible!...

—¿Desde cuándo imposible?

Ella no contestó. «¡Qué chica ésta!», pensó el centinela.

Estaba tan oscuro que Varia veía el camino con dificultad. Comenzó a lloviznar. Los jardines murmuraban alarmados. Cerca, junto a una empalizada, se quejaba un perrito recién nacido. Varia palpando lo encontró y lo metió debajo del capote; el cachorro temblaba de frío, ocultando su hocico entre los pliegues. En una de las isbas encontró a Kubrak. Le preguntó si sabía por dónde andaba Morozka. Kubrak le contestó que cerca de la iglesia. Anduvo por media aldea sin ningún resultado. Se puso de mal humor y volvió hacia atrás. Cambió de callejuelas tan a menudo que se le olvidó el camino. Al volver, caminaba casi al azar, sin pensar en el fin de sus andanzas; solamente apretaba más y más al cachorrito contra su pecho sediento de ternura. Pasó seguramente no menos de una hora hasta que encontró el camino que la conducía a su casa, dobló hacia ella agarrándose a los setos para no caerse; hizo así unos cuantos pasos y casi tropezó con Morozka.

Estaba acostado sobre el vientre, la cabeza en dirección al seto, con las manos debajo y quejándose. Por lo visto había vomitado. Varia, más que reconocerle, presintió que era él; no era la primera vez que lo encontraba en situación parecida.

—¡Vania! —le dijo ella cariñosamente, colocándose en cuclillas y poniéndole sobre su hombro la mano blanda y bondadosa—. ¿Qué haces aquí? ¿Te sientes mal, verdad?

Levantó la cabeza y ella vio su cara atormentada, pálida e hinchada. Le tuvo compasión... ¡Parecía tan pequeño y débil!... Al reconocerla, él se sonrió y trató de dominar sus movimientos, se arrojó hacia el seto y estiró las piernas.

—¡Ah!... ¿Es usted?... Mis... saludos respetuosos... —balbuceó con voz debilitada, tratando, no obstante, de hablar con normalidad—. Mis respetos... camarada... Morozova...

—Ven conmigo, Vania —dijo ella, cogiéndole del brazo—. ¿Quizá no te ves con fuerzas?... Espera, enseguida lo arreglaremos, voy a llamar a alguien... —Ella se levantó con la intención de pedir ayuda a la isba vecina. Ni un segundo pensó si era incómodo o no, en esa noche oscura, molestar a gente extraña; ni qué es lo que podrían pensar de ella cuando entrara con un hombre borracho. Nunca prestó atención a cosas semejantes.

Pero Morozka, asustado, balanceó la cabeza y eructó:

—No-no-no... ¡No quiero! ¡Cállate!... —Y con los puños cerrados se golpeó en las sienes. Varia creyó que él se había despabilado del susto—. Ahí vive Goncharenko, ¿acaso no lo sabes?... ¿Cómo se te ocurre?...

—¿Y qué que sea Goncharenko? ¡Vaya un señorito!...

—No, tú no sabes... —Con gesto de sufrimiento se cogió la cabeza con ambas manos—; te digo que no sabes, ¿para qué llamar?... Si él me tiene por persona... y yo... bueno, ¿cómo puede ser?... No... acaso es posible...

—¡Pero qué tonterías dices, querido! —dijo ella arrodillándose a su lado—. Mira, está lloviendo, está húmedo, y mañana hay que salir de la aldea. Vamos, queridito...

—No, estoy perdido —dijo él en tono completamente triste y ya sereno—. ¡A ver! ¿Qué es lo que soy yo ahora? ¿Quién? ¿Para qué sirvo?... —Y de pronto miró alrededor con sus ojos hinchados y llenos de lágrimas.

Entonces ella le abrazó, y tocándole casi con sus labios las pestañas le murmuró con voz tierna y en tono protector:

—¿Por qué estás tan triste? ¿De qué puedes quejarte?... Estás triste por la muerte del caballo, ¿no? Ya te han preparado otro que es muy hermoso... No te pongas triste, no llores; ¡mira qué perrito encontré, mira que cachorro!

Abrió su capote y le mostró el perrito soñoliento con las orejas caídas. Ella estaba tan conmovida que no solamente su voz era dulce, sino que toda ella respiraba bondad.

—¡Ay, el chucho! —dijo Morozka con la delicadeza de un borracho, y lo manoseó tocándole de las orejas—. ¿Dónde lo has encontrado? ¡Cómo muerde!...

—¿Ves? Vamos, queridito...

Ella le ayudó a levantarse, sosteniéndolo y tratando de disiparle los malos pensamientos; lo llevó a su casa; él no se resistió.

Durante todo el camino, ni una vez le hizo recordar a Miechik y ella tampoco habló de él, como si entre ellos no hubiese existido ningún Miechik. Luego Morozka quedó callado; iba recobrando el conocimiento.

Así llegaron a la isba donde estaba Dubov. Morozka se enganchó a los escalones tratando de subir al pajar, pero las piernas no le obedecían.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Varia.

—¡No, me basto solo, tonta! —contestó groseramente turbado.

—Entonces, adiós...

Él dejó la escalera y, asustado, la miró:

—¿Cómo que «adiós»?

—Naturalmente —y se rio en forma artificial y triste.

De pronto él dio unos pasos hacia adelante y torpemente la abrazó acercando su mejilla a la de ella. Sintió que quería besarla, pero le daba vergüenza; los muchachos de las minas acariciaban con poca frecuencia a las chicas. En toda su vida de esposos él la besó solamente una vez, el día de su casamiento, cuando él estaba muy ebrio y los vecinos gritaban «amargo».⁹

«...Y, al fin, todo vuelve a su antiguo cauce, como si no hubiese pasado nada», pensó Varia con tristeza y angustia, cuando Morozka, ya saciado, se durmió con la cabeza apoyada en su hombro. «De nuevo por el viejo sendero, con la misma carga, y hacia un mismo fin.... Pero, ¡oh, Dios mío!, qué poca felicidad hay en ello.»

Ella se volvió dando la espalda a Morozka, cerrando los ojos y apretando las piernas como una niña, pero no pudo dormirse... Lejos, tras la aldea, al otro lado donde comenzaba Jaunijedza y estaban puestos los centinelas, se oyeron tres disparos en señal de alarma... Varia despertó a Morozka y, apenas levantó su cabeza, nuevamente se oyeron los disparos de los fusiles de los centinelas; al instante, en contestación a ellos, se oyó otra descarga, y luego, en el silencio y las sombras de la noche, el aullido del ataque de las ametralladoras...

⁹ Es tradición, en las bodas rusas, gritar «amargo», para que los novios lo «endulcen» besándose.

Morozka hizo un gesto extraño y bajó del pajar detrás de Varia. Había dejado de llover, pero el viento era más fuerte todavía. Se oía lejos cómo golpeaba una persiana, y las hojas amarillas y moradas se arremolinaban en la oscuridad. En las isbas ardían las chimeneas. El guardia corría por las calles golpeando en las ventanas.

Al cabo de unos cuantos minutos, mientras Morozka llegó a la caballeriza y sacó su *Judas*, recordó de nuevo todo lo que pasó el día anterior. Se le oprimía el corazón cada vez que pensaba que *Mishka* había muerto, y al recordar de pronto con horror y asco toda su conducta indigna del día anterior, cómo anduvo borracho por las calles y cómo todos vieron a un guerrillero ebrio gritando por toda la aldea canciones indecentes... Con él estaba Miechik, su enemigo, con quien había paseado como si fuese su hermano. Morozka le había pedido perdón. ¿Por qué? ¿Para qué?... Él sentía ahora toda la falsedad insoportable de sus actos. ¿Qué diría Levinson? ¿Y acaso podría presentarse delante de Goncharenko después de semejante conducta?

La mayoría de sus compañeros ensillaban sus caballos y salían de las isbas. Morozka todo lo tenía en desorden: la montura, sin cincha, y el fusil, en la isba de Goncharenko...

—Timoféi, amigo, sácame de ésta —le dijo Morozka a Dubov con voz llorosa y suplicante, cuando le vio por el patio caminando—. Dame una cincha de las de reserva, te la he visto...

—¿Qué? ¿Dónde has estado hasta ahora? —gritaba Dubov rezongando como un loco, separando los caballos en tal forma que ellos, asustados, levantaban las patas delanteras. Buscó una cincha debajo de su caballo—. Toma —dijo furioso, acercándose al cabo de un rato a Morozka y pegándole un golpe con la cincha.

«Naturalmente, ahora puede pegarme, y me lo merezco», pensó Morozka, y no refunfuñó; no sintió ningún dolor, pero el mundo le pareció aún más sombrío. Esos disparos, esas sombras y el destino que le esperaba, le parecían justo castigo por todo lo que había hecho en su vida.

Mientras se reunía el pelotón, los disparos les rodearon en forma de semicírculo hasta el mismo río. Se oyó próximo el estallido de las bombas y cayó sobre la aldea una lluvia de cohetes luminosos.

Blakánov, con el capote ajustado y el revólver en la mano, se acercó corriendo a la entrada del pueblo y gritaba:

—¡Pie en tierra! ¡Formen fila!... Deja veinte hombres con los caballos —le dijo a Dubov.

—¡Seguidme! ¡Corriendo! —gritó unos segundos después, y salió sumergiéndose en la oscuridad. Tras él corrían los soldados abrochándose los capotes y abriendo las cartucheras...

En el camino, encontraron a los centinelas que venían huyendo.

—¡Es una fuerza enorme! —gritaban ellos, levantando los brazos llenos de pánico.

Retumbó un tiro de cañón. Las balas silbaban en el centro de la aldea, iluminando por un segundo el cielo. Los obuses estallaban seguidos y con intervalos regulares. Al borde de la aldea se elevó una gran llama: se incendió un pajar o una isba.

Blakánov debía detener al enemigo mientras Levinson ganaba tiempo para reunir al destacamento disperso. Pero Blakánov no logró conducir su pelotón hasta la pendiente; al reflejo de las bombas vio que los soldados enemigos corrían a su encuentro. Por la dirección de los disparos y por el silbido de las balas comprendió que el enemigo les atacaba por el flanco izquierdo, desde el río, y seguramente enseguida haría lo mismo por el otro lado de la aldea.

El pelotón empezó a disparar, retirándose en diagonal por el ángulo derecho, corriendo por las callejuelas, los jardines y las huertas. Blakánov prestaba oídos al tiroteo que se oía desde el río; los disparos se acercaban hacia el centro; por lo visto el otro extremo estaba ocupado por el enemigo. De pronto, por el camino más importante se vio salir al trote la caballería enemiga, que se echó por la calle como torrente negro y atronador con muchas cabezas y caballos.

Blakánov no se preocupaba ya de detener al enemigo. Juntó su pelotón, que había perdido ya diez hombres, hacia el lugar aún no ocupado de la aldea, cerca del bosque, donde se extendía la última fila de isbas. Allí se encontró con el destacamento a cuya cabeza estaba Levinson, que había tenido muchas bajas.

—¡Aquí están! —dijo Levinson algo aliviado—. ¡Rápido! ¡A los caballos!

Montaron y con todo el ímpetu se lanzaron a la carrera por el bosque que se ensanchaba a su paso. Seguramente los vieron, porque inmediatamente crepitaron tras ellos las ametralladoras. Enseguida sobre sus cabezas comenzaron a zumban los zánganos de plomo. Las estrellas de fuego surcaron nuevamente el firmamento, sumergiéndose desde las alturas, desplegando sus colas brillantes con gran estrépito; luego se hincaban en la tierra a los pies de los caballos que, encabritados, alzaban sus cabezas de fauces ardientes y ensangrentadas. El destacamento seguía adelante dejando a su paso los cuerpos caídos.

Mirando hacia atrás, Levinson vio el resplandor de un incendio enorme. La aldea ardía. En el fondo, se veían vagar las siluetas pequeñitas y negras de las personas. Stashiski cayó del caballo; durante unos segundos seguía arrastrándose con la pierna enganchada en un estribo: luego cayó del todo. El caballo siguió adelante. Todo el destacamento pasó por allí sin atreverse a pisar su cuerpo.

—¡Levinson, mira! —gritó Blakánov excitado señalando a su derecha.

El destacamento estaba ya en la hondonada y rápidamente se acercaba al bosque. Arriba, atravesando la línea que dividía el campo, se acercaba la caballería enemiga.

—¡Rápido! ¡Rápido! —gritaba Levinson, dando vueltas continuamente y hostigando a su caballo.

Al fin, llegaron al lindero del bosque y echaron pie a tierra. Blakánov, con el pelotón de Dubov, quedó de nuevo para cubrir la retirada; los demás se lanzaron a la profundidad de la selva, llevando a los caballos de las riendas.

En el bosque silenciaban los disparos; la lluvia de las ametralladoras, el estallido de los fusiles y el estampido de los cañones quedaron atrás. Parecían extraños, como si no perturbaran ya la calma. Solamente se oía a veces cómo caían con estrépito los proyectiles derribando los árboles a lo lejos. En otros lugares, el resplandor del incendio avanzaba proyectando luces sombrías, amarillas, rojas, negras; los árboles brillaban cubiertos de rocío ensangrentado.

Levinson entregó su caballo a Efimka y dejó pasar a Kubrak indicando qué dirección debía seguir. Se hizo a un lado para ver cuánta gente le quedaba.

Pasaban, maltrechos y mojados, con las rodillas muy encorvadas y los ojos alerta mirando en la oscuridad. Bajo sus pies salpicaba el agua. A veces los caballos se hundían hasta la cincha. La tierra era muy cenagosa. Sobre todo era difícil para los soldados del pelotón de Dubov, cada uno de los cuales tenía tres caballos. Varia llevaba dos: el suyo y el de Morozka. Tras ese tropel de gente atormentada quedaba un reguero maloliente, ondulante, como si hubiese pasado por allí un reptil asqueroso, infecto...

Levinson, cojeando de ambos pies, pasó el último. De pronto el destacamento se detuvo...

—¿Qué pasa ahí? —preguntó él.

—No sé —contestó el guerrillero que iba delante. Era Miechik.

—Transmite mi pregunta a la columna.

Al cabo de un rato, volvió la contestación pronunciada por decenas y decenas de labios pálidos que temblaban.

—Imposible seguir, es terreno pantanoso...

Levinson, dominando un ligero temblor en las rodillas, se fue corriendo hacia Kubrak. Apenas él se ocultó tras los árboles, toda esa masa de gente se dispersó en distintas direcciones, pero por todas partes los rodeaba un pantano infranqueable. Solamente había un camino: el que acababan de recorrer, que conducía hacia donde luchaba heroicamente el pelotón de mineros. Pero los disparos que se oían desde la entrada del bosque ya no parecían lejanos: tenían íntima relación con ellos y parecía que se acercaban más y más...

La gente, desesperada, se enfureció. Buscaban al culpable de su desgracia. ¡Naturalmente que era Levinson!... Si todos ellos lo hubieran podido ver a la vez, se hubieran arrojado sobre él con toda la fuerza del terror que los dominaba. ¡Puesto que él los condujo, él debía sacarlos de allí!

De pronto, en el mismo centro donde la gente se agolpaba, apareció Levinson con una antorcha encendida que iluminaba su cara barbuda y pálida, de ojos grandes, redondos y ardientes. Pasó su mirada penetrante de una cara a la otra.

Se produjo un silencio repentino. Se oyó solamente el ruido del fuego mortífero que se desarrollaba a la entrada del bosque. Su voz fina, nerviosa, brusca y algo ronca comenzó:

—¿Quién siembra alarma entre las filas?... ¡Atrás!... Solamente los chiquillos pueden tener miedo... ¡Callaos! —dijo tomando el máuser. Las protestas cesaron al instante—. ¡Escuchad mis órdenes! Atravesaremos el pantano: no tenemos otra salida. ¡Borísov —era el nuevo comandante del tercer pelotón—, deja los caballos y ve a prestar ayuda a Blakánov! Dile que no se detenga hasta que yo se lo ordene... ¡Kubrak, designa tres hombres como enlace con Blakánov! ¡Escuchad todos: atad los caballos! ¡Dos secciones para ir a buscar ramas! Sin contemplación por los sables... Los demás bajo la dirección de Kubrak. Obedecedle incondicionalmente.

Volvió la espalda a la gente y, encorvado, se fue hacia el pantano, teniendo por encima de la cabeza su antorcha encendida.

Esa masa callada de gente que hacía poco agitaba las manos dispuesta a matar y llorar, de pronto empezó a moverse obediente, con rapidez increíble, inhumana. En unos cuantos segundos, todos los caballos estuvieron atados y empezó el golpe de las hachas; chirriaba la madera bajo los golpes de los sables; el pelotón de Borísov salió disparado haciendo sonar las armas y las botas. Del frente venían corriendo unos soldados llevando las primeras vigas húmedas... Se oía el estrépito de los árboles al caer, con sus enormes ramas cubiertas de follaje que hacían salpicar algo blando y terrible... Bajo la luz que esparcía la antorcha se veía cómo la tierra verde oscura se hinchaba en grandes olas como el cuerpo de una boa.

Allí, agarrados a las ramas, se movían las espaldas encorvadas, en el barro, iluminados por la antorcha. Trabajaban dejando ver por entre los capotes y las camisas rotas el cuerpo cubierto de sudor y ensangrentado. Perdieron la noción del tiempo, del lugar y la sensación de la existencia de sus cuerpos doloridos y cansados. Trabajaban con furia sobre el barro, lleno de huevos de ranas, y bebían ávidamente el agua sucia como bestias heridas...

Mientras, el tiroteo se acercaba cada vez más y ya calentaba el aire. Blakánov mandaba un enlace tras otro, preguntando: «¿nos retiraremos pronto?». Perdió la mitad de sus soldados, entre ellos a Dubov, que murió desangrado por numerosas heridas. Blakánov

se retiraba lentamente, cedía el terreno palmo a palmo al enemigo. Al fin se acercó al lugar donde cortaban los árboles. Los proyectiles silbaban ya sobre el pantano. Unos cuantos hombres de los que trabajaban en la construcción del puente cayeron heridos. Varia les ataba las vendas. Los caballos, asustados por los disparos, relinchaban encabritándose; algunos, rompiendo las riendas, trotaban de un lado a otro del bosque y al caer en el pantano se quejaban pidiendo ayuda.

Cuando los guerrilleros que cubrían la retirada vieron que el puente estaba terminado, empezaron a correr. Blakánov, con los ojos congestionados y negros del humo de la pólvora, corría tras ellos, amenazando con su revólver sin balas, llorando de rabia.

Gritando, agitando las antorchas y las armas, tirando tras de sí los caballos, se lanzó el destacamento por el puente improvisado. Los caballos excitados no escuchaban a sus jinetes y pateaban como epilépticos. Los de atrás, enloquecidos, se tiraban sobre los de delante. A la salida, ya en la orilla opuesta, el caballo de Miechik se metió en el fango. Los soldados lo sacaron blasfemando de impaciencia. Miechik se agarraba febrilmente a las riendas temblorosas por el movimiento del caballo, y tiraba, tiraba, enredando los pies entre las ramas. Cuando al fin salió el caballo, Miechik no pudo deshacerle el nudo que le rodeaba las patas delanteras y, al fin, con rabiosa fruición, hincó los dientes mordiendo ese nudo, cubierto de barro y oliendo a ciénaga...

Los últimos que pasaron fueron Levinson y Goncharenko. El zapador pudo poner un cartucho de dinamita y, casi en el momento en que el enemigo llegaba, el puente saltó hecho trizas.

Al cabo de un rato la gente volvió en sí y se dio cuenta de que ya amanecía. La taiga aparecía por delante envuelta en la luz rosada de la aurora. Entre las ramas de los árboles se veían trozos de cielo azul oscuro. Allá lejos, delante del bosque, asomaba el sol. La gente tiró los tizones calientes que todavía seguían llevando sin saber por qué, vieron sus manos rojas, destrozadas, y los caballos mojados, cansados, que despedían un vapor sudoroso, y se admiraron de lo que habían hecho aquella noche.

LOS DIECINUEVE

A cinco verstas del lugar donde atravesaron el pantano se extendía la carretera que llegaba hasta Tудо-Vaka. La tarde anterior, temiendo que Levinson pernoctara en la aldea, los cosacos prepararon una emboscada en la misma carretera, a unas ocho verstas del puente.

Allí estuvieron toda la noche, esperando al destacamento y oyendo el estampido lejano de los cañones. A la mañana siguiente volvió un enlace diciendo que se quedasen allí mismo porque el enemigo había atravesado el pantano y venía en su dirección. Unos diez minutos después de haber pasado el enlace, el destacamento de Levinson, que nada sabía de la emboscada ni de que acababa de pasar por allí un enlace enemigo, salió también a la carretera de Tудо-Vaka.

El sol se levantó cubriendo el bosque. Hacía rato que la escarcha se había derretido. El cielo se coloreaba de un azul celeste puro y transparente. Los árboles inclinaban sus ramas doradas y resplandecientes sobre la carretera. El día se presentaba tibio; no parecía un día otoñal.

Levinson echó una mirada distraída por todo ese paisaje, hermoso, limpio, claro y resplandeciente, y no lo admiró. Vio a su destacamento atormentado, reducido a la tercera parte de sus miembros, extendiéndose, abatido, a lo largo del camino... y comprendió cuán mortalmente fatigado se encontraba él mismo y cuán impotente se sentía ahora para poder hacer algo por aquellos hombres que, desalentados, le seguían. Ellos eran lo único que para él no era indiferente. Esa gente atormentada y fiel le era más querida que todo, más querida que él para sí mismo, porque ni por un segundo dejó de pensar en la gran responsabilidad que le incumbía. Pero le parecía que ya no podía hacer nada por ellos; ya no los dirigía; ellos mismos lo ignoraban todavía y, sumisos, iban tras él como el rebaño sigue a su cabestro. Eso era lo más terrible, lo que él había temido sobre todo cuando el día anterior había estado meditando acerca de la muerte de Metelitsa...

Trataba de dominarse, de concentrarse en algo necesario y práctico, pero las ideas se le embrollaban, los ojos se le cerraban e imágenes raras, recuerdos y vagas sensaciones de lo que le rodeaba, contradictorias, se agolpaban en su mente, cambiando con rapidez vertiginosa, como un enjambre eternamente móvil, afónico, inmaterial... «¿Para qué ese camino interminable, esas hojas mojadas y el cielo tan muerto e inútil para mí?... ¿Qué es lo que debo hacer ahora?... ¡Ah, sí!, debo llegar al valle de Tudo-Vaka... va-lle de Tu-do-Va-ka..., qué extraño es esto de tu-do-va-ka... ¡Pero qué cansado estoy, cómo quisiera dormir un poco! ¿Qué es lo que puede exigir de mí esa gente cuando yo tengo tantas ganas de dormir?... Ése está diciendo: “La patrulla... sí, sí, la patrulla...”. Tiene la cabeza tan despierta y redonda como la de mi hijo, y naturalmente, hay que mandar una patrulla, y luego hay que dormir..., dormir...»

—¿Qué dijiste? —preguntó de súbito Levinson, levantando la cabeza.

A su lado estaba Blakánov.

—Decía que hay que mandar una patrulla de reconocimiento.

—Sí, sí, hay que mandarla; encárgate de eso, por favor...

Al cabo de unos minutos, alguien se adelantó a Levinson, al trote de un caballo cansado. Levinson lo siguió con la mirada; al ver la espalda encorvada reconoció a Miechik. Le pareció mal que Miechik fuese de vigía, pero él no pudo distinguir en qué consistía dicho desacierto, y enseguida se olvidó de eso. Luego, pasó también otro adelante.

—¡Morozka! —gritó Blakánov cuando se alejaban—. ¡No os perdáis de vista!...

«¿Aún vive Morozka? —pensó Levinson—. Y Dubov murió... ¡Pobre Dubov!... Pero ¿qué es lo que había pasado con Morozka? ¡Ah, sí, eso fue ayer por la noche! Menos mal que no le vi en aquel momento...»

Miechik, cuando estaba ya bastante lejos, se volvió; Morozka le seguía a unos cincuenta pasos; el destacamento se veía aún. Luego Morozka y el destacamento se perdieron en un recodo. *Nivka* no quería correr al trote, y Miechik, mecánicamente, le hostigaba. En las subidas iba al paso. Miechik se dormía sentado en la montura. A veces, de pronto, volvía en sí y veía extrañado el

mismo bosque que no tenía ni comienzo ni fin, en su estado soñoliento, amodorrado, sin relación con lo que le rodeaba...

De pronto *Nivka*, asustada, relinchó y se tiró hacia los arbustos, apretando a *Miechik* contra unas ramas espinosas. Levantó la cabeza. El estado soñoliento se le transformó en un estado de terror incomparable: en la carretera, a pocos pasos, había unos cosacos.

—¡Baja! —le dijeron en voz baja y sibilante. Alguien tomó a *Nivka* de las riendas. *Miechik* gritó sin fuerzas, bajó de la montura haciendo algunos movimientos humillantes con el cuerpo, y de pronto cayó rodando por la pendiente. Se golpeó fuertemente contra un tronco mojado. Se levantó, resbaló y quedó acalambrado de terror; volvió a andar a cuatro patas y, al fin, irguiéndose, siguió corriendo por el borde de la pendiente sin sentir su cuerpo, agarrándose a cualquier cosa y dando saltos inverosímiles. Le perseguían. Tras él crujían las ramas y alguien murmuraba enojado, con aliento retenido...

Como *Morozka* sabía que por delante de él iba otro soldado no se fijaba bien en lo que ocurría a su alrededor... Se encontraba en un estado de cansancio sin límites, como cuando desaparecen por completo los pensamientos humanos de mayor importancia y queda solamente el deseo de descansar a cualquier precio. Ya no pensaba ni en su vida, ni en *Varia*, ni en cómo lo iba a tratar *Goncharenko*; hasta le faltaban fuerzas para compadecer la muerte de *Dubov*, a pesar de que *Dubov* era uno de las personas más queridas por él. Pensaba solamente en el momento en que tendría delante de los ojos un pedazo de tierra para acostarse y apoyar la cabeza. Ese pedazo de tierra se lo imaginaba como una aldea grande y llena de paz, cubierta de sol, con muchas vacas y buena gente, oliendo a hierba seca. De antemano se imaginaba cómo ataría el caballo, tomaría leche, se subiría a un pajar y se dormiría profundamente, con los pies y la cabeza cubiertos por el capote...

Cuando de pronto le aparecieron delante dos cosacos con gorras ribeteadas de amarillo, *Judas* se echó atrás por entre unos arbustos. A *Morozka* se le confundió la imagen de la aldea cubierta de sol con la sensación instantánea pero precisa de una miserable traición que acababa de consumarse allí.

—¡Se ha escapado, el canalla!... —dijo Morozka, representándose con gran nitidez los ojos odiosos y limpios de Miechik, y experimentó al mismo tiempo una enorme piedad angustiosa hacia sí mismo y hacia la gente que venía detrás.

No sentía el tener que morir enseguida. Iba a dejar de sufrir y de moverse... Era incapaz de imaginar que podía estar alguna vez en una situación tan rara y extraordinaria, porque todavía en ese instante vivía, sufría y sentía, pero comprendía claramente que nunca más vería ni esa aldea cubierta de sol, ni a esos hombres tan cercanos y queridos que venían detrás de él. Morozka sintió tan vivamente dentro de sí a esa gente cansada, que avanzaba sin sospechar nada confiando en él, que ni se le ocurrió pensar en sus posibilidades de salvación, sino sólo en la forma de poder prevenir al destacamento del peligro... Tomó el revólver, levantó la mano muy alto, por encima de la cabeza, para que se oyera mejor, y disparó tres veces, como habían convenido...

En el mismo instante, algo brilló sonoramente, momentáneamente, como si el mundo se partiera en dos mitades, y él, junto con *Judas*, se desplomó sobre unos arbustos con la cabeza destruzada...

Cuando Levinson oyó los tres disparos, sonaron tan inesperadamente para él y eran tan inverosímiles para la situación en que se encontraba que no podía comprenderlos. Se dio cuenta de su significación sólo cuando se oyó el disparo contra Morozka. Los caballos levantaron las cabezas poniendo las orejas alerta.

Levinson miró a su alrededor, buscando por primera vez, impotente, la ayuda de alguien. Su rostro, mudo y suplicante, quedó frente a las caras pálidas y lacias de los guerrilleros. Todos miraron con expresión de terror y de impotencia... «He aquí lo que yo temía», pensó, e hizo un ademán con la mano, como si buscara algo y no encontrara nada donde agarrarse...

De pronto, vio con precisión delante de sus ojos la cara sencilla de Blakánov, parecida a la de un chiquillo, ingenua, pero negra y arrugada a causa del cansancio y del humo. Blakánov tenía en una mano el revólver, con la otra apretaba fuertemente la montura de tal manera que quedaron las marcas de sus dedos. Todo en tensión, miraba hacia el lado donde se habían oído las descargas. En su cara de pómulos salientes, inclinada algo hacia adelante,

esperando la orden, ardía esa pasión grandiosa y verdadera en nombre de la cual habían caído los mejores soldados del destacamento.

Levinson, estremeciéndose, se irguió, sintió que algo doloroso pero dulce resonaba en sus adentros... De pronto, blandiendo la espada, echado hacia adelante con los ojos brillantes, preguntó con voz ronca a Blakánov:

—A abrir brecha, ¿eh?

Y su espada, levantada, resplandeció al sol. Al verla, cada guerrillero también se estremeció y afirmó los pies en los estribos.

Blakánov miró de reojo la espada, dio media vuelta bruscamente y gritó algo hacia el destacamento, que sonó penetrante como los bronces de un clarín. Levinson ya no lo pudo oír; en el mismo instante, arrastrado por la misma fuerza interior que vivía en Blakánov y que le hizo a él mismo levantar la espada, echó a cabalgar por el camino, sintiendo que todo el destacamento se lanzaría tras él inmediatamente...

Cuando unos minutos después miró hacia atrás, todos, efectivamente, le seguían, agachados sobre sus monturas, viendo en cada uno el mismo fulgor en los ojos que él había notado antes en Blakánov.

Ésta fue la última impresión coherente que conservó Levinson, porque en el mismo instante, algo terrorífico, resplandeciente, cayó sobre él, le golpeó, le hizo dar unas vueltas y le aplastó; y él, sin conciencia de sí mismo, pero sintiendo que aún estaba con vida, se precipitó hacia un insondable abismo de fuego.

Miechik no se volvió ni oía que lo siguiesen, si bien sabía que lo perseguían; cuando oyó uno tras otro los tres disparos y luego la descarga, pensó que disparaban sobre él y siguió corriendo aún más ligero, a derecha y a izquierda, hasta que por fin cayó por un barranco. Enseguida, se oyó otra descarga más fuerte; luego otra, y otra. Todo el bosque se llenó de ruido y revivió bajo el estruendo infernal de las bombas y de los fusiles.

«¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Ay, ay!... ¡Dios mío!», murmuraba y gritaba Miechik, estremeciéndose ante cada detonación ensordecedora, torciendo su cara, llena de arañazos. Quería llorar,

pero los ojos estaban asquerosa y desvergonzadamente secos. Corría todo el tiempo poniendo en tensión sus últimas fuerzas.

El tiroteo fue apagándose, como si tomara otra dirección. Luego cesó por completo.

Miechik miró hacia atrás; ya no lo perseguían. No había nada que rompiera el silencio que invadía desde lejos las profundidades del bosque. Sofocándose, se dejó caer bajo el primer árbol. Su corazón palpitaba febrilmente. Encogido como un rollo, poniendo las manos debajo de las mejillas, Miechik estuvo acostado unos cuantos minutos sin moverse. A diez pasos de él, sobre un álamo blanco desnudo, delgadito y encorvado hasta el suelo, iluminado por el sol, estaba sentada una ardilla que lo miraba con sus ojos ingenuos y amarillos.

De pronto, Miechik se sentó, agarrándose de la cabeza y gritando fuertemente. La ardilla, asustada, chilló y saltó, desapareciendo. Los ojos de Miechik miraban enloquecidos; con los dedos entre los cabellos, con quejidos y lamentos rodó por la tierra... «¿Qué he hecho?... ¡Oh!... ¡Qué he hecho! —repetía, rodando, golpeándose en el vientre y comprendiendo cada vez con más claridad el verdadero significado de su huida, de los primeros tres disparos y de todo el tiroteo subsiguiente. Luego volvió a gritar—: ¡Qué he hecho! ¡Cómo pude hacer eso! ¡Yo, que soy tan bueno y honrado..., que no deseo mal a nadie! ¡Oh! ¡Cómo he podido hacerlo!»

Cuanto más infame y miserable le parecía su huida, mejor, más bueno y noble creía haber sido en el período anterior a su crimen.

No se atormentaba sólo porque a causa de su huida murieron decenas y decenas de personas que habían confiado en él, sino porque la mancha imborrable y repulsiva de aquel acto contradecía todo lo bueno y limpio que él sentía en sí mismo.

Maquinalmente, sacó su revólver, que contempló con horror y perplejidad durante un buen rato. Pero sintió que nunca se mataría ni podría matarse, porque lo que más apreciaba en este mundo, a pesar de todo, era su persona: su blanca y sucia mano impotente, su voz quejumbrosa, sus sufrimientos, sus actos, incluso los más repelentes. Y, con furtiva y disimulada infamia, aterrado al notar simplemente la grasa del arma, hizo como si no se

diera cuenta de nada y escondió apresuradamente el revólver en el bolsillo.

Ya no gemía, ya no lloraba. Se cubrió la cara con las manos y se quedó inmóvil, tendido boca abajo, y todo lo que había pasado en los últimos meses, a partir del momento en que salió de la ciudad, fue desfilando ante él con triste y fatigado paso: sus ingenuos ensueños, de los cuales ahora se avergonzaba; el dolor de los primeros momentos y de las primeras heridas; Morozka; el hospital; el viejo Pika, con sus pocas hebras plateadas en la cabeza; el difunto Frolov; Varia, con sus grandes, bellos y melancólicos ojos, de los que no se encuentra uno dos veces en la vida; y este último paso terrible a través del pantano, ante el cual se ensombrecía todo lo demás...

«Yo no quiero soportar más esto —pensó Miechik con inesperada franqueza, y se tuvo lástima—. No estoy en condiciones de aguantar más, no puedo vivir más, llevando esta vida inhumana y horrible», pensó nuevamente para lamentarse aún más y, a la luz de estos míseros pensamientos, enterrar su propia desnudez y su infamia.

Se reprochaba, se arrepentía, pero no pudo dominar en sí sus esperanzas y alegrías individuales, pensando en que ahora estaba completamente libre de ir a donde se le antojase, adonde hay otra vida y donde nadie conocería su huida. «Ahora me voy a la ciudad; no me queda otra que ir allí», pensó, tratando de dar un acento especial a sus palabras, como si fuese una triste necesidad, y al mismo tiempo dominaba el sentimiento de alegría que se apoderaba de él, junto con la vergüenza y el miedo de que su deseo pudiera fracasar.

El sol brillaba al otro lado del álamo blanco, encorvado, que ahora estaba en la sombra. Miechik sacó el revólver y lo tiró lejos entre los arbustos. Luego buscó una fuente, se lavó y se sentó a su lado. No se decidía a salir por el camino. «¡A lo mejor allí están los blancos!», pensó asustado, y se oyó cómo las aguas de la fuentecilla murmuraban tranquilas...

«Pero ¿qué más da?», pensó de pronto Miechik, con la frescura con que le solían brotar sus mejores pensamientos y sentimientos de piedad.

Suspiró profundamente, se abrochó la camisa y se encaminó lentamente hacia donde había quedado la carretera de Tudos-Vaka.

Levinson no sabía cuánto tiempo había durado su estado de inconsciencia; le parecía que había sido largo, pero en realidad no había pasado más de un minuto. Pero cuando volvió en sí, extrañado, se dio cuenta con gran sorpresa de que, como antes, se hallaba aún sentado en la montura y que solamente le faltaba la espada. Delante de él estaba la cabeza de crines negras de su caballo con una oreja ensangrentada.

Levinson oyó por primera vez el tiroteo y comprendió que disparaban sobre ellos. Las balas silbaban sobre sus cabezas; entendió que disparaban desde atrás, pero también que el momento más terrible había pasado. En ese instante, dos jinetes se acercaron. Reconoció a Varia y a Goncharenko. Las mejillas del zapador estaban ensangrentadas. Levinson recordó a su destacamento y miró hacia atrás, pero no existía ya ningún destacamento. Todo el camino estaba cubierto de cadáveres de hombres y caballos; unos cuantos jinetes, a cuya cabeza iba Kubrak, trataban con esfuerzo de alcanzarlos; tras él se veían otros grupos, pero menguaban rápidamente. Alguien que iba en un caballo que renqueaba gritaba haciendo señales con la mano; los cosacos le rodearon y empezaron a darle culletazos hasta que le derribaron del caballo. Levinson contrajo el rostro y volvió la espalda.

En ese momento, junto con Varia y Goncharenko, alcanzó el recodo de la carretera. El tiroteo fue disminuyendo. Las balas dejaron de silbar junto a las orejas. Levinson automáticamente empezó a frenar a su caballo. Los guerrilleros que habían escapado con vida poco a poco lo alcanzaron. Goncharenko contó diecinueve hombres, incluidos él mismo y Levinson. Bajaron por la cuesta sin hablar, ensimismados de horror, pero ya con la mirada alegre, clavada en el horizonte angosto, amarillo y silencioso que junto con ellos galopaba por delante como un perro azulado.

Paulatinamente los caballos pasaron al trote y comenzaron a distinguirse algunos tocones quemados, los arbustos, los postes telegráficos y, en la lejanía, el cielo despejado por sobre el bosque. Luego, los caballos marcharon al paso.

Levinson cabalgaba algo adelantado, pensativo y cabizbajo. A veces se volvía y miraba impotente, como si quisiera preguntar algo y no pudiera recordar de qué se trataba y, de un modo extraño y atormentador, los miraba todos, cara a cara, largamente, con mirada de ciego. De pronto, detuvo en seco su caballo, se volvió, y por primera vez miró con plena conciencia a aquellos hombres, con sus grandes y profundos ojos azules. Dieciocho personas se detuvieron como si fuesen un solo hombre. Se hizo un gran silencio.

—¿Dónde está Blakánov? —preguntó Levinson.

Dieciocho hombres le miraron, silenciosos y confusos.

—A Blakánov le han matado... —dijo al fin Goncharenko, y miró sus manos grandes y nudosas, agarradas a las riendas.

Varia, que iba a su lado, inclinada sobre la montura, cayó de pronto sobre el cuello del caballo y lloró histéricamente; sus trenzas despeinadas llegaron casi hasta el suelo, pareciendo vibrar. El caballo movió las orejas y recogió el belfo inferior. Chizh, mirando de soslayo a Varia, se puso también a sollozar y volvió la espalda.

Los ojos de Levinson permanecieron unos segundos más contemplando a su gente. Después, se encorvó y se encogió; de pronto, todos se dieron cuenta de que estaba muy débil y envejecido. Pero él ya no se avergonzaba de su debilidad ni la ocultaba; permaneció cabizbajo, movió lentamente sus largas pestañas húmedas, y las lágrimas le corrían por la barba... Los hombres volvieron la vista a un lado, para no conmovirse también ellos.

Levinson dio la vuelta al caballo y, en silencio, siguió adelante. El destacamento se puso en marcha tras él.

—No llores. ¿Para qué ya...? —dijo Goncharenko con voz culpable, levantando a Varia por el hombro.

Cada vez que Levinson trataba de olvidar, volvía a mirar, desconcertado, en torno suyo y, recordando que faltaba Blakánov, empezaba de nuevo a llorar.

Así salieron del bosque aquellos diecinueve hombres.

El bosque se abrió de un modo inesperado ante ellos: en un espacio inmenso del alto cielo azul y del campo color ocre, bañado de sol y regado, que se extendía a los costados hasta perderse en lontananza. En la parte del salcedo, a través del cual azuleaba la gran superficie del río, se divisaba una era, engalanada con los

gorros dorados de los rechonchos almiares y hacinas. Allí hervía el bullicio de la vida, una vida laboriosa, alegre y ruidosa. Como pequeños escarabajos abigarrados hormigueaban las personas, volaban las gavillas, golpeaban seca y precisamente los tambores de las máquinas, y de la nube ensortijada de dorada cáscara y polvo salían voces excitadas y la cascada cristalina de las risas de las mozas.

Más allá del río, cortando el horizonte, se levantaban los picos azulados de la cordillera junto a los árboles de follaje amarillento. Por entre los picos puntiagudos asomaba una transparente espuma de nubes sonrosadas, salobres por la proximidad del mar, burbujeantes y hermosas, como la leche recién ordeñada.

Levinson pasó su mirada silenciosa y aún húmeda por el inmenso cielo y la tierra, que prometía pan y descanso a aquella lejana gente de la era a quienes muy pronto debería convertir en amigos suyos, como lo eran los dieciocho que, silenciosos, cabalgaban tras él; y dejó de llorar: había que vivir y cumplir con su deber.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

«LA DERROTA», POR A. FADÉYEV

Las ediciones Europa-América, que nos han dado la mejor versión del extraordinario libro de John Reed *Diez días que estremecieron el mundo* y que anuncian una serie de escogidas traducciones, han publicado en español *La derrota* de A. Fadéyev. Gorki decía no hace mucho en el primer Congreso de Escritores Campesinos: «En toda la historia de la humanidad no será posible encontrar una época parecida a estos últimos diez años, desde el punto de vista de resurgimiento creador de las grandes masas. ¿Quién no escribe entre nosotros? No hay profesión que no haya producido un escritor. Poseemos ya dos o tres docenas de escritores auténticos cuyas obras durarán y serán leídas durante muchos años. Tenemos obras maestras que no cedan en nada a las clásicas, aunque esta afirmación puede parecer atrevida. Nunca han seguido tan de cerca las editoriales españolas la producción literaria rusa. Por primera vez quizás una novela encuentra editor en español a los dos o tres años de su aparición en ruso. El remarkable muestrario de novelas de la nueva Rusia que tenemos traducidas al español no alcanza, sin embargo, a representar sino fragmentariamente algunos sectores de la literatura soviética. Al menos veinte de los autores citados en las crónicas de esta literatura como puntos imprescindibles de un buen itinerario, permanecen ignorados por el público hispano y también, en gran parte, por el público francés e italiano, a cuyas lenguas se traduce solícita y directamente las obras más importantes.

Fadéyev, el autor de *La derrota*, pertenece a uno de los equipos jóvenes de novelistas. No procede de la literatura profesional. Tiene sólo veintiocho años. Su juventud trascurrió en la Rusia oriental, donde Fadéyev, como militante de la Revolución, se batió contra Kolchak, contra los japoneses y contra el atamán Semionov, de 1918 a 1920. En 1921 asistió como delegado al décimo Congreso del Partido Bolchevique en Moscú. Su primer relato es de 1922-23; *La derrota* de 1925-26.

Esta novela es la historia de una de las patrullas revolucionarias que sostuvieron en Siberia la lucha contra la reacción. El heroísmo, la tenacidad de estos destacamentos explican la victoria de los Soviets en un territorio inmenso y primitivo sobre enemigos tan poderosos y abastecidos. La Revolución se apoyaba, en la Siberia, en las masas trabajadoras y, por eso, era invencible. Las masas carecían de una conciencia política clara. Pero de ella salieron estas partidas bizarras que mantuvieron a la Rusia oriental en armas y alerta contra Kolchak y la reacción. Nombres como Levinson, el caudillo de la montonera de *La derrota*, representaban la fuerza y la inteligencia de esas masas; entendían y hablaban su lenguaje y les imprimían dirección y voluntad. La contrarrevolución reclutaba sus cuadros en un estrato social disgregado e inestable, ligado a la vieja Rusia en disolución. Su ejército de mercenarios y aventureros estaba compuesto, en sus bases, de una soldadesca inconsciente. Mientras tanto, en las partidas revolucionarias, el caudillo y el soldado fraternizaban, animados por el mismo sentimiento. Cada montonera era una unidad orgánica, por cuyas venas circulaba la misma sangre. El soldado no se daba cuenta como el caudillo de los objetivos ni del sentido de la lucha. Pero reconocía en éste a su jefe propio, al hombre que sintiendo y pensando como él no podía engañarlo ni traicionarlo. Y la misma relación de cuerpo, de clase, existía entre la montonera y las masas obreras y campesinas. Las montoneras eran simplemente la parte más activa, batalladora y dinámica de las masas.

Levinson, el admirable tipo de comandante rojo que Fadéyev nos presenta en su novela, es tal vez en toda la pequeña brigada el único hombre que con precisión comprendía la fuerza real de sus hombres y de su causa y que, por esto, podía tan eficazmente administrarla y dirigirla. «Tenía una fe profunda en la fuerza que los alentaba. Sabía que no era sólo el instinto de conservación el que los conducía, sino otro instinto no menos importante que éste, que pasaba desapercibido para una mirada superficial, y aun para la mayoría de ellos, pero por el cual todos los sufrimientos, hasta la misma muerte, se justificaban: era la meta final, sin la que ninguno de ellos hubiera ido voluntariamente a morir en las selvas de Ulajín. Pero sabía también que ese profundo instinto vivía en las personas bajo el peso de las innumerables necesidades de cada

día, bajo las exigencias de cada personalidad pequeña, pero viva». Levinson posee, como todo conductor, don espontáneo de psicólogo. No se preocupa de adoctrinar a su gente: sabe ser en todo instante su jefe, entrar hasta el fondo de sus almas con su mirada segura. Cuando en una aldea siberiana, se encuentra perdido entre el avance de los japoneses y las bandas de blancos, un orden del centro de relación de los destacamentos rojos se convierte en su única y decisiva norma: «hay que mantener unidades de combate». Esta frase resume para él toda la situación. Lo importante no es que su partida gane o pierda escaramuzas; lo importante es que dure. Su instinto certero se apropia de esta orden, la actúa, la sirve con energía milagrosa. Algunas decenas de unidades de combate como la de Levinson, castigadas, fugitivas, diezmadas, aseguran en la Siberia la victoria final sobre Kolchak, Semionov y los japoneses. No hace falta sino resistir, persistir. La Revolución contaba en el territorio, temporalmente dominado por el terror blanco, con muchos Levinson.

La patrulla de Levinson resiste, persiste, en medio de la tormenta contrarrevolucionaria. Se abre paso, a través de las selvas y las estepas, hasta el valle de Tudo-Vaka. Caen en los combates los mejores soldados. Mineros fuertes y duros, que se han apresado instintivamente a defender la Revolución y en cada uno de los cuales está vivo aún el mujik. A Tudo-Vaka llegan sólo, con Levinson a la cabeza, dieciocho hombres. Y entonces, por primera vez, este hombre sin desfallecimientos ni vacilaciones, aunque de ingente ternura, llora como Varia, la mujer que ha acompañado en su anónima proeza, en su ignota epopeya a esta falange de mineros. Mas con el valle su mirada tocaba un horizonte de esperanza. Y Levinson se recupera. Él y sus 18 guerrilleros son la certidumbre de un recomienzo. En ellos la Revolución está. Levinson echó una vez más su mirada aún húmeda y brillante al cielo y a la tierra serena que daba pan y descanso a ésa de la lejanía y dejó de llorar: había que vivir y cumplir con su deber.

Variedades, 25 de diciembre de 1929

DANIEL ANGUIANO

LA DERROTA

Ha sido traducida a nuestro idioma la novela *La derrota*, original del joven literato ruso A. Fadéyev. Se hace preceder la publicación de una autobiografía del autor: en el original, escasamente cuatro cuartillas escritas de su puño y letra. Suficientes para que el lector construya una vida juvenil, llenando con pensamientos y sentimientos las épocas que el autor señala con fechas. Por ejemplo, os dice, poniendo al final la fecha de 6 de marzo de 1928: «Nací el 11 de diciembre de 1901.» Quiere decirse: «Tengo escasamente veintisiete años cuando dejo terminado este trabajo en que me ocupo de mí mismo ante el lector.» Después continúan las fechas episódicas. Las convertimos nosotros en años de edad, y dejamos los hechos concretos, tal cual se nos dan a conocer.

Tenía dieciséis años cuando su padre murió en el frente, donde actuaba de enfermero. Comenzó a trabajar en el Partido Comunista a los diecisiete años. Realizaba sus trabajos en la organización ilegal creada en las filas del ejército de Kolchak. Para dar alguna significación a esos trabajos, no estará de más recuerde el lector que Kolchak restableció la pena de muerte para dificultar la obra que se llevaba a cabo en las filas de su ejército. De los diecisiete a los dieciocho años tomó parte en el movimiento de guerrilleros contra Kolchak y las demás fuerzas de la intervención armada. Derrotados estos ejércitos, estuvo en la lucha contra la intervención de los japoneses. Cuando tenía veinte años dejó las tareas del Congreso del partido bolchevique, en el que actuaba como delegado, y en unión de la tercera o la cuarta parte del Congreso, se incorporó a las fuerzas empleadas en sofocar la sublevación de Kronstadt. Fue herido por segunda vez. Lo desmovilizaron. Comenzó a estudiar en la Academia de Minas; pero por razones que no dependían de su voluntad, salió el segundo año y realizó trabajos del Partido en Kuban, Moscú y Rostov del Don. *El desbordamiento* fue el primer relato que escribió. Comenzó a escribirlo cuando tenía veinte años. Lo terminó cuando tenía veintitrés. A los veintitrés años también escribió el cuento *Contra la corriente*. Y *La derrota* la escribió entre sus veinticuatro-veinticinco años.

Substancialmente, el autor no dice más en los restallantes tralazos de su autobiografía. Pero parece como si al final se encarase con el lector y le hiciese esta pregunta, mirándole con fijeza a los ojos: «¿Qué piensas de mi vida juvenil? ¿Y qué piensas de la tuya? ¿Ha sido divertida mi juventud?» Dios nos libre de poner al juzgarla ni un pensamiento ni un sentimiento de compasión. Parece, leyendo a Fadéyev, que si lo adivinase en la mirada nos contestarla con la suya, diciéndonos: «¡Idiota!». Y le veríamos alejarse de nosotros con un justificado gesto de desprecio. Su vida de joven ha sido y es de renunciamiento individual. De entrega personal a la obra colectiva. De profundo dolor físico y moral; pero de vida intensa interior y de hondas emociones humanas. Renunciaciones de alegrías efímeras de cada día a cambio de la silenciosa satisfacción de sentirse, con todos, constructor de una nueva vida de insospechadas posibilidades de felicidad individual y colectiva.

La traductora, Lila Guerrero, en el prólogo que puso a la obra sitúa al autor y a los episodios de la narración. La conquista del Poder por el proletariado ruso del campo y de la dudad, bajo la dirección de los bolcheviques, tuvo en los hechos inmediatas realizaciones de una esperanza internacional de la pobreza, que en nuestro romance popular se expresa diciendo: «¡Cuándo llegará el día... en que la tortilla se vuelva!...».

Demasiada tosquedad de lenguaje y de propósitos para ser aceptada por la civilización presente, tan pulcra y exquisita en palabras. Contra el nuevo Poder se lanzaron las fuerzas civilizadas de la burguesía derrumbada en Rusia. Tras de los generales contrarrevolucionarios se situaron, prestándoles todo su apoyo, el capitalismo inglés, japonés, francés y yanqui. Llenos de romántica generosidad, el Japón, al entrar con sus tropas Siberia, quería establecer la hegemonía en los orillas del Océano Pacífico, tomar en sus manos la línea del ferrocarril transiberiano y chino oriental, y apoderarse de la isla de Sajalín. Inglaterra hizo pacto con los ejércitos contrarrevolucionarios para conseguir, si triunfaban, el dominio económico sobre las riquezas naturales de Rusia: nafta, carbón, oro, etc. En los archivos del Museo bolchevique se encuentran documentos que perpetúan la obra de la civilización derrumbada, en su lucha para recuperar el dominio perdido. Irojedze es uno de los pueblos que se mencionan en las narraciones de *La*

derrota. Con los guerrilleros victoriosos unas veces, derrotados otras, marchaba Fadéyev como uno de tantos, luchando y observando para dejar más tarde en sus novelas parte de las impresiones recogidas y seguramente no las mejores. Desde Irojedze escribía el 14 de diciembre de 1918 el minero Simón Dubanov una carta en que se perpetúan estos actos:

«En su camino... asaltaban y robaban a la población, pegando, fusilando y colgando a más de cien hombres. Violaron a las mujeres, a las niñas y a las ancianas. Las víctimas estaban tan desfiguradas por los golpes de los machetes, que era imposible identificarlas. Cuando entraron en la aldea, aunque los campesinos indefensos se rindieron, los obsequiaron con bombas explosivas, y organizaron un banquete sangriento. Fusilaban y colgaban en los postes a los campesinos pobres...»

En este ambiente y contra aquellas fuerzas luchaba Fadéyev cuando a la sazón tenía sus buenos dieciocho-diecinueve años. Pocos para que temple el ánimo la experiencia y lo fortalezca la claridad de las propias convicciones forjadas por la reflexión. Bastantes, sin duda, cuando incendia el corazón una ansiedad de redención colectiva humana. Cuando se vislumbra la posibilidad de poner término a todos los dolores remediables por el esfuerzo del hombre contra el privilegio económico, que en gran parte los produce. Sin duda, el alzamiento de los que soportan las pesadumbres de una vida de eternos sometidos a las exigencias económicas del régimen capitalista, crea necesidades de lucha y sacrificio, y ambientes de ilusiones y esperanzas, que alumbran al espíritu con rapidez de instantes y descubre lo que no se es capaz de hallar en la reposada serenidad del estudio y la meditación. La vida con sus hechos, producto de las turbulencias de un sistema que se derrumba y se defiende contra otro que quiere levantarse sobre sus escombros, debe contener tal fuerza aleccionadora, que un hombre de dieciocho-diecinueve años puede percibir lo que no ve ni verá un viejo espíritu acomodado a las exigencias de nuestra civilización. ¿Se precisará estar envuelto por aquellas luchas cruentas, aparentemente ciegas, entre fuerzas sociales de intereses y aspiraciones opuestas, para comprender la resistencia del hombre, el poder del hombre, la indiferencia del hombre ante el dolor y el sacrificio?

En *La derrota*, Fadéyev es un autor sin participación personal en los episodios objeto de sus narraciones. A pesar de lo que descubre en su autobiografía, y lo que, más acusadamente, señala su traductora, aparece como un hombre aparte, que acompaña, observa, anota y cuenta lo que presencia, y sorprende dentro de cada hombre en los pensamientos que no se expresan y en los verdaderos estados de ánimo que muchas veces ignora y no comprende quien los posee.

La novela no es otra cosa que unas salpicaduras fuertes y expresivas, que un convencido y un temperamento artístico hace saltar del conjunto inmenso de esfuerzos y sacrificios por los que ha pasado, pasa y pasará aún un grupo humano ruso que construye un medio social de mayores posibilidades de libertad para la vida del cuerpo y del espíritu. La inquietud de no encontrarse con un enemigo más fuerte en número y en elementos de lucha, los peligros de las exploraciones, con sus sorpresas y sus traiciones; el hambre, el cansancio, el sueño, pocas veces satisfecho; la variedad de pensamientos que crea este malestar físico, todo ello queda consignado en palabras que el lector traslada a su sensibilidad, y llega a participar de aquellas angustias, aquellas inquietudes y aquellos pensamientos. La traición misma, no obstante lo trágico de sus consecuencias, hace pensar y concluir con un gesto de desdén y de desprecio para el traidor. En la narración es el hombre de inquietudes intelectuales, que se siente atraído por la grandeza de la lucha y el sacrificio, y se ablanda y flaquea al contacto con la dura realidad. La lectura de la obra hace participar de las pesadumbres, comprender las situaciones, sentir el escalofrío de las resoluciones que por abundancia de amor a la Humanidad parecen y son poco humanas.

Y se comprende, por lo que se cuenta al lector, y más por lo que se le obliga a pensar, que el tránsito del capitalismo al socialismo es una necesidad de la evolución económica, un hecho previsto, deducido por la ciencia social; pero un hecho que ejecutan los hombres de corazón y de pensamiento.

No es, ciertamente, un maná que se nos envía del cielo.

La libertad, 9 de enero de 1930

ÍNDICE

9 / Autobiografía (A. Fadéyev)

11 / Prólogo (Lila Guerrero)

LA DERROTA

Primera Parte:

19 / I. Morozka

26 / II. Miechik

33 / III. Buen olfato

39 / IV. Solo

44 / V. Los mujiks

49 / VI. La tribu del carbón

56 / VII. Levinson

65 / VIII. Los enemigos

73 / IX. En marcha

Segunda parte:

85 / I. Miechik en el destacamento

95 / II. El comienzo de la derrota

106 / III. Días difíciles

117 / IV. Los caminos de la vida

130 / V. La carga

Tercera parte:

143 / I. La descubierta de Metelitsa

154 / II. Tres muertes

169 / III. El pantano

180 / VI. Los diecinueve

Apéndices

191 / «La derrota», por A. Fadéyev (José Carlos Mariátegui)

195 / La derrota (Daniel Anguiano)

